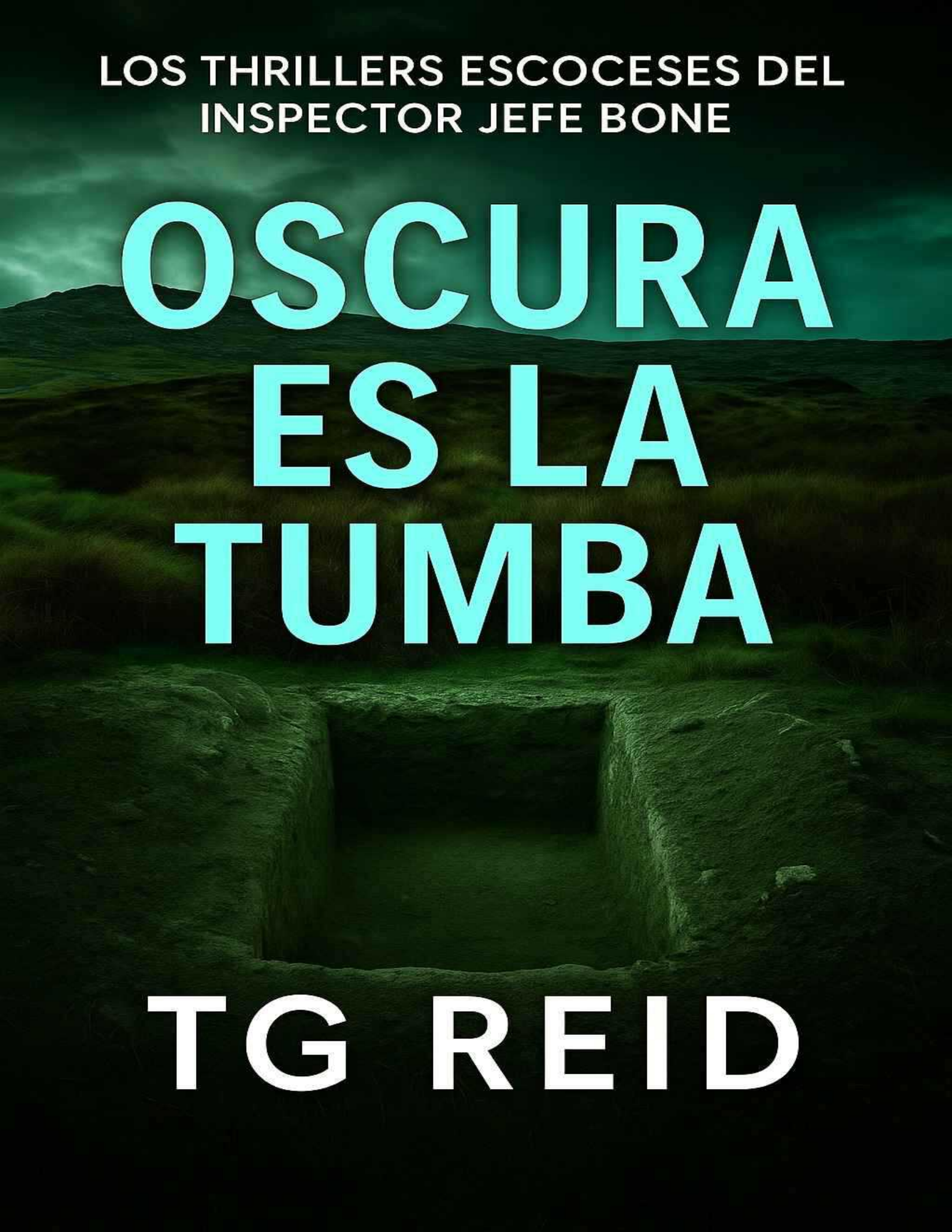
LOS THRILLERS ESCOCESES DEL INSPECTOR JEFE BONE

OSCURA ES LA TUMBA



TG REID

OSCURA ES LA TUMBA

Un thriller escocés del inspector jefe Bone (Libro 1)

TG Reid

TRADUCIDO POR

Raphael Benavides



Glass Work Press

OSCURA ES LA TUMBA

Publicación internacional a cargo de Glass Work Press.
Esta edición se publicó en 2025
Copyright © 2025 de TG Reid. El derecho del autor a ser identificado como tal se ha afirmado de conformidad con la Ley de derechos de autor, diseños y patentes de 1988.
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto el uso de citas breves en reseñas.
La historia, los nombres, los personajes y los acontecimientos narrados en este libro son fruto de la imaginación del autor. Cualquier referencia a personas reales (vivas o fallecidas), lugares, edificios y productos no es intencionada y no debe deducirse.
Redacción: Emmy Ellis, Hanna Elizabeth, Lisa Wright
Diseño de la portada: Andrew Dobell (creativeedgestudios.co.uk)
Fotografía original: John Farnan (johnfarnan.co.uk)
Maquetación: Emmy Ellis
Traducción y revisión: Tania Lanzafame
© tgreid.com 2025
Glass Work Press Ltd, 11 Laura Place, Bath, UK

La traducción es un arte imperfecto y varía de un traductor a otro. Si encuentra algún error en esta novela, envíe un correo electrónico a translations@tgreid.com para que podamos corregirlo.

Índice

Prólogo

1. Uno
2. Dos
3. Tres
4. Cuatro
5. Cinco
6. Seis
7. Siete
8. Ocho
9. Nueve
10. Diez
11. Once
12. Doce
13. Trece
14. Catorce
15. Quince
16. Dieciséis
17. Diecisiete
18. Dieciocho
19. Diecinueve
20. Veinte
21. Veintiuno
22. Veintidós
23. Veintitrés
24. Veinticuatro
25. Veinticinco
26. Veintiséis
27. Veintisiete
28. Veintiocho
29. Veintinueve
30. Treinta

31. Treinta Y Uno
32. Treinta y dos
33. Treinta y tres
34. Treinta y cuatro
35. Treinta Y Cinco
36. Treinta y seis
37. Treinta y siete
38. Treinta y ocho
39. Treinta y nueve
40. Cuarenta

Epílogo

El Inspector Jefe Bone regresa en…

Prólogo

Oscuridad. Negrura cerrada, impenetrable. La agente Hazel Garvey cierra los párpados con fuerza y vuelve a abrirlos. Sigue el apagón total. Parpadea una y otra vez, esperando que surja algún ajuste o contorno. Intenta gritar, pero tiene algo encajado en la boca, bloqueando la vía de escape de su alarido. Instintivamente, lleva las manos para coger el obstáculo, pero las tiene inmovilizadas, atadas en algún punto detrás y debajo de ella. Está postrada, con las piernas encogidas y las rodillas empujadas contra un objeto invisible. Retuerce el cuerpo para intentar liberar las muñecas, pero las ataduras se tensan, obligando a sus puños apretados a clavarse más en la base de la columna. Pánico. La respiración se acelera. Jadeos. Hiperventilación.

¡NO!

Fuerza al cerebro a centrarse en su entrenamiento: ocho años de experiencia policial y trabajo duro en primera línea. Inhala hondo para frenar el galope del corazón. *Intenta recordar. ¿Qué? ¿Quién?* El cieno que anega su mente se desliza, y las escenas resbalan en una sucesión caótica y enmarañada. El bar frenético, ruidoso. El Fells Inn. Su refugio habitual. Su equipo, apelotonado alrededor de una mesa atestada de vasos vacíos y paquetes de tabaco. Todos bebiendo, riendo, tomándose el pelo, la chanza de siempre. Un cumpleaños para Fiona.

La cinta de película da sacudidas. *¿Y después? ¡Joder, recuerda!* Fiona en pie, el rostro arrebolado, feliz. Un brindis. Aullidos de risa. *Me caí de la silla. ¿Iba borracha?* En el baño, con arcadas sobre el lavabo. *Me fui temprano*. Hurgonea en su memoria. Dos copas y luego la parada de taxis. *¿Por qué iba borracha solo con dos copas—¿por qué?* Recuerda las náuseas y que huyó antes de volver a vomitar. Nunca se lo perdonarían. *¿Y después?* Nada. La cinta vacilante se congela, y la pantalla vuelve a ennegrecerse. *¿Solo dos copas?* Y entonces la golpea. Le habían echado algo en la bebida. *¡Joder!* En algún lugar del bar, alguien adulteró su vodka. *¿Pero quién?*

Contiene la respiración y escucha. Silencio. Gira el cuello. La mejilla roza algo áspero. ¿Una manta—o un saco? Un chasquido fuerte sobre su cabeza, como el de una puerta que se abre—aparece un agujerito de luz, una diminuta fisura en una sima profunda. Se echa hacia atrás, intentando ver. Pero algo le aferra los brazos y las piernas. Oye el viento y el susurro de los árboles y, a lo lejos, el graznido solitario de un cuervo. Y ahora el crujido de pasos sobre grava, su cuerpo subiendo y bajando. Alguien la lleva en brazos. Da patadas y se lanza de lado. Pero el agarre es demasiado férreo, y los pasos siguen firmes y seguros. Cinco, seis, siete, ocho pasos, cuenta, para retener detalles que puedan servir después, cuando escape y detenga a quien le está haciendo esto. Los pasos se detienen.

Respiración. No solo la suya. Un hombre. Gime, intentando articular la palabra «Policía». Pero de pronto le tiran del pelo, arrancándole lo que le cubría los ojos, luego le sueltan las piernas y rueda de lado, dando vueltas una y otra vez hasta estrellarse contra un lecho de rocas y escombros duro como el granito. El impacto le rompe el pómulo y le saca el hombro de su sitio. Un dolor blanco, incandescente, le cruza el pecho y le ruge en el cráneo. Grita, pero la agonía queda amortiguada por la mordaza.

Entreabre los ojos, pero solo uno obedece. Una luz deslumbrante le estalla en la retina. Girando la cabeza, fuerza al otro párpado a abrirse y ajustarse al resplandor cegador. Entrenamiento, se repite. Ignora el dolor. Vuelve a girarse. A su izquierda, un muro alto de...

¿qué? Entorna otra vez los ojos: barro y tierra. Vuelve hacia la luz. Surge una silueta, como nacida del corazón del sol. Una figura colosal. Una bestia. Se cierne sobre ella como la abominación de Frankenstein. Un objeto reluce a los rayos del sol. ¿Una pistola o un cuchillo? El brazo de la bestia se mueve a izquierda y derecha. Ahora puede verlo. Es su placa policial. Gime otra vez y da una patada, pero el dolor del hombro la obliga a parar.

El monstruo desaparece. Vuelve a escrutar su entorno. Arcilla húmeda la rodea, a una altura de entre dos y tres metros. Aparta el peso del hombro y se arrastra hacia la pared lateral. El bramido de un motor la hace detenerse. *¿Un tractor o—¡No!* El pozo de barro en el que la han arrojado es una tumba. Su tumba.

Un neumático aparece al borde del precipicio, y la pluma de una excavadora se bambolea sobre su cabeza. Con el chirrido ensordecedor del fluido hidráulico corriendo por los engranajes, su cuchara cargada vierte un cuarto de tonelada de barro y rocas excavados sobre las piernas de la agente Garvey.

—*¡NO!*— Su súplica ahogada es inútil.

Los neumáticos se alejan y, instantes después, vuelven. Una segunda carga vomita desde la cargadora, y una tercera, que le sepulta el pecho y comprime la caja torácica hasta que cruje. Y cuando la cuarta y fatal ola de arcilla empapada y cascotes le machaca el cráneo contra el fango, la agente Garvey lanza una última plegaria desesperada mientras el resto de su vida tronchada se le escapa de los pulmones.

Uno

El inspector jefe Duncan Bone se giró boca arriba, con la respiración entrecortada y los ojos parpadeando con rapidez bajo los párpados. Estaba soñando. El mismo sueño que anoche, y la noche anterior. Una y otra vez, siempre igual, como una película demencial atascada en reposiciones. En plena noche, lloviendo a cántaros, Bone corría a todo trapo por una calle desierta, los pies chapoteando sobre el suelo empapado. Irrumpía en un edificio de viviendas ennegrecido por el hollín, saltando sobre escombros y detritus humanos esparcidos por el suelo casi ruinoso, subiendo las escaleras de tres en tres —la oscuridad densa y asfixiante devorándolo a cada peldaño. Al llegar al último piso, se abalanzaba hacia la puerta número seis, la cifra colgando precariamente del marco y bamboleándose de un lado a otro. Le soltó una patada a la superficie con la pintura ampollada con toda su fuerza. La puerta vibró, pero el cerrojo aguantó. Bone pateó una y otra vez, pero aun así la puerta se negaba a ceder. Se detuvo. El pomo tembló y, lentamente, empezó a girar.

—¡NO! —gritó.

El cráneo se le llenó de un chillido ensordecedor y, en una explosión de calor y luz que le abrasaron las órbitas, la puerta quedó hecha añicos, y una bola de fuego al rojo vivo envolvió el cuerpo de Bone en una deflagración que incineraba la carne con un dolor insoportable.

Bone despertó presa del pánico, llevándose las manos al cuello. El corazón le galopaba, la cabeza le daba vueltas como un 747 fuera de control en espiral hacia el suelo. Tanteó en la mesilla buscando el vaso de agua que había llenado la noche anterior y se tragó dos, tres, cuatro sorbos a trompicones. La vía aérea se le despejó y el oxígeno inundó sus pulmones, el pulso bajando mientras inspiraba hondo. Al cabo de unos instantes, el siseo electrostático de la pesadilla en retirada se desvaneció y soltó un largo suspiro de ansiedad extenuada. Estiró el brazo a lo ancho de la cama, buscando el calor familiar y tranquilizador del cuerpo dormido de Alice. Y luego su niño, Michael, entraría corriendo, se subiría a la cama y le saltaría encima del pecho hasta que él, entre cosquillas, rindiera al crío a carcajadas... Pero entonces, como siempre, la cruda realidad le golpeó de lleno. Ya no estaban, desterrados por el TEPT que había pasado un ariete por su matrimonio, por su familia. Ahora, hacerle cosquillas a su hijo tenía que pasar por comprobaciones DBS y ser programado por abogados y juzgados, por el servicio de apoyo psicológico de la policía y por su exmujer, que reservaba sus sonrisas para su futuro hombre, que llegaría en cuanto la noche se hiciera día.

Se incorporó y miró hacia la penumbra que se filtraba por las cortinas. El despertador marcaba las 5:30; el tiempo se había detenido tres años atrás, cuando su mundo terminó con un bang.

En el cuarto de baño, Bone se echó agua a la cara y dio toquecitos suaves sobre la cicatriz rosada que le corría desde la sien, bajaba por su mejilla demacrada y pálida y se perdía en una barba espesa que ahogaba sus antaño cinceladas facciones de Hollywood. Cuando la explosión arrasó el piso del sospechoso, lanzó a Bone a través de la pared hasta el rellano y al sospechoso lo convirtió en mil pedazos. Tras dos semanas de coma y varias operaciones de urgencia, el cirujano le dijo a Bone que estar vivo iba más allá de la buena suerte y que, si la diminuta esquirla de metralla hubiera impactado un poco más abajo en el cráneo, estaría criando malvas.

Bone tiró de la piel bajo el ojo izquierdo. El puñetazo de la bala había tornado el iris de azul pálido a un rojo casi borgoña, dándole el aspecto de un Terminator venido a menos, como le dijo su vecino listillo cuando por fin le dieron el alta. El fragmento del fémur del asesino seguía alojado ahí, junto al tronco encefálico, demasiado profundo y peligroso para extraerlo. El cirujano dijo que era en parte responsable de la ferocidad del TEPT inicial que le sacó de la carretera y por un precipicio, empujándolo al borde del suicidio. Pero ahora, casi un año después, pese a las alucinaciones ocasionales y algún ataque de pánico fugaz, sus terrores y temblores habían remitido lo suficiente como para permitirle algún tipo de existencia en el mundo. Volver al trabajo era otro cantar, pero por ahora, las idas al supermercado sin sobresaltos y una cerveza de vez en cuando en su local le bastaban. Presionó el dedo contra la cicatriz de la herida de entrada y la frotó suavemente, un gesto de consuelo que había desarrollado durante la convalecencia. Suspiró de nuevo, apagó la luz del baño y bajó en busca de café.

Al pasar junto a la puerta, comprobó si había correo. Un sobre acolchado colgaba del buzón. Lo arrancó y siguió hacia la cocina. Platos sucios amontonados en la encimera y en el fregadero, la mesa de la cocina sembrada de periódicos viejos y propaganda. Las tareas domésticas nunca habían sido lo suyo y, ahora, solo en su diminuto piso de dos habitaciones, todo parecía bastante inútil. Llenó el hervidor y, buscando una taza en armarios vacíos, rescató una de debajo de un chabolismo tambaleante de loza sin fregar. Enjuagando la marea de moho del borde, se sirvió un colombiano solo bien cargado —prácticamente lo único en el piso digno de aprecio. Soltó el sobre sobre la montaña de caos de la mesa, se dejó caer en una silla junto a la ventana y se zampó el café.

Echó un vistazo al calendario colgado de un gancho en la puerta de la cocina: 5 de octubre, día de terapia. *Joder.* Se planteó llamar para decir que estaba enfermo. Hoy no podía con ello. Fuera soplaba un vendaval y la lluvia aporreaba la oxidada ventana Crittall, haciéndola vibrar en el marco y recordándole su pesadilla recurrente.

Jesús. Decidido.

Tomó otro sorbo y cerró los ojos. Entonces su hijo entró corriendo en la cocina y se subió a sus rodillas.

—¿Puedo probar un sorbo?

—No —dijo Bone, negando con la cabeza—.

—¡Coco Pops! —gritó Michael.

Bone abrió los ojos y el recuerdo se deshizo. Comprobó la hora: 7:03. Saltando en pie, volvió al dormitorio para vestirse y salir pitando. Si se daba prisa, llegaría a casa de Alice antes de que salieran para el colegio.

Bone llegó sin aliento y calado hasta los huesos. Había corrido la mayor parte del trayecto, evitando el centro y el peaje del cotilleo pueblerino, pero ahora deseó haber cedido a la pereza y haber cogido el coche. Con las prisas, se había olvidado del abrigo, y la camisa se le pegaba como un traje de neopreno dos tallas más pequeño. Cruzó a la carrera el diminuto jardincito de Alice y casi tropieza con el triciclo de su hijo, atravesado en medio del camino. Pulsó el portero. Nada. Volvió a llamar.

El altavoz chasqueó y una vocecita piaba: —¿Hola?

—Michael, soy papá. ¿Me abres, hijo?

Tras más chasquidos y manoseos, entró otra voz.

—¿Duncan, eres tú? —dijo Alice con brusquedad.

—Sí, ¿me deja pasar? Aquí fuera está cayendo a cántaros.

—Estamos saliendo ya. Voy a llevar a Michael al colegio.

—Lo sé. Pensé que quizá podría llevarle yo esta mañana.

El zumbador silbó y se cortó.

—¿Alice? ¡Alice! —volvió a pulsar el botón.

La puerta se abrió de golpe y apareció Alice, acalorada y desbordada, sujetando a Michael con una mano mientras equilibraba con la otra un montón de bártulos del colegio. Michael se soltó de su agarre férreo y salió corriendo hacia su padre mientras a Alice se le escapaba la goma del pelo y los largos rizos le caían sobre la cara.

—Jesús —gruñó, intentando recogérselo.

—¡Papá! —dijo Michael, lanzándose a los brazos abiertos de Bone.

—¡Vaya! Has crecido —dijo Bone con una sonrisa amplia—. Y pesas más.

Alice cerró la puerta de un clic.—Vamos, Michael, vamos a llegar tarde.

—Quiero que me lleve papá. ¿No puede, por favor? —suplicó Michael, con su cara redonda y pecosa de seis años plegándose en un mohín irresistible.

—Vamos —insistió Alice, endureciéndosele el tono y la resistencia.

—No es molestia —intervino Bone—. Me encantaría.

Alice se volvió hacia él.—Ya hemos hablado de esto, Duncan. Acordamos unos horarios de visitas. *Usted* estuvo de acuerdo.

—Lo sé, pero echo de menos esta carita traviesa —dijo, pellizcando la mejilla de Michael.

—No. Así no —replicó Alice—. Déjelo en el suelo. Vamos, Michael. Tenemos que irnos.

—Solo un paseo hasta el cole, nada más —insistió Bone—. Son veinte minutos y luego me atengo a las reglas, lo prometo.

Alice miró a Bone, y los ojos se le nublaron como si reconociera el dolor grabado en su rostro, conectando por un brevísimo instante. Luego infló las mejillas.—Vale, solo por esta vez, ¿de acuerdo? —dijo.

—¡Yuju! —chilló Michael, dándole puñetazos en el pecho a Bone de pura emoción.

—Gracias —dijo Bone, sonriendo—. No se hace usted una idea.

—Sí me la hago, pero lo digo en serio. A partir de ahora, lo pactado va a misa, ¿vale?

Bone asintió, pero ya estaba entretenido haciéndole cosquillas al crío, que se reía a carcajadas.

Alice negó con la cabeza.—¿Va a necesitar esto? —le plantó delante la mochila del colegio de Michael, la fiambrera y el chubasquero.

Bone bajó al niño y cogió las cosas; su mano rozó la de Alice. Ella se apartó.

—Váyanse. Van a llegar tarde —dijo.

—Entonces, ¿andando o paseo en camello? —preguntó Bone a su hijo, que le agarraba la mano con toda la fuerza que podía un niño de seis años.

—¡Camello! —chilló Michael, radiante.

—Todos a bordo, entonces —Bone volvió a alzar a Michael, sentándolo sobre sus hombros—. ¡En marcha!

El niño rebotaba de emoción.

—Se ruega a todos los pasajeros que eviten los movimientos bruscos, que el camello es un cascarrabias —tronó Bone con voz de megafonía de andén.

Michael se rió y se irguió, encantado de ir con su padre. Al llegar a la verja del colegio, Bone dejó a Michael en el suelo y le entregó sus cosas. Una de las profesoras, Miss Champling, una mujer mayor y adusta, apremiaba a los niños a entrar con secos golpes de muñeca. *Dios, no, ella no.* Vio a Bone y a su hijo merodeando en la entrada y se acercó. Bone fingió no verla.

—Michael Bone, vamos. No querrás hacer esperar a tu profesora, ¿verdad? —Lanzó a Bone una mirada de hielo.

—Solo me estoy despidiendo —dijo Bone. Besó al niño en la frente—. Pórtate bien, ¿vale? Haz lo que diga mamá.

Cruzó los ojos en broma y Michael se echó a reír.

—Te veo en un ratito.

—Date prisa, Michael —cortó de nuevo la profesora.

—Deme un minuto —la ira de Bone subió.

—Hay una asamblea importante esta mañana, señor...?

—Bone.

—¿Señor Bone, el padre de Michael?

No, el señor Bone, el pederasta del barrio, que viene a llevarse a otro críо, pensó Bone—. Sí, su padre —murmuró.

—Pues he de decir que es un placer conocerle por fin —dijo ella, con un tufillo de sarcasmo bien marcado.

—Lo mismo digo, Miss Champling —replicó Bone—. He oído hablar mucho de usted.

—Todo bueno, espero —dijo ella, escapándosele una sonrisa torcida entre los labios finos.

—Adiós, papá —dijo Michael y, forcejeando con las bolsas, se abrió paso junto a la profesora y desapareció en el colegio.

—Entonces, ¿es probable que le veamos más a menudo? —preguntó Miss Champling a Bone.

—Bueno, desde luego sí me gustaría ver más a Michael, por lo menos —soltó Bone, dejando a Miss Champling con su respuesta envenenada para que la rumiara.

De vuelta en su piso, Bone se sintió animado por el giro que había dado la mañana. Tal vez quedara un resquicio de luz en su relación con Alice. Había entrenado su cabeza para no hacerse demasiadas ilusiones, pero por primera vez desde la explosión y su lesión, las partículas de posibilidad rebotaban en su pecho, una sensación casi olvidada que pensó que no volvería a experimentar.

Echando otro vistazo a la carnicería de la cocina, decidió aprovechar el humor y darle al piso una limpieza a fondo largamente aplazada. Empezando por la mesa, recogió todos los periódicos viejos y los folletos de publicidad y los tiró a la basura. Entonces vio el sobre del correo de la mañana. La dirección estaba mecanografiada, usando su título completo: Inspector jefe de detectives Duncan Bone, Esq. *Esquire*? *¿Quién pone Esquire hoy en día si no es en broma?* Cuchillas en mano, cortó el sello. Dentro había una tarjeta. Despejó un espacio en la mesa y la dejó. En la portada, una fotografía de un esqueleto saludando desde un ataúd, con la frase *Solo comprobando que aún no te has muerto* escrita debajo en una fuente gótica negra, como la que usaría una funeraria. La abrió y, en un lado, había un mensaje mecanografiado:

PARA EL HUESOS VAGO
UNAS PALABRITAS
DE LOS CABRONES

Bone sonrió. Era de sus compañeros de la Unidad de Delitos Rurales (UDR), o 'los cabrones', como el equipo se había bautizado cariñosamente. Desde su lesión y la consiguiente baja, había tenido muy poco contacto. Había estado demasiado enfermo para afrontar verlos y, cuando el comisario de la policía de Escocia se puso en

contacto para decirle que le concedían una medalla al valor por su valentía, la rechazó educadamente. Había hecho saltar por los aires al principal sospechoso de forma involuntaria: difícilmente honorable ni motivo de celebración, concluyó. Desde entonces, solo había visto a un miembro del equipo —la inspectora Walker, su segunda al mando— cuando se topó con ella en la cola del Scotsave. Pareció alegrarse de verlo, pero él no estaba en su mejor día y le dio largas. Y eso fue todo; así que, aunque la tarjeta fue una sorpresa bastante inesperada, resultaba rara porque parecía salir un poco de la nada. Quizá había pasado algo gracioso y querían compartirlo, o quizá pensaron que ya tocaba volver a vacilar a su jefe. Fuera lo que fuese, el día de Bone estaba resultando un poco mejor de lo que había empezado.

Le dio la vuelta a la tarjeta, esperando unas cuantas palabrotas garabateadas y mensajes no tan bienintencionados. Pero estaba en blanco. Miró con cautela dentro del sobre por si quedaba algo grosero por ahí dentro. Un diminuto objeto negro se había quedado encajado en la esquina del fondo. Sacudió el sobre y el objeto salió volando y cayó en la moqueta a un par de metros. Lo recogió. Era un micro-USB.

—Ay, Jesús —murmuró—. ¿Qué horrores ofensivos me habrán enviado? —Hizo una mueca solo de pensarlo, pero se sintió en el fondo contento de que se acordaran de él, aunque solo fuese para vacilarle. Arrancándose de la silla, fue a por su portátil al dormitorio, lo puso sobre la mesa, levantó la tapa y lo encendió. Nada.

—Cojones. —Volvió al dormitorio y, tras unos minutos de buscar y jurar en arameo, regresó con el cable de corriente.

Lo intentó de nuevo. Esta vez el portátil cobró vida y tecleó la contraseña con impaciencia. Examinó el USB, intentando averiguar por qué extremo o de qué manera había que meter aquello en la máquina. Probó de un lado y del otro, hasta que por fin encajó en un puerto y el USB se identificó en la pantalla. Hizo doble clic en el icono, y apareció un único archivo de vídeo sin título. Dudó un segundo con el ratón sobre el icono y volvió a pinchar. Su ordenador antiquísimo tardó unos momentos en registrar la orden; luego la

pantalla se puso en negro, parpadeó y apareció una pared de líneas borrosas.

—Joder —dijo, trasteando de nuevo con el USB.

La pantalla se fundió a negro y después surgió una imagen en movimiento, rayada y desvaída. Bone apartó el portátil de la luz para mejorar la resolución. Había una figura tumbada en una especie de foso o zanja. El siseo se intensificó. La figura se movía o se retorcía. Se inclinó más. Era una mujer. Tenía algo que parecía cinta adhesiva negra alrededor de la cabeza, con una sección retirada, dejando un ojo al descubierto.

Bone dio un respingo hacia atrás, la familiaridad de las imágenes asaltándole los sentidos. De la nada, tierra y piedras cayeron sobre el cuerpo que se agitaba. Escenas grotescas de su pasado le tronaron en la mente como un tsunami de horror desbocado. Los MP4 de "snuff" que habían llegado semana tras semana a su correo, grabando la muerte lenta y agónica de tres agentes de policía, enterrados, incinerados y, el último —antes de acorralar por fin al monstruo—, un joven agente al que desangraban y embalsamaban lentamente, aún vivo.

¡Otra vez no!

Bone aporreó el teclado intentando parar el vídeo. A través del siseo se oyó el motor de una excavadora, cada vez más fuerte. Desesperado, agarró el cable de corriente y lo arrancó del aparato. El vídeo desapareció y la pantalla volvió a quedarse en negro. Bone se desplomó en el suelo, el pánico desbocado en el pecho. Se agarró al suelo, la habitación girando. Tambaleándose, se fue al dormitorio, huyendo de la posibilidad de que el vídeo empezara a reproducirse otra vez por su cuenta.

Tras una hora dándole vueltas a qué clase de bastardo desviado mandaría una reconstrucción en vídeo calcada —si es que eso era—, el shock inicial y el miedo a las secuelas de sus lesiones, con las que tanto había trabajado para lidiar, dieron paso a la rabia, y luego a la furia. Justo cuando pensaba que quizá empezaba a doblar la esquina, pasaba esta mierda. Siempre igual. Era como si le castigaran por haberlo jodido todo. Pero esto era un castigo de proporciones sísmicas —o la broma más enferma jamás gastada.

—¡A la mierda! —gruñó.

Buscó el móvil en el bolsillo y, desplazándose por los contactos, se detuvo en el número del superintendente detective Gallacher. El dedo le tembló sobre el botón de llamada. Sabía que tendría que denunciarlo; algo tan demente no podía ignorarse. Pero quizá debería llamar a otra unidad de forma anónima. Reabrir heridas antiguas podía hacerle retroceder. Hizo una mueca. ¿Cuánto más podía retroceder? Su furia superó cualquier miedo a una recaída. A su entender, una recaída podía ser lo de menos. Pulsó el botón de llamada y el número empezó a sonar.

Dos

—Esto sí que alegra la vista. El superintendente detective Roy Gallacher se plantó en el quicio de la puerta de Bone, su imponente corpachón tapando casi toda la luz del rellano. —Me encanta el look *Nanook of the North* —dijo, asintiendo hacia la selva de pelo que casi devoraba la cara y la cabeza de Bone—. Cristo, si lo llego a saber, me habría traído algo de puta calderilla.

Su prodigiosa capacidad para enlazar tacos en inglés era legendaria en el cuerpo. De crío, tras sobrevivir a unos padres alcohólicos y a una infancia a trompicones entre casas de acogida, había tenido que pelear cada victoria a pulso durante toda su vida, lo que hacía su ascenso meteórico por el escalafón aún más milagroso.

—Hola a usted también —dijo Bone, invitando al superintendente jefe a entrar en su piso.

—¿Qué es ese pestazo infernal? —preguntó Gallacher mientras seguía a Bone, pasando por la cocina camino del salón.

—Eso sería yo, señor —bromeó a medias Bone.

—Pues tienes pinta de necesitar un trabajo a gritos —dijo Gallacher—. Espero que de eso vaya nuestro reencuentro inesperado.

—¿Quiere un café? —preguntó Bone, ignorando la pregunta de Gallacher.

—Sí, estaría genial, siempre que Rentokil haya desinfectado la taza antes. El superintendente jefe entrecerró los ojos ante la carnicería del abandono que los rodeaba—. Ahora en serio: me alegro de verte. ¿Cómo demonios has estado? —Frunció el ceño otra vez ante el vello facial de Bone—. Vaya pregunta. Como la mierda, por lo que veo.

—No ha sido fácil, desde luego.

—Bueno, pasaste por un buen trauma, y el caso Cucú-Tras... Nos afectó a todos. Sabes que yo también tuve sesiones individuales.

—No lo sabía.

—Oh, sí. En nuestro curro siempre está el riesgo de que los hijos de puta se nos metan bajo la piel. Conocía a todos esos agentes y a sus familias. Fue demoledor, como una bola de demolición. —Suspiró —. En fin, lo arreglé. Pero lo que digo es que nunca estuviste solo en esto, y tú te encerraste, y no estoy seguro de que fuera buena idea.

—¿Y la tropa, qué tal? —cambió de tema Bone.

—Oh, ya sabes: la misma panda de gilipollas de siempre, aunque echando en falta al mayor de todos, obviamente. —Gallacher sonrió.

—¿Quién es el nuevo inspector Jefe?

—¿Quieres decir quién guarda el fuerte hasta que vuelvas? Sería la efervescente sargento detective Mullens.

—Dios mío. Eso es arriesgado, ¿no? Darle a ese grandullón aún más poder para repartir puñetazos —bromeó Bone.

—Lo sé, pero nadie quiso ponerse en tus zapatos.

—¿Y Rhona?

—Se lo pedí. Bueno, prácticamente supliqué a la inspectora Walker que cubriera, pero se negó. Eres difícil de sustituir, y creo que pensó que sería una falta de respeto o algo así.

—Que no se me malinterprete: Mullens es un buen poli, y la persona de referencia si buscas compañero de lucha libre. ¿Pero inspector jefe? Apuesto a que has pasado unas cuantas noches en vela pensando en lo que podría hacer para que os echaran a todos.

—Por suerte, todo tranquilo en el frente occidental: un par de agresiones domésticas, algunos tejemanejes de bandas. ¿Te creerías que la banda de Northfield ha pasado de la clase A al abigeato? ¿Te imaginas el día de campo que se pegó Mullens con eso?

Bone esbozó una sonrisa.

—Aún no me has dicho por qué me has invitado a esta fosa séptica de piso que tienes.

Bone cogió el portátil de la cocina y, colocándolo en la mesa del salón, lo encendió. —Esta mañana he recibido esto por correo.

Pulsó el botón de reproducir del archivo. La pantalla volvió a sisear, y la escena de horror regresó. Mientras Gallacher miraba, Bone se retiró a la cocina. Desde allí, aún podía oír el rugido de la excavadora abriéndose paso entre la estática. Abrió la ventana y se concentró en el sonido de la lluvia azotando el tejado de chapa de un viejo cobertizo en uno de los jardines de abajo. Al cabo de unos minutos, Gallacher apareció en la puerta, con la cara lívida.

—¿Qué cojones es eso?

—Justo eso mismo he pensado yo, señor.

—¿Cuándo has dicho que te ha llegado?

—Esta mañana.

—¿Es algún tipo de broma enferma?

—Sí, eso también lo he dicho —respondió Bone.

—Quiero decir... es idéntica.

—Lo sé.

—Tiene que ser una broma pesada. ¿Seguro que alguien no lo ha montado?

—Eso esperaría uno.

—Pero eso es pura maldad. No tiene puta gracia.

—Sí, aquí está la tarjeta. —Bone la cogió de la mesa.

—¡Déjala! —apremió Gallacher.

Bone obedeció.

—Vamos a tener que pasarle esto a la científica. No me da buena espina.

—Pensé que la tarjeta era de vosotros. Pone «de los arsehooz».

—Claramente no. Ni siquiera creo que Mullens bajara tanto por una broma. Pero es alguien que conoce el mote.

Bone asintió.

—¿Qué matasellos lleva el sobre? —preguntó Gallacher.

—Glasgow, pero ese es el centro de clasificación central, así que no nos dice gran cosa —respondió Bone.

—Jesucristo. Justo lo que te faltaba. —Gallacher negó con la cabeza.

—Estoy bien.

—¿Seguro?

—Estoy más cabreado que otra cosa, la verdad.

—Es tremendo. ¿Por qué te lo mandarían a ti?

—Algún puto enfermo con rencor, quizá. He metido entre rejas a unos cuantos zumbados a lo largo de los años.

—Mira —interrumpió Gallacher—. Déjame llevarme esto. Pondré a forenses con ello a ver qué podemos hacer.

Bone asintió.

—¿Tienes algo donde lo pueda llevar, para no contaminarlo más? —Gallacher miró el suelo abarrotado—. Difícil, ya lo sé. —Alzó una ceja.

—Una bolsa de plástico es lo mejor que puedo ofrecer —dijo Bone, cogiendo una de una silla.

—Servirá. —Gallacher sacó un guante desechable del bolsillo y se lo puso antes de dejar caer el USB en la bolsa—. Necesitaré también esa tarjeta y el sobre.

En la puerta, Gallacher se detuvo—Te llamaré en cuanto sepa algo, ¿vale? Con suerte será solo algún zumbado ansioso de atención y el equipo lo pondrá en su sitio.

Bone asintió.

—Y sin alarmarte, pero mantén la puerta cerrada con llave.

—Aún sé cuidarme, señor.

—Me alegra oírlo. —Gallacher le tendió la mano—. Bueno, a pesar de la sorpresa desagradable, me alegra verte, Duncan. —Sonrió.

—Igualmente —respondió Bone.

Y con un breve gesto, el superintendente jefe se fue.

A la mañana siguiente, el móvil de Bone vibró con fuerza. Cayéndose de la cama, rebuscó entre los montones de ropa del suelo hasta que por fin lo encontró. Aún con los ojos nublados de sueño, trasteó con los botones hasta dar por fin con el de responder.

—¿Hola? —croó Bone.

Silencio.

—¿Hola? ¿Quién es?

La línea hizo un clic y se cortó.

—¡Hola! ¿Hay alguien ahí?

Volvió a sonar, y Bone casi lo dejó caer—Joder.

Pulsó el botón otra vez.

—¿Quién es?

—¿El superintendente jefe Gallacher, tu jefe? —el marcado acento de Govan de Gallacher gruñó a través del altavoz.

—Perdón, señor. Acabo de despertarme y mi móvil se ha vuelto loco.

—Te llamo... —Gallacher hizo una pausa—. Es por la grabación: tengo que hablar contigo. Quizá sea mejor que vengas.

—¿A...?

—A comisaría.

—¿Cuándo?

—Ahora, si puedes.

Bone vaciló.

—¿Sigues ahí? —preguntó Gallacher.

—No estoy seguro, señor. Hace tiempo.

—Puedes entrar por detrás si lo prefieres. Lo mantenemos discreto. Solo creo que sería mejor hablar cara a cara.

Bone presionó el dedo sobre la marca de punción de su sien.

—Con carácter de urgencia —insistió Gallacher.

—Iré, pero no quiero que el equipo monte ningún numerito, ¿de acuerdo?

—Hecho.

Tres

El vetusto Saab 96 verde botella de inspector jefe Bone se acercó a la monstruosidad brutalista de hormigón setentero que era la Comisaría de Kilwinnoch. Para ser un pueblo rural más bien pequeño, su comisaría era inusualmente grande, quizá para albergar entonces a la recién creada Unidad de Delitos Rurales. O quizá, en un arrebato de glamour indulgente, el consejo regional anticipó un optimista repunte de la actividad delictiva. Pero aunque el pueblo tenía su ración de descerebrados y algún que otro incidente grave, el edificio siempre había parecido bastante desangelado y vacío. Bone no había puesto los ojos en su fea fachada desde su lesión, pero no sentía ni una pizca de nostalgia por el lugar.

Aparcó enfrente, añadiendo otra capa de detalle al viaje temporal a los setenta de la calle, y se dirigió hacia la entrada. Un par de uniformados salió por la puerta principal y bajó las escaleras. Bone les dio la espalda para evitar que le reconocieran. Cuando el camino quedó libre, se dirigió hacia el lateral para entrar por detrás, pero luego cambió de idea.

¡A la mierda! Ya estaba bien. Era hora de enfrentar a los demonios. Subió las escaleras y entró.

Un sargento de mostrador, de rostro fornido, alzó la vista. —¿Puedo ayudarle?

—Sargento Brody. ¿Cómo está?

El sargento miró durante un momento los rasgos barbados de Bone y luego una sonrisa de reconocimiento se ensanchó en su cara regordeta. —¿Inspector jefe Bone?

—¿Cómo va la cosa? —Bone sonrió.

—Perdón, señor, no le había reconocido con, ejem..., la foresta.

—Se le ve más delgado desde la última vez que le vi —Bone esperaba sonar sincero.

—¿Usted cree? Mi mujer me ha puesto con la dieta de la col. Estoy adelgazando, pero mi familia ha abandonado la casa por miedo a morir gaseados o a una explosión. —De pronto se le torció la cara como si hubiese masticado ortigas.— Perdón, no quería... —balbuceó.

Bone chasqueó la lengua, quitándole hierro a su desliz.

—Entonces, ¿cómo va ahora? He oído que lo ha pasado mal —prosiguió Brody, ampliando el agujero que estaba cavando con cada palabra.

—¿Está el superintendente jefe dentro? —cortó Bone, cambiando de tema.

—Oh... esto... sí, señor. Le abro el paso, a menos que tenga su identificación. Aún funcionará, estoy seguro —dijo el sargento.

—Con que me deje pasar, perfecto.

—Sin problema.

Brody accionó el zumbador de la puerta de acceso a las oficinas, y Bone entró con cautela.

Subió las escaleras hasta la tercera planta. Se abrió una puerta al fondo del pasillo, y la cara aniñada y con gafas de agente de detectives Will Harper asomó por ella.

Mierda.

—¡Disculpe! —llamó Harper tras Bone y salió al pasillo—. Esta es un área segura.

Imbécil. ¿Dónde se cree que estamos, en el Pentágono?

—¿Qué hace aquí dentro? —insistió Harper, con la voz subiéndole un par de octavas.

Decidido a divertirse un poco, Bone viró directamente hacia el joven detective, cada vez más sorprendido.

—Tiene que volver abajo, y el sargento de mostrador le atenderá —dijo Harper.

Bone aceleró el paso y Harper retrocedió.

—¡Alto! —chilló con un falsete digno de una noche de estreno en La Scala.

—¡Bú! —rugió Bone, alzando las manos.

La expresión de Harper migró del terror de hacérselo encima a la confusión y, por fin, se asentó en el reconocimiento y el alivio.

—Jesucristo, señor. Estaba a punto de tirarlo al suelo ahora mismo —jadeó Harper, con las mejillas ardiéndole como un culo recién azotado.

—Oh, sí, ya.

—Entonces, ¿ya se ha enterado? —dijo Harper, intentando recomponerse.

—No, ¿de qué?

Se abrió una puerta al fondo del pasillo y Gallacher salió.

—¿A qué viene tanto maldito jaleo? —Vio a Bone—. Entre.

Bone obedeció con Harper a remolque.

—Tú no —dijo el superintendente jefe.

Harper se retiró a regañadientes por el pasillo.

Bone escaneó la sala al entrar. Todo estaba más o menos como lo recordaba, aunque aún más obsesivamente ordenado, si eso era posible. Dos de sus compañeros estaban junto a la ventana. El Sargento detective Mark Mullens, un combi pelirrojo de metro noventa con patas, flanqueado por inspectora Rhona Walker. Sonrojada como siempre, y aun con su impecable traje reglamentario, seguía pareciendo que acababa de bajarse del último ferry de Lewis.

—Pensé que lo íbamos a mantener discreto —protestó Bone.

—Ha habido algunos avances —gruñó Gallacher.

Bone volvió a mirar a los dos detectives. A Mullens se le dibujó media sonrisa fugaz y Walker asintió con un saludo profesional. Tras casi un año, era un regreso de lo más tibio. Algo iba muy mal.

—Siéntate —continuó Gallacher, sentándose en su escritorio milimétricamente ordenado.

—Prefiero quedarme de pie, si no le importa. No me quedaré mucho —dijo Bone, sintiéndose emboscado.

—Siéntate de una vez —insistió el superintendente.

Bone obedeció a regañadientes.

—Hemos estado investigando el vídeo que te enviaron —dijo Gallacher, mirándole directamente a los ojos.

—¿Y?

—Hemos recibido información que indica que el espectáculo de terror no es una recreación ni una broma.

—¿Qué... es real? ¿La mujer?

El corazón de Bone se disparó.

—La semana pasada, nuestros compañeros de desaparecidos investigaban la desaparición de una mujer llamada Hazel Garvey —prosiguió Gallacher.

—¿Y? —preguntó Bone, aunque ya sabía adónde iba a parar.

—Esta mañana, un agente de la comisaría de Campsie Fells confirmó que la mujer del vídeo era, en efecto, Hazel Garvey, la agente Hazel Garvey.

—Mierda, ¿una poli?

—Una poli muy *buena*, con dos condecoraciones.

—Jesucristo, otra vez no.

Bone cerró los ojos.

—Me temo que hay más.

—Siga —respondió Bone, suspirando.

—La agente Garvey es la esposa de Ross McLean.

—¿No será McLean el abogado?

—Para ser más precisos, jefe de servicio.

—¿No era ese capullo que trabajaba en el caso Cucú-Tras para el fiscal? —saltó Mullens.

—Sí —replicó Bone—. Y ahora, por lo que parece, ascendido a mandamás, para darle más emoción al asunto.

—Entonces, ¿estamos ante algún tipo de vendetta? —intervino Walker.

—Son preguntas que debemos hacernos —dijo Gallacher—. Pero, a estas alturas, como aún no hemos recuperado un cuerpo, tenemos que volcar todo lo que podamos en encontrar a la agente Garvey. Si

esto *es* un imitador, sabemos que Cucú-Tras mantenía a sus víctimas con vida tres o cuatro días.

—Pero el vídeo... Nadie podría sobrevivir a eso —añadió Walker.

—No podemos dar nada por sentado. Ojos, oídos, mente e instinto bien abiertos.

—Maldito cabrón —rezongó Mullens.

—Gracias, Detective.

Gallacher frunció el ceño y dio un paso atrás, negando con la cabeza.

Bone apretó los puños. —¿Pero por qué esta cucaracha me mandó la cinta a mí y no a McLean, como hacía Cucú-Tras con las familias de sus víctimas?

—Quien haya hecho esto tiene un conocimiento íntimo del caso —respondió Gallacher—. El vídeo guarda un parecido espeluznantemente exacto con las cintas originales de Cucú-Tras y, claramente, el autor te ha elegido por algún motivo.

—Entonces, ¿tiene que ser una vendetta?

Bone miró a Walker.

—Por eso te he llamado.

Bone se quedó helado un momento para procesar lo que decía su jefe. —Un momento, ¿no pretenderá que vuelva?

—No lo pretendo, lo ordeno, inspector jefe Bone.

La forzada sonrisa de Gallacher se tensó aún más.

Bone saltó de la silla. —¿Podemos hablar en privado?

El superintendente jefe siguió a Bone fuera del despacho.

Al final del pasillo, Gallacher giró a la izquierda por una puerta cortafuegos que daba a la azotea. Si acaso, el viento había arreciado y aún había lluvia en el ambiente. Avanzando a zancadas hacia las escaleras, se volvió y alzó la mano.

—Antes de que digas nada, escúchame, Duncan —dijo Gallacher, mientras su cuidadosamente lacado pelo hacía un esforzado intento de huir de la coronilla—. Esta mañana he recibido una llamada de la fiscalía, seguida poco después de una charla interesante con mi colega de la academia de policía, Peter Laverty.

—¿El jefe de policía?

—Artillería pesada. Por lo visto, McLean está haciendo valer su influencia y echando la culpa a la Unidad de Delitos Rurales de haber jodido el caso Cucú-Tras.

—A mí, quieres decir.

—No, Duncan, a mí —el superintendente jefe hizo una mueca—. Estoy intentando frenar aquí una tormenta de mierda a escala de todo el cuerpo. Quieren que encontremos a la pareja de McLean y cojamos al autor antes de que esto vaya a más.

—Bueno, obviamente.

—Como favor, Laverty ha bloqueado que la investigación se le entregue a otra unidad, por ahora, pero estamos contra las cuerdas. —Una ráfaga de viento casi los hizo volar por el borde.— Te necesito aquí de vuelta liderando a tu equipo.

—¿Mi equipo? No lo creo —replicó Bone.

—Confían en ti y en nadie más.

—Son la mejor unidad de delitos de Escocia. No me necesitan.

—Duncan —Gallacher cambió de táctica y se pasó al nombre de pila—, esto es un imitador del caso que tú dirigiste. Tienes un conocimiento minucioso y al detalle del delito y del asesino. Y, como has dicho, la cinta te la mandaron a ti por una razón.

—Pero McLean cree que la cagué. ¿No dará mi regreso a Edimburgo la excusa que necesitan para colgarnos de los cojones?

—McLean está cabreado, y Laverty no es ningún tonto. Tiene el olfato profesional suficiente para saber que este es nuestro caso y que tú eres el mejor inspector jefe para liderarlo.

Bone negó con la cabeza. —No necesito esto. Estoy intentando volver con Alice y ver más a mi hijo. Mucho *más*. No puedo poner eso en riesgo.

—He hablado con tu equipo de rehabilitación —interrumpió Gallacher—. Me han dicho que estás listo para volver.

—Oh, gracias —replicó Bone, cortante—. Mi supuesta rehabilitación es asunto mío. Lo que pasa allí es confidencial.

—Como tu superior, tengo el deber de proteger a mi unidad. Tengo todo el derecho a hacer averiguaciones. No dijeron nada más

que estabas apto para el servicio, pero que la decisión era enteramente tuya.

—Mi decisión, exactamente —gruñó Bone—. Así que no empiece a lanzarme órdenes. Sigo de baja, por si no se ha dado cuenta.

—Duncan, por favor. Estoy desesperado —dijo Gallacher, inclinándose para resguardarlos a ambos del vendaval—. Mira, nos conocemos desde hace mucho. Te conozco. Estás listo, y sabes que lo estás. No puedes enterrarte para siempre en ese cuchitril. Vamos, ¿no crees que se lo debes a la agente Garvey y a tu equipo?

—Ah, la carta de la culpa. Me preguntaba cuánto tardaría en salir —saltó Bone—. Soy medallista olímpico en esa emoción en particular. —Pese a sus protestas, sabía que su jefe no iba a soltar el asunto y que los acontecimientos conspiraban para impedirle desobedecer su orden. Hizo una mueca. El corazón le gritaba que bajara por las escaleras de emergencia, pero la cabeza estaba dando un golpe de Estado de manual. Había demasiados cabos enredados alrededor de su vida otra vez que necesitaban atarse, de una vez por todas.

—Entonces, ¿qué va a ser? —insistió Gallacher—. Necesito una decisión ya mismo. ¿Vuelves o tomas la salida de incendios?

—Si digo que sí... —empezó Bone.

—¡Aleluya! —se adelantó Gallacher.

—*Si* digo que sí, no voy a quedarme sentado con el culo en una silla. Dirijo este caso desde abajo y nos dejas trabajar, sin injerencias ni la política de los mierdas de Edimburgo.

—No lo querría de otra manera —dijo Gallacher, sonriendo—. De hecho, seré tu escudo humano.

Bone vaciló. —Vale —dijo por fin, con las palabras en el aire antes de poder tragárselas.

—Bienvenido de nuevo, inspector jefe Bone —Gallacher asintió, satisfecho.

—Vayamos paso a paso, ¿de acuerdo? —replicó Bone.

—Por supuesto.

—Solo una cosa —dijo Bone mientras regresaban.

—Soy todo oídos.

—¿Puedo empezar mañana? Hay un par de cosas que tengo que hacer.

—A las siete en punto.

—Sí, señor.

—¿Señor? Eso ya suena más a mí —sonrió Gallacher.

—Un momento de debilidad. No volverá a pasar.

En la puerta, Gallacher se detuvo. —Gracias, Duncan. Te la debo —dijo con sinceridad.

—Puede que le tome la palabra —replicó Bone, y volvieron a entrar.

Cuatro

Para cuando Bone regresó al socavón al que llamaba hogar, ya se había convencido de que había tomado la decisión correcta. Tocaba. Tocaba seguir adelante y sacar su culo autocompasivo del lodazal. Si quería hacer algo de su vida con Alice y su hijo, tenía que volver a encarrilarse y conducirse hacia la luz en lugar de quedarse revolcándose, perdido y solo, en la oscuridad de un pasado que había arrasado su mundo.

En el baño, hurgó en el armario buscando la brocha de afeitar, se enjabonó la barba y fue pasándose la cuchilla por la cara como un quitanieves hasta que emergieron sus rasgos casi olvidados. Parecía mayor y más enjuto, ya no aquella pinta de galán de Hollywood que solía darle cierta vergüenza lucir, y le gustó lo que vio. Le sentó bien quitarse la máscara y soltar el lastre, y por primera vez en meses se sintió vivo y listo para afrontar el camión cargado de purín que viniera hacia él.

En el pasillo, empujó la puerta del trastero, un lugar que había evitado desde el accidente. La puerta estaba agarrotada y, echándole el hombro, consiguió entreabrirla. La habitación estaba a reventar de cajas y archivadores. Parte del desorden era efectos personales recuperados de la escena de la muerte de su matrimonio, pero apilados al fondo había montones de carpetas de anillas y archivadores de palanca. Sus deberes, como solía llamarlos. Trepando por encima del caos, se estiró sobre un arcón y cogió un

par de carpetas de lo alto de una torre tambaleante. Abrió la primera. Unos papeles se desparramaron y desaparecieron entre las cajas.

Joder. Pasando las páginas que quedaban en la carpeta, se dio cuenta enseguida de que no era lo que buscaba. Comprobó la segunda, pero el contenido se refería a un homicidio doméstico de cuatro años atrás. Volvió a estirarse, arrancó un archivador de palanca grande del segundo rascacielos en miniatura y lo abrió. La primera página llevaba escrito: «Robert Meiklejohn», con «El caso Cucú-Tras» manuscrito debajo en gruesas letras rojas. Las palabras le gritaron a la cara y le temblaron las manos.

—Allá vamos —murmuró.

Volvió a salir de allí, regresó al salón y dejó caer el archivo sobre una mesita junto a la ventana. Arrimó una silla, abrió el archivador y pasó a la primera página. Tres rostros le devolvían la mirada. Víctimas a las que había pasado meses intentando borrar de su mente. Se presionó el índice contra la cicatriz de la herida de entrada en la sien y siguió.

Agente Katie Edwards, 28, de la comisaría de Lennoxfield. Era guapa, elegante, con la luz de la vida chisporroteando en sus ojos juveniles —hasta que la enterraron viva.

La segunda, la agente Maggie Cowley, 37, de la unidad de Strathglennan. Cucú-Tras la incineró, lo grabó y envió la grabación a su pareja.

Y el tercero, el más escalofriante, el agente Gordon Tyrrell, 23, recién salido de la academia, apenas llevaba tres meses en su puesto en la comisaría de Kilwinnoch. Meiklejohn le vació la sangre —lo justo para mantenerlo con vida— y después bombeó cuatro galones de fluido de embalsamar por la arteria femoral del muslo.

La foto del carné policial de Tyrrell le fruncía el ceño a Bone, como si lo estuviera reprendiendo por no haber llevado al cabrón ante la justicia. Bone suspiró. Este repaso a la carrera de un asesino en serie iba a ser un viaje de dolor, sin duda. Necesitaba un café. Cerró el archivador y se replegó a la cocina para reunir a sus ejércitos mentales y prepararse para volver a la batalla.

Bone se despertó de un sobresalto, boqueando, con los puños aferrados a unas sábanas empapadas. Giró para coger agua, pero una figura se cernía sobre él. Intentó apartarse o incorporarse, pero el cuerpo se le había paralizado de miedo o de un sueño a medias. La figura se desplazó de lado. Desenredando el brazo de la sábana, Bone alargó la mano y agarró a tientas la lámpara de la mesilla. La figura se abalanzó hacia él. Trasteó buscando el interruptor, pero tiró la lámpara de la mesa. Cuando golpeó el suelo, la bombilla estalló. El fogonazo reveló por un instante los rasgos horrendos de la figura: un cráneo quemado, desfigurado, de piel derretida, hueso expuesto y carne chamuscada y arrugada.

Aterrado, Bone soltó un manotazo, pero sus puños al aire parecían atravesar la sombra que ahora se le echaba encima. Bone se lanzó contra la criatura, pero cayó de la cama y se estampó contra el suelo con un golpe doloroso. A gatas, se incorporó como pudo y tanteó la pared hasta dar con la luz general. Frenético, accionó el interruptor y, entrecerrando los ojos por el resplandor, buscó al agresor. Pero la habitación estaba desierta. Salvo el martilleo de su propio corazón en los tímpanos, todo estaba en calma.

Alucinación. *Joder.* No había tenido ninguna desde hacía casi un mes. De pronto, su alarma se puso a chillar.

—¡Jesús! —chilló, con el pecho dando otro brinco de susto. Se frotó los ojos, se dejó caer de nuevo al borde de la cama y aporreó la parte superior del radiodespertador hasta que dejó de berrear—. Lo que me faltaba.

Cinco

—¡Aquí viene el Boner! —sargento detective Mullens fue el primero en saludar a Bone cuando entró en la sala de incidentes, su corpachón alzándose sobre él, un Lurch de la Familia Addams inflado en exceso, a la espera de que llegara el siguiente cadáver al depósito.

La sala estalló en una andanada de aplausos.

—Bienvenido de vuelta, señor —Mullens le tendió la mano—. Y ya era hora, porque Andy, en The Fells, no nos va a fiar ni una copa más hasta que pague usted la cuenta del bar.

—La hostia, creo que hasta has crecido —replicó Bone, haciendo una mueca cuando Mullens le estrujó la palma—. ¿Te han trasplantado el cerebro?

—No, pero me han dicho que a ti te toca —dijo Mullens.

—He ido directo —Bone se liberó como pudo la mano machacada —. Gracias por dar un paso al frente.

—Bueno, solo puedo decir que menos mal que has vuelto —continuó Mullens—. No sé cómo aguantas a esta panda de inútiles desde hace tanto. Insoportable, vamos.

—¿Y qué fue del pordiosero que te había secuestrado la cara? —dijo la inspectora detective Walker, sonriendo mientras se acercaba.

Natural de la isla de Lewis, Rhona Walker se había curtido primero de uniforme y luego en la brigada de estupefacientes de la división de Highlands; su agudo instinto de investigadora ayudó a

desmantelar uno de los principales cárteles del Reino Unido. Siempre bromeaba con que había pedido el traslado a Kilwinnoch para llevar una vida tranquila, pero en realidad quería trabajar en un grupo de homicidios y, en particular, con Bone. El enfoque intuitivo y directo de Walker impresionó de inmediato a Bone, y él convenció a quien correspondía para proponerla para el ascenso. A las pocas semanas aprobó la entrevista del tribunal de promoción con nota y ahora era inspectora y su segunda al mando.

—He dejado libre a la pobre criatura —Bone le estrechó la mano.

—Me alegro de verle otra vez al pie del cañón, señor —pió el agente de detectives Will Harper, quedándose al margen como un cachorro demasiado entusiasta.

Harper era el fichaje más reciente, aterrizado en mitad del caso Cucú-Tras —un bautismo de fuego para el pobre diablo—. Licenciado en informática, lo habían reclutado para la RCU a través del nuevo programa acelerado del cuerpo, para mofa de sus compañeros. Pero, a pesar de su evidente inexperiencia a pie de calle y de tener la pinta menos probable para un detective, Harper tenía un cerebro de friki del tamaño de IBM capaz de descifrar la jerga informática más marciana y de desbloquear cualquier código con un solo pensamiento cifrado en binario.

—Sí, y te voy a montar la chepa hasta que revientes —replicó Bone.

El equipo soltó una carcajada colectiva.

La sergeant detective Sheila Baxter, o —como la llamaba Mullens — el *tresillo*, por su querencia a vestir de la cabeza a los pies con lo que parecía el mejor tweed de su abuela, estaba de pie, incómoda, junto a su mesa de la ventana. Bone distinguió su familiar ceño cansado y la saludó con una sonrisa cálida. Aunque su gusto, más bien acolchado, por la moda fuera de lo más cuestionable, el conocimiento de Baxter sobre derecho penal, casos anteriores, sospechosos y delitos era legendario. Por alguna razón incomprensible, Baxter había cambiado una carrera anterior, más lucrativa, como abogada penalista por los horrores de la delincuencia violenta, pero Bone y el equipo se alegraban de que lo hubiera hecho. No solo era una de las mejores policías del cuerpo, sino que

podía sacar un atestado más rápido que un pedo en un túnel de viento, así que era un miembro indispensable de la unidad, sobre todo en época de auditorías.

Bone avanzó hacia el interior de la sala y los detectives se arremolinaron a su alrededor.

—Vale, atención. Todos estamos profundamente apenados por los acontecimientos recientes. Es una tragedia terrible para la agente Garvey, para el fiscal jefe McLean y para sus respectivas familias.

—Y vamos a descuartizar al cabrón que ha hecho esto —se metió Mullens.

—Las emociones están a flor de piel, pero eso es precisamente lo que *no* vamos a hacer, sargento detective Mullens —Bone le dirigió una mirada severa—. He vuelto para dirigir esta investigación y vamos a comportarnos con la máxima profesionalidad. Investigaremos este caso con serenidad, cabeza fría y de forma sistemática, como corresponde al honor de nuestra profesión, ¿me explico?

—Sí, señor —murmuró el equipo.

—¿Ha quedado meridianamente claro?

—Sí, señor—replicó el equipo a coro.

—Bien, y contra lo que se rumorea, no estoy del todo chiflado, pero he ganado un sexto sentido la mar de raro que me avisa cuando alguien me está jodiendo o desobedeciendo mis órdenes.

Alguna risita suelta.

—Hablo completamente en serio. Lo último que necesitamos es que a algún idiota se le vaya la olla o haga una absoluta estupidez, sargento detective Mullens.

—¡Señor!

—Vale, pues ya que os he leído la cartilla, vamos a dedicarnos a lo que se supone que debemos hacer.

—¿Señor? —intervino el agente de detectives Harper— El sospechoso de Cucú-Tras. Ya sabe, el que...

—El que me voló por los aires, ¿sí?—cortó Bone.

Harper se empujó las gafas puente arriba. —Era... el tipo, ¿no?

—Vamos a despejar el ambiente, ¿de acuerdo? —Bone volvió a dirigirse al equipo— Estamos ante un imitador, alguien que conoce el

caso Meiklejohn y que tiene acceso a detalles que nunca se publicaron en prensa ni en dominio público.

—¿Un infiltrado?—preguntó Will.

Mullens se dio la vuelta y fulminó a su nuevo compañero con la mirada. —Dadle un caramelo al chaval.

—O Cucú-Tras tenía una lengua muy larga, o un cómplice, y para eso estamos aquí, para averiguarlo—añadió Bone—. Bien. ¿Qué sabemos hasta ahora?—Su pregunta fue recibida con un silencio ominoso—. ¿Bueno?

—Lo único que tenemos de momento es que la agente Garvey no regresó a casa después de acudir a las copas de cumpleaños de un compañero en The Fells Inn—intervino Mullens—. Su marido, el señor McLean...

—Fiscal jefe McLean—precisó Bone.

—Sí, bueno, el susodicho idiota la denunció como desaparecida a la mañana siguiente.

—¿Esperó toda la noche?—preguntó Bone.

—Eso parece. Llamó a su comisaría y lo registraron a...—Mullens se arrastró hasta su mesa y recuperó su libreta—. Las once y veintitrés de la mañana.

—¿Casi la hora de comer?

—Correcto.

Bone se frotó la cicatriz de la sien. —Raro.

Se volvió hacia la inspectora detective Walker, que había estado inusualmente callada. —¿Ha devuelto el forense algo de la tarjeta ya?

—Nada aún, señor—dijo Walker, con su acento hebrideo aún intacto pese a su éxodo a tierra firme.

—El agente de detectives Harper—dijo Bone.

El joven detective casi saltó fuera de su traje enorme.

—¿Puede bajar a archivos y sacar los expedientes de Cucú-Tras, incluidas todas las grabaciones? Necesito que haga una comparación con el vídeo nuevo. Estoy seguro de que tiene poderes Jedi especiales que puede invocar en ese ordenador suyo.

sargento

—Pero las pruebas fueron concluyentes de que él era el cabrón malvado que mató a esos agentes—intervino Walker.

—Lo sabemos, y cualquier persona en su sano juicio lo sabe, pero tenemos que tenerlo todo atado y bien atado, porque en cuanto la prensa se entere de esto, va a ser como la hora de comer en el zoo.

—Escoria—murmuró Mullens.

—Y por eso todos tenemos que mantener la boca cerrada: nada de largar a amigos o familiares, ni siquiera a la pareja. ¿Claro? Ya se enterarán pronto, pero ahora mismo necesitamos todo el margen posible. ¿Alguien ha interrogado ya al marido, me refiero formalmente?

—Creo que los de enlace con la familia han pasado por su casa, pero no abría—dijo Walker.

—Vale, ¿y qué hay de los movimientos de la agente Garvey inmediatamente antes, durante y después de su visita al pub?

—Ahora mismo hay uniformados en el pub, creo, pero de aquí no ha bajado nadie todavía—añadió Walker.

—¿Y las CCTV del pub, y en su ruta hacia el pub?

Silencio.

—¿Y sus compañeros en la comisaría de Campsie Fells?

Silencio otra vez.

—Por el amor de Dios. Vamos, gente. Menos mal que he vuelto—Bone negó con la cabeza—. Bien, Mullens, coge tu culo y te me vas ahora mismo a The Fells Inn y entrevistas al dueño y a los camareros. Revisa cualquier CCTV que tengan y localiza a los clientes que estuvieron allí esa noche.

Mullens miró su reloj. —Y justo a tiempo para su bocadillo de desayuno a mitad de precio —dijo, relamiéndose.

Bone se volvió hacia la sergeant detective Baxter, que hurgaba como loca en su bolso.

—Sheila —dijo.

Ella alzó la vista.

—¿Sí? —respondió, para acto seguido reanudar su pelea con el bolso.

—Sargenta Baxter —repitió Bone.

—Perdón, señor —croó la detective—, he perdido el mechero.

—¿Aún no los ha dejado, entonces? —preguntó Bone.

—Ay, Dios, lo he intentado.

—Necesito que revise la acusación del fiscal jefe McLean contra Meiklejohn —continuó Bone—. Pero vuelva más atrás y compruebe su historial: acusaciones anteriores, victorias, derrotas, y busque cualquier cosa anómala.

—¿Todas? —preguntó Baxter.

—Sí.

—¿Señor? —siguió Baxter—. ¿A qué se refiere con *anómala*?

—Es abogada y detective de delitos graves. Creo que puede deducirlo —Bone puso los ojos en blanco.

El equipo guardó silencio un instante, como si intentara reajustarse al regreso de su líder.

—¡Como, por ejemplo, ahora mismo! —bramó Bone.

—¿Y yo qué? —preguntó Walker.

—Nos vamos a ver al abogado de la acusación —replicó Bone con una mueca.

Tras una ráfaga de llamadas al domicilio de McLean y luego a su despacho, Bone y Walker descubrieron que el letrado era el fiscal jefe en un caso de alto perfil en el Tribunal Superior de Glasgow. Cuando llegaron los dos detectives, el inmenso vestíbulo bullía de prensa y de visitantes con pinta dudosa.

—Es el caso de los hermanos Sweeney —dijo Walker.

Bone se encogió de hombros. —¿Quiénes?

—Guerras de bandas. La unidad de Parkhead por fin los cazó, y los Sweeney están encausados por extorsión, secuestro, torturas y asesinato.

—Entonces no por hurto en una tienda —dijo Bone.

Se abrieron paso entre la muchedumbre hasta el mostrador de recepción, donde un joven administrativo, impecablemente trajeado, hacía lo posible por ignorar el ruido. Enseñaron sus acreditaciones.

—Buscamos al fiscal jefe McLean —dijo Bone.

El recepcionista sonrió. —Todo el mundo le busca —dijo con voz cortante.

—Es en relación con la desaparición de su esposa.

Al recepcionista se le cayó el gesto. —Oh, lo siento, señor. Sí. Creo que están a punto de hacer un receso para comer. Puede que consigan pillarlo antes de que vuelva.

—¿Comer? Si son las diez y media —dijo Bone.

—Al juez le gusta tomárselo con calma —el recepcionista rodó los ojos y luego miró por encima del hombro.

—¿Está en el caso Sweeney? —preguntó Walker.

—Claro que sí —el recepcionista puso otra mueca—. Les acompaño a su despacho. Por aquí, por favor.

Tras superar un control de seguridad como el de un aeropuerto, donde la placa metálica del cráneo de Bone hizo que las máquinas provocaran un momento de pánico y que el corpulento guardia de seguridad se viera obligado a comprobar dos veces su acreditación, los detectives siguieron al recepcionista a buen paso por un laberinto de corredores abovedados con techos altos, flanqueados por retratos de jueces y abogados adustos de la alta casta escocesa de antaño. Por fin, el recepcionista los condujo a una estancia cavernosa, revestida de caoba, con un salpicado de mobiliario antiguo ostentoso y forrada del suelo al techo con estanterías atiborradas de volúmenes encuadernados en cuero y llenos de leguleyadas.

—Esperen aquí, por favor. No debería tardar —dijo el recepcionista y cerró la puerta tras de sí.

—Odio estos sitios, ¿no? Es ese olor el que no soporto —Walker se estremeció.

—¿Madera alcanforada? —preguntó Bone.

—Riqueza y privilegio —Walker se acercó a examinar los libros.

Bone se sentó en una de las sillas regencia, perfectamente tapizadas, alineadas a lo largo de la pared del fondo. —Un poco raro, ¿no le parece?

—¿El qué? —dijo Walker, con el dedo a punto de tirar de un libro del estante, aunque luego se lo pensó mejor.

—McLean en el trabajo.

—Es un caso de alto perfil y, si es el fiscal jefe...

—Sí, lo sé, pero...

El pensamiento de Bone fue interrumpido por la llegada del fiscal jefe, que irrumpió en la sala vestido con toda la parafernalia de estrados, la toga ondeándole detrás como la capa de Batman. Al principio no los vio, pero luego se detuvo.—Disculpen, esta es una oficina privada.—Y entonces reconoció a Bone.—Inspector —dijo, como sorprendido de verlo.

—Buenos días, señor McLean. ¿Conoce a la inspectora detective Walker?

McLean miró hacia ella e hizo un gesto con la cabeza.

—Hemos venido a hablar de la desaparición de su esposa —Bone apenas pudo disimular el sarcasmo.

—Sí, sé a qué vienen —McLean se quitó la peluca y se sentó tras su grandioso escritorio de caoba—. Le dije a su superior que hoy tengo que estar aquí.

—Sí, vemos que tiene un caso muy importante —dijo Bone, con la ira creciendo.

—Inspector jefe Bone. Esto es una pesadilla devastadora —replicó McLean—. Pero tengo responsabilidades de Estado y debo volver a sala en breve. ¿Tienen alguna novedad? ¿La han encontrado ya?

—No, pero el tiempo es crítico y estamos haciendo todo lo que está en nuestra mano para encontrarla.

—¿Y hay vínculos con el caso Meiklejohn?

—No vínculos, similitudes —respondió Bone.

—Entonces, no hay vínculos —repitió McLean con un suspiro.

—Necesitamos establecer qué ocurrió la noche de su desaparición —Bone ignoró el tono cada vez más hostil de McLean.

El fiscal jefe barajó los papeles y expedientes que tenía delante. —Estoy extremadamente ocupado, inspector jefe Bone. Temo que podamos perder este caso, y eso sería catastrófico para el sistema penal, por no hablar de los vecinos de Easterhouse.

Bone perdió la paciencia.—La grave amenaza que pesa sobre su esposa sí es catastrófica, señor McLean.

McLean dejó de trastear y alzó la vista.—Le dejé bien claro a su superior que no le quería a usted cerca de mí. Es usted un

incompetente. Hizo volar al principal sospechoso y negó a muchas familias en duelo el cierre que han perdido para siempre.

—Creo que verá que fue él quien me hizo volar a mí —dijo Bone con frialdad.

McLean se recostó.—No tiene ni *idea* de lo destrozado que estoy. Cree que estoy aquí porque soy frío e indiferente. Es una fachada. Esta es mi forma de sobrellevarlo.

—Solo intentamos encontrar a su esposa, señor McLean.

El hombre se puso de pie.—Ya he dado una declaración a uno de sus agentes uniformados. No tengo nada más que añadir —consultó su reloj—. Y ahora, si me disculpan, debo volver a sala.

McLean se encasquetó de nuevo la peluca, recogió un expediente del escritorio y, con un latigazo de toga, se dirigió a la puerta. Entonces se detuvo.—Encuéntrenla —dijo, antes de desaparecer por el pasillo.

Walker se volvió hacia Bone.—De lo más raro.

—No es precisamente la reacción habitual cuando secuestran a tu mujer —convino Bone.

—Eso sí, un encanto de hombre, ¿eh?

—Sí, ya había olvidado cuánto. No hemos terminado ni de lejos con el encantador marido de la agente Garvey —dijo Bone.

De camino de vuelta a Kilwinnoch, el móvil de Walker vibró.

—¿Will? —contestó—. Tendrás que hablar más alto: vamos en el coche del inspector jefe y está haciendo unos ruidos horrendos.

—¡El embrague! —gritó Bone por encima del estruendo. Volvió a rascar las marchas y salió a paso de tortuga en un semáforo mientras Walker atendía la llamada con un dedo en la otra oreja.

Unos instantes después, colgó.—Will ha encontrado algo en la grabación.

Bone pisó a fondo, sin efecto aparente. Soltó una maldición.

—Ya sabe que deberíamos estar usando uno de los coches de la flota —dijo Walker.

—Técnicamente sigo de baja, así que conduzco lo que me da la gana.

—Eso es lo que me preocupa —Walker puso los ojos en blanco.

El coche tosió, carraspeó y siguió roncando.

Seis

Al aproximarse el Saab a la comisaría, Walker vio un pequeño grupo apostado junto a la entrada. —Parece que tenemos un club de fans.

—Joder —replicó Bone—. ¿Cómo se han enterado? Condujo de largo, dejando atrás al corrillo de reporteros, fotógrafos y equipos de televisión, y aparcó en la calle de al lado. —¿Puerta trasera?

Cruzaron la calle a toda prisa y se colaron por la puerta trasera.

—Voy a matar al maldito bocazas que lo haya largado.

Al entrar en la sala del operativo, Bone estaba a punto de desatar una andanada cuando Harper se acercó.

—Señor, creo que debería ver esto —dijo, ajustándose las gafas con nerviosismo.

Bone y Walker le siguieron hasta su mesa. Harper dio a unas teclas y activó el monitor.

—Estoy usando la app de edición del cuerpo —dijo.

La pantalla cobró vida y empezó la película snuff que le habían enviado a Bone.

—La app nos permite capturar la acción, fotograma a fotograma, sin distorsión ni pérdida de definición. Es bastante puñeteramente buena. Harper se subió las gafas otra vez.

Bone se inclinó más.

—Al repasar la grabación por segunda vez, vi algo interesante. Tecleó, y las imágenes avanzaron. —Justo... aquí. Detuvo la cinta en

el punto en que la excavadora estaba a punto de soltar su segunda carga. —Hay una fracción de segundo en la que cambia el ángulo de la cámara. Es difícil, porque es velocísimo.

Mullens y Baxter se habían unido ya, inclinándose para ver la pantalla. Harper acarició la imagen fija y esta hizo un par de movimientos minúsculos.

—¡Ahí! —dijo, triunfante—. ¿Lo veis?

Bone clavó la mirada en la imagen, pero no consiguió distinguir nada distinto de los fotogramas anteriores. El brazo gigantesco de Mullens apareció por encima de su cabeza y él se volvió, sorprendido.

—¡Eso! —dijo Mullens, señalando la esquina superior de la imagen.

Bone se inclinó aún más. La cámara había captado fugazmente la esquina de una viga de acero. —¿Puedes mejorar eso un poco más?

Harper trasteó con los ajustes y la imagen se definió. Parecía parte de una estructura mayor, una pieza gigante de Meccano.

—Es el nuevo hipermercado que estaban construyendo en la vieja fábrica de Langlands —dijo Mullens.

Bone asintió. —Mierda, tienes razón. Pero ¿Scotsave no se echó atrás o algo así?

—Sí, creo que las mordidas no fueron lo bastante grandes y el ayuntamiento lo bloqueó, de momento, al menos.

—¿Cuándo fue eso?

Mullens se encogió de hombros. —La verdad, no estoy seguro, señor.

—Hace cuatro meses —intervino Walker—. Para alegría de los comercios locales y desesperación de los promotores.

—Entonces, ¿quién lleva ahora la obra?

—Creo que el supermercado ha contratado a una empresa de seguridad para vigilar por la noche, pero de día solo lo dejan cerrado con llave, creo —añadió Walker.

Bone se volvió hacia Harper. —¿Puedes imprimir esa imagen?

—Claro. En pocos segundos, una copia en A4 salió de la impresora al fondo de la sala. Harper corrió, la recogió y se la entregó a Bone.

—Bien —dijo Bone—. ¿Puede alguien pedir un par de patrullas y acordonar el lugar? Mullens y Walker, venís conmigo.

—Señor, si me permite, ¿podría acompañarle? —pidió Baxter—. He estado revisando el expediente Meiklejohn toda la mañana y me vendría bien aire fresco. Es material tóxico.

—Lo siento, Sheila. Me temo que necesito que sigas con ello.

Baxter soltó aire por las mejillas.

—Y cuelga en el panel cualquier cosa que te parezca importante, ¿de acuerdo? —dijo Bone, al ver la decepción en su cara.

Baxter asintió y volvió de mala gana al montón de expedientes apilados en su mesa.

Bone se puso el abrigo. —Ah, y si salís de la comisaría —dijo, dirigiéndose a las dos ratas de oficina—, usad la puerta de atrás, que los buitres han aterrizado. Ya me ocuparé luego. Al salir, le echó una mirada a la cafetera. —Mierda, se me ha vuelto a escapar.

Cuando Bone se detuvo ante la puerta de la obra, ya había dos coches patrulla estacionados y tres uniformados deambulaban por la entrada, con el gigantesco esqueleto de acero negro recortándose amenazadoramente por encima. Los detectives bajaron y se acercaron.

Bone enseñó la placa a uno de los agentes.

—Buenos días, señor —asintió el agente.

Un armario empotrado de hombre, con chaleco de alta visibilidad y casco, apareció en la puerta.

—Soy el inspector jefe detective Bone. ¿Es usted el capataz de la obra?

—Davie Edmunson. Dirijo el equipo de movimiento de tierras.

—Hola, Davie —se coló Mullens—. ¿Cómo va la cosa?

—Todo bien, Mark —respondió el armario.

—¿Hay alguien a quien no conozcas? —Bone alzó una ceja hacia Mullens.

—El señor Popularidad, servidor —sonrió Mullens—. Davie es de R and G Groundworks, ya sabes, los de Lennoxfield.

—Sí. Entonces, ¿qué problema hay? —preguntó el capataz, rascándose la cabeza.

—Pensaba que se había parado toda la obra —dijo Bone.

—Así es —confirmó Edmunson—. Ha habido problemas de encharcamiento. El promotor nos llamó hace un par de semanas para reparar el drenaje y reducir las inundaciones.

Bone escudriñó el lugar. —Entonces, ¿de cuántos es tu equipo?

—Ahora mismo estamos con equipo reducido. Solo somos cuatro.

—¿Estabais todos aquí el martes?

—¿El martes pasado?

Bone asintió.

—Sí... no, espera —vaciló Edmunson—. Solo estuvimos por la mañana: tuvimos que desalojar a las doce y media porque iba a venir Salud Ambiental. El ayuntamiento nos envió un correo electrónico el día antes, ¿sabe?

—¿Así que cerrasteis y los dejasteis a su aire?

—No, me dijeron que dejara la puerta abierta y la llave en la caseta, y que ellos cerrarían al irse.

—¿La obra está vigilada o hay CCTV? —insistió Bone.

—¿Para qué? —se encogió de hombros Edmunson—. Aquí no hay ni un carajo, y no creo que al chatarrero le entusiasmara que algún quinqui chorizo apareciera con todo eso. Echó un vistazo a los uniformados que rondaban la estructura. —Entonces, ¿qué pasa?

—¿Y el ayuntamiento cerró al irse? —siguió Bone, ignorándolo.

El capataz hizo una mueca. —Entré tarde el miércoles. No estoy seguro de quién llegó primero. Tendría que mirarlo.

—Vale —respondió Bone—. Y ahora necesito que saques a tu equipo de la obra.

—¿Qué, ahora mismo?

—Me temo que sí.

Edmunson suspiró. —De acuerdo. A los chicos no les va a hacer gracia, porque en la oficina les descontarán horas. Es la segunda vez esta semana. Vas a ser popular en el Fells esta noche, Mark.

Mullens alzó las manos. —Perdona, Davie. Es lo que hay.

—Iré a por los hombres y averiguaré quién abrió el miércoles —añadió Edmunson—. No será una de esas vendettas entre bandas,

¿no?

—¿Podemos entrar contigo y echar un vistazo? —Bone volvió a ignorar la pregunta.

—Sí, sin problema. Pero os aviso: ahí dentro hay un lodazal.

—Ay, por Dios —dijo Walker, mirando sus relucientes bluchers italianos.

—Despídete de esos zapatitos, Rhona —bromeó Mullens.

Bone desplegó las impresiones que había traído y las examinó, frunciendo el ceño. Se las pasó a los dos detectives. —Bien, vosotros dos empezad cada uno por un extremo de la Torre de Blackpool; a ver si podéis cuadrar la localización.

Los detectives se dirigieron hacia la estructura mientras Bone seguía al capataz por la pista, pasando junto al armazón, hacia la valla perimetral. Al mirar atrás, Bone vio a Mullens trepar por un montón de vigas, tambalearse hacia delante y desaparecer. Un segundo después, reapareció con una maldición atronadora que rebotó en la jaula de acero.

Una vez dejaron atrás el desolado esqueleto abandonado, Bone vio a la cuadrilla junto a la valla, cavando y paleando alrededor de una miniexcavadora que recogía cubos de agua embarrada y los vaciaba a unos metros. A medida que él y Edmunson se acercaban, el camino se volvía cada vez más fangoso, con charcos apestosos de inmundicia turbia a ambos lados.

—Ojo aquí. Algunos de estos agujeros se tragarían un autobús —advirtió el capataz.

Cuando llegaron a la cuadrilla, los hombres dejaron las herramientas y alzaron la vista al unísono hacia Bone.

—Bueno, chavales, está aquí la policía —anunció Edmunson—. Necesitan que salgamos de la obra. Recoged vuestras cosas.

El equipo de movimiento de tierras gimió, recogió a regañadientes sus pertenencias y se agrupó frente al capataz.

—El inspector quiere saber quién fue el primero en entrar el miércoles.

Todos intercambiaron miradas culpables.

—No os preocupéis, no es una pregunta trampa —intervino Bone con una sonrisa.

—Yo —dijo uno de los peones jóvenes, levantando la mano como si aún estuviera en el colegio—. Pero la puerta estaba abierta. Miró con inquietud del inspector al capataz.

—¿Y no se te ocurrió decírmelo antes? —dijo el capataz, incrédulo.

—Pensé que alguien había entrado antes que yo —se encogió de hombros el chico.

—¿Quién? —preguntó Bone.

—No lo sé. Fui directo a la caseta.

—¿Y qué hacías allí? —exigió el capataz.

—Nada —negó el chico—. Me estaba haciendo un té. La tetera está allí.

—¿Cómo te llamas, hijo? —preguntó Bone.

—¿Y para qué quiere mi nombre? —replicó el peón—. Yo no estaba haciendo nada. Me hice un té y me zampé una de las galletas de jengibre de Davie.

La cuadrilla estalló en carcajadas.

—Es la pura verdad —un rubor carmesí le subió por las mejillas —. Y para cuando me lo acabé ya me había olvidado de la puerta.

—¿Y quién más entró? —apremió Edmunson.

—Casi todos.

—¿Cómo te llamas? —repitió Bone, esta vez con firmeza.

—Es Paul Quinn, ladrón de galletas —respondió el capataz por él, negando con la cabeza.

—¿Y el Bobcat, lo dejáis aquí por la noche?

—Ahora mismo sí —contestó el capataz—. No tiene sentido llevarlo y traerlo de nuestro almacén.

—¿Y dónde guardáis la llave?

El capataz miró a su cuadrilla. —¿Dónde la guardas tú, John?

John, un hombre bajo y fornido con un cigarrillo de liar apagado en la comisura de la boca, se encogió de hombros y masculló algo ininteligible.

—¿Cómo? —dijo el capataz.

John se quitó el cigarrillo. —He dicho que la llave suele estar debajo del asiento de la cabina.

Bone soltó aire por las mejillas. —Jesús. No haría falta que guardarais aquí las reservas de oro del país. Tenéis que poneros serios con la seguridad.

—Aparcamos la excavadora fuera de la vista, bajo el armazón —replicó el capataz, saliendo en defensa de los suyos.

—¿Y tú eres el maquinista? —preguntó Bone a John, que ahora intentaba encender el cigarrillo.

—Tres de nosotros aquí tenemos licencia para manejarla, pero, siendo sinceros, no es física cuántica. Con un par de intentos cualquiera podría hacerla funcionar.

Bone volvió a recorrer con la mirada la fila de caras cansadas. —Vale. Por ahora es todo. Gracias por la ayuda. ¿Os importa que sigamos aquí?

— —Y al salir, id dando vuestros nombres al agente de la puerta —dijo Bone, provocando un murmullo general—. Y voy a necesitar ver también ese correo del ayuntamiento.

—Sí, claro, sin problema.

Justo entonces, un silbido potente sonó desde el otro lado de la obra.

Bone se dio la vuelta y se encaminó hacia la señal de Walker.

—Bingo —dijo ella, alzando su impresión cuando llegaron Bone y luego Mullens.

La imagen coincidía casi a la perfección con la escena justo delante.

—La excavadora ha estado aquí —señaló unas huellas en el barro que conducían a un claro entre dos o tres palés apilados con bloques de hormigón.

El trío se abrió paso entre los palés hasta un parche de arcilla removida, de unos tres metros, que destacaba sobre el suelo circundante, duro y compactado.

—Joder. Me parece que vamos a necesitar una orden judicial —dijo Walker.

—Y a la Científica —suspiró Bone.

Siete

Bone dejó a Mullens en la escena y condujo a Walker de vuelta a la comisaría, dejándola en la esquina de la calle.

—Por la puerta de atrás, ya lo sé —dijo Walker.

—Avisa a Científica y mira si puedes conseguir permiso del ayuntamiento.

—Hecho. ¿Adónde vas? —preguntó Walker.

—Tengo algo urgente que atender —dijo Bone. Aceleró sin más explicaciones, dejando a Walker negando con la cabeza.

Al llegar al colegio de su hijo, Bone aparcó al fondo de la calle y miró el reloj: aún quedaban unos minutos para que sonara la campana del fin de la jornada. Se vio reflejado en el espejo y soltó un suspiro. Tenía un aspecto terrible, para qué negarlo. Ya había sido un día larguísimo, y se le notaba. Se aplanó a toda prisa el pelo, un tanto desquiciado, y salió del coche. Se detuvo.

—Los zapatos. Mierda. —Se miró las Doc Martens, cubiertas de barro, a juego con los bajos del pantalón, igual de sucios—. A tomar por saco.

Encogiéndose de hombros, se encaminó a buen paso hacia la entrada del colegio. Un corrillo de madres y padres ruidosos charlaba. Al verlo acercarse, dejaron de hablar.

—Buenas tardes —dijo Bone—. Soy el padre de Michael Bone, tercero de primaria. —No quería que pensaran que se estaba planteando un secuestro.

—Ey, Duncan —una voz desde el fondo del grupo se abrió paso —. ¿Cómo demonios estás? —preguntó el joven.

Bone estudió los rasgos sin afeitar del hombre, intentando ubicarlo.

—Alan Warnes, el padre de Craig. —Estaba claro que el hombre sabía que Bone no tenía ni idea de quién era—. Nos conocimos en el cumpleaños de Craig el año pasado —añadió.

Bone seguía sin estar más al tanto, pero fingió recordar. —Ah, sí, es verdad.

—Bien, bien. —Bone exprimió el cerebro en busca de algún detalle que le sirviera para esquivar las preguntas del hombre.

—Fue terrible. Qué pedazo de cabrón.

—Gajes del oficio. ¿Qué tal está...? —Ya había olvidado el nombre del crío.

—Vamos tirando, pero... ya sabes. —Alan puso una mueca.

—Desde luego —convino Bone, aunque no tenía ni idea de a qué se refería el hombre.

—¿Has vuelto ya al trabajo?

El repique de la campana salvó a Bone de mayores incomodidades, cuando las puertas principales del colegio se abrieron de golpe y un tsunami de hobbits se desparramó por el patio.

—Ahí vienen. —El joven padre hizo una mueca.

Bone escudriñó aquel océano de caras sonrientes, gritonas, mustias y sacando la lengua con pedorretas, pero no veía a Michael.

Un niño salió corriendo por la verja y se lanzó a los brazos de Alan.

El joven padre lo alzó y le revolvió el pelo. —¿Cómo está mi pequeño gamberrete?

—Bien —respondió el niño—. ¿Está mamá?

—Está en el trabajo, pero vamos al parque de bolas.

El crío soltó un gritito de emoción y saltó al suelo de la acera.

—Bueno, me alegro de verte, Duncan. Dale recuerdos a Alice de mi parte. —Alan sonrió.

—Lo haré —dijo Bone. Saludó al niño mientras la pareja se alejaba de la mano.

Pronto se había recogido a la mayoría de los niños. Cuando por fin llegó la madre de la última, sofocada y pidiendo disculpas, y metió a su peque en el coche, Bone se acercó a la profesora de la verja.

—Disculpe, estoy esperando a Michael Bone. Soy su padre.

—Ah, hola, señor Bone. Encantada de conocerle por fin. No creo que nos hayamos visto. Soy Felicity Swift, la profesora de Michael. —Le tendió la mano.

Bone se la estrechó con rapidez.

Ella la retiró a salvo a un bolsillo de su vestido de colores chillones, digno de una producción de *Joseph*. —Me temo que Michael hoy no ha venido porque estaba enfermo.

—¿Qué le pasa?

—Creo que su madre —perdón, su mujer— dijo que tenía fiebre. —Se detuvo—. No, espere, esa es Gillian Clarke, la que tiene fiebre. —Miró a Bone, con la mecha canosa del flequillo castaño cayéndole sobre los ojos—. Ha sido uno de esos días. —Sonrió y se apartó un mechón rebelde al sitio que le correspondía—. En realidad, siempre es uno de esos días. —El mechón se volvió a caer.

—Gracias. —Bone se apresuró calle arriba hacia el coche.

—Encantada de conocerle... —le gritó ella.

Pero Bone ya estaba fuera de su alcance.

Cuando llegó a la puerta de su mujer, aporreó el portero automático una y otra vez hasta que oyó sus pisotones por el pasillo.

—Por el amor de Dios, ¿dónde está el maldito incendio? —dijo, abriendo la puerta de un tirón—. Ah, Duncan, eres tú.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Bone.

—¿Qué quieres decir?

—Michael —respondió Bone, rápido—. ¿Por qué no ha ido al cole?

—Oh, no es nada. Se cayó en el patio y se abrió la cabeza. Lo mandaron a casa por precaución.

—Jesús. ¡Pensé que había pasado algo peor!

—Joder, Duncan. Cálmate. ¿A qué viene la histeria?

—En el cole han dicho que no había venido y... no sé. Ha sido un día realmente largo y difícil.

—Pasa un minuto. Le hará ilusión verte. —Alice hizo pasar a Duncan y lo condujo al salón.

Michael estaba apoyado en un cojín grande en el suelo, con la cara casi pegada a la tele, disfrutando de unos dibujos.

—¿Qué tal, enanito? —preguntó Bone.

Michael se dio la vuelta.

—¡Papá! —chilló y, poniéndose en pie de un salto, trepó por encima del respaldo del sofá para alcanzarlo.

Bone lo alzó.

—Con cuidado, Michael —dijo Alice.

—He oído que has estado en todas las batallas. —Bone abrazó fuerte a su hijo—. ¿Qué es eso de la cabeza? ¿Es tu cerebro asomando, eh?

—Un chichón —dijo Michael, orgulloso—. Barry Hutchison me empujó del castillo loco.

—¿Ah, sí? Bueno, ¿quieres que vaya a detenerlo?

—Sí, por favor —se entusiasmó Michael.

—Está bien —dijo Alice—. Encantado de estar en casa todo el día, ¿verdad, monito?

Michael asintió. —¿Te vas a quedar?

—He venido a ver cómo está mi pequeño soldado. —Bone sonrió y le hizo cosquillas—. Aunque creo que lo está explotando un pelín.

Michael se echó a reír sin control y luego soltó un pedo sonoro. Se quedó quieto y después se rieron los tres juntos.

—Vale, Michael, tu padre quiere un café. Vuelve a tus dibujos un rato y ya hablas con él luego —dijo Alice.

Bone volvió a dejar a Michael en el sofá, devolviendo al niño a su cojín de primera fila junto a la tele antes de seguir a Alice a la cocina.

—Tienes una pinta de mierda, Duncan.

—Ay, gracias. —Bone guiñó un ojo.

—¿Has tenido hoy peor el TEPT? ¿Por eso estás tan nervioso? —Cogió el hervidor y empezó a llenarlo.

—No, en absoluto.

—¿Has comido algo? Apuesto a que no.

—He vuelto al trabajo —interrumpió Bone.

—¿Qué? —Alice cerró el grifo—. Dime que es una broma.

—Creo que ya toca.

—No me lo puedo creer.

—Hay un caso nuevo. Me necesitan.

—Siempre hay un puñetero caso nuevo. —Plantó el hervidor con fuerza en su base y accionó el interruptor—. Dijiste una y otra vez que se había acabado.

—Me subo por las paredes en ese piso.

—¿Y todo esto lo aprueba tu equipo de rehabilitación y tu terapeuta? ¿Creen que estás para el servicio? —Negó con la cabeza, incrédula.

—Gallacher está conforme con que vuelva. —Bone esquivó la pregunta.

—Seguro que sí, claro. —Echó un poco de café en una taza.

—Escucha, Alice... —Se acercó a ella—. Estar de baja ya no me ayudaba. Soy policía, es lo único que sé hacer. No sé hacer otra cosa. Y si lo dejo, me da miedo quedarme hecho un despojo el resto de mi vida.

—Haz lo que te dé la gana —soltó Alice.

—Soy mejor persona cuando trabajo, y de verdad que estoy mejorando.

Ella suspiró.—No estoy segura de que yo lo esté, la verdad.

—Quizá cuando te acostumbres a esto y pueda demostrarte que las ruedas vuelven a estar bien puestas, entonces te plantees dejarme ver un poco más a Michael —hizo una pausa y añadió—: ¿Y a ti?

—Para el carro. —Alzó las manos.

—Perdona, no debería habértelo soltado así. Quizá si hago que mi terapeuta te llame y te tranquilice...

—Nos hiciste pasar un infierno. *Tú* eras el infierno.

—Dame un respiro, Alice, por favor —dijo Bone—. Solo quiero ser padre para mi peque.

Alice suspiró, negándose a mirarlo.

—No puedo fingir que el TEPT haya desaparecido del todo, pero ya no me controla como antes. Ya no estoy enfadado ni le tengo miedo. Solo pensé que quizá podría empezar a verlo más a menudo, no sé, una vez por semana o algo así. Podría dejarlo o recogerlo del cole, y que se quedara a dormir de vez en cuando. Ahora sí puedo ayudar.

—Para —interrumpió Alice—. Retrocede un poco.

Bone se apartó, confundido.

—No, no me refería a... En fin, vamos viendo, ¿vale? Vamos viendo cómo vas *tú*.

—¿Eso significa que puedo ver a Michael?

—Pensemos en lo que sea mejor para él y ya veremos.

—Creo que necesita a su padre. —Bone notó que se venía otro de sus *noes*.

—No quiero meterme en eso esta noche, Duncan. ¿Por qué no vas y te despides de él, y luego te llamo, de acuerdo?

Bone notó que estaba ganando tiempo.—Solo quiero volver a formar parte de su vida.

Alice pasó a su lado y volvió al salón.

—Tu padre se va ya, Michael —dijo.

Bone se acercó y volvió a alzarlo para achucharlo.

—Adiós, papá. —Michael puso cara triste.

Bone imitó su expresión.—Te veré pronto, cabeza con chichón, ¿vale?

Michael rodeó con los brazos el cuello de Bone y apretó con fuerza.

Despegó a su hijo y lo bajó al suelo, el niño aún agarrado a sus piernas.

—¿Qué estás viendo? —preguntó Bone, y cogió el mando para distraerlo.

Space Ninjas —respondió Michael, volviendo a centrarse en los dibujos.

Bone se sentó en el suelo a su lado.

—A ese me lo cargo yo sin problema. —Le dio un empujoncito juguetón con el hombro.

—Tiene un brazo láser y te fulminaría —replicó Michael, con los ojos clavados en la pantalla.

—Mi brazo biónico es más fuerte —dijo Bone, y, cerrando el puño, le dio un puñetazo de broma en la mejilla a cámara lenta.

Michael esquivó y, levantando el brazo, disparó a su padre con una pistola de rayos imaginaria. Bone se dejó caer de lado, fingiendo que le había dado.

—Vale, Michael. Deja a tu padre —dijo Alice, negando con la cabeza.

Bone se puso en pie, acarició con la mano la coronilla de su hijo y lo dejó allí, con la boca abierta, mientras un cíclope gigante lanzaba rayos mortales a una rana medio desnuda armada con una katana.

—Vete a casa y come algo —dijo Alice desde la puerta.

—Lo decía en serio —respondió Bone.

—Lo sé. Es algo importante. Vamos a ver cómo va todo.

—Vale —aceptó Bone, reconociendo por fin que debía aflojar—. Llámame, por favor.

Ella asintió y cerró la puerta. Tras un instante, Bone se retiró por el camino, con el sonido del rayo retumbando al otro lado.

Ocho

Cuando Bone llegó a casa, ya había anochecido. Había previsto que su primer día de vuelta fuese intenso, pero no a esta escala monumental. Dejó la bolsa en el suelo y comprobó el contestador. Ningún mensaje. Soltó un largo suspiro cansado de alivio y, arrastrando los pies hacia su angosta cocina tipo pasillo, abrió la nevera en busca de comida. Un tomate medio comido y con moho y una seta momificada mirándolos fijamente. Cerró la puerta de un golpe y revisó el páramo desolado del armario de arriba, con la esperanza de encontrar una lata de sopa. Nada.

Joder. Al volver al salón, hojeó una pequeña colección de LPs apilados en el suelo junto a un tocadiscos Dansette ajado por los años. Sacó un disco y lo colocó en el plato. Cuando el brazo hizo clic y la aguja bajó, se dejó caer en el sofá y soltó un suspiro. La interpretación casi rota pero hermosa de Billie Holiday de *'Sleepy Time Down South'* inundó la habitación. Bone cerró los ojos y dejó que la voz calmante y doliente de Holiday lo empapara por dentro y por fuera.

Sintió que se hundía poco a poco en sus brazos reconfortantes y familiares, justo cuando sonó el timbre, sacándolo de su momentáneo consuelo. Volvió a sonar.

—Ay, Dios mío —se quejó. Con un gemido, se incorporó y fue a abrir.

—Hola —dijo Walker, que estaba ante él con una caja de pizza en las manos—. Siento molestarte, jefe. Pasaba por aquí y he pensado que querrías saber que Baxter ha conseguido el permiso del ayuntamiento y el equipo de la cientifica ya está en el lugar. Deberíamos saber una cosa u otra en unas horas.

—Eso podías habérmelo dicho por teléfono —dijo Bone.

—Y he pensado que probablemente necesitarías esto —sonrió, levantando la caja de pizza.

Bone se echó a reír. —Perfecta sincronización. Aquí dentro parece la hambruna. Pasa.

—No quiero entrometerme.

—Oh, calla —sonrió Bone.

Ella le siguió hacia dentro.

—Veo que sigues escuchando la colección de discos de tu viejo —dijo Walker al entrar en el salón.

—Pudo ser un ser humano con serios defectos, pero tenía un gusto de la hostia para la música —Bone abrió un aparador y, hurgando, sacó una caja de cartón plana—. ¿Te enseñé esto alguna vez? —Del extremo de la caja sacó con cuidado un LP.

—¿Qué es? —Walker dejó la caja de pizza sobre la mesa del comedor.

—Esto es una edición original en acetato de *Kind of Blue*.

Walker se encogió de hombros.

—¿No conoces *Kind of Blue*? —preguntó.

Walker volvió a encogerse de hombros.

—¡Miles Davis, joder! —exclamó Bone—. Una de las obras más grandes e influyentes jamás compuestas, de un tarado de cuidado. —Se lo tendió.

—Yo soy más de Runrig —dijo ella, dándole la vuelta.

—¿Pero siguen aún en activo y, si es así, por qué? —hizo una mueca Bone.

—¡Está firmado! —Walker alzó la vista, sorprendida.

—Y no solo eso: cuando murió mi padre y lo descubrí en su desván, encontré dentro de la funda una carta del propio tipo dirigida a mi viejo. Está ahí arriba, en la pared —señaló el marco sobre el Dansette.

Walker se acercó a leerla. —Vaya, eso sí que es algo. Debía de ser muy colega de ese tal Davis.

—Me estás tomando el pelo, ¿no?

—De verdad que no había oído hablar de él.

—Filistea.

—¿Y cómo le conocía, entonces?

—Eso sigue siendo un misterio. Nunca nos lo mencionó ni a mi madre ni a mí, ni a nadie que yo sepa. Probablemente le suministró alguna droga de clase A —bromeó.

—Deberías poner a un buen detective con eso. Igual conozco a alguien que podría ayudarte.

—Muy graciosa —bufó Bone, devolviendo con cuidado el acetato a su caja.

—Pero valdrá un buen pico si es la obra maestra que dices, ¿no?

—No tiene precio y no está en venta —El olor a pepperoni le llenó las fosas nasales—. ¿Vamos a comernos eso o qué?

—No he tenido ocasión de decirlo antes. Me alegra que hayas vuelto. Pero también quería comprobar que estás bien. No ha sido precisamente una vuelta suave y relajada al curro —dijo Walker, levantando la tapa de la caja.

—Saco unos platos —Bone ignoró su pregunta y se fue a la cocina.

Cuando volvió, Walker abrió una mochilita y sacó una botella de tinto.

—He pensado que quizá necesitarías algo un poco más fuerte —dijo, dejando la botella delante de él.

—Sabes, prácticamente no he probado el alcohol desde el accidente —dijo Bone.

—Perdona, no pretendía... —alargó la mano para coger la botella.

—Déjala —intervino—. Creo que va siendo hora de bajarme de ese carro —desenroscó el tapón y sirvió dos buenos vasos.

Walker se quitó el abrigo y lo colgó del respaldo de la silla.

Bone dispuso los platos y se sirvió una porción.

—Las damas primero —bromeó Walker.

—Estoy muerto de hambre —murmuró Bone con la boca ya llena —. ¿Qué tal está Maddie?

—Bien. Sigue enseñando y sigue soñando con convertirse en esa escritora de éxito.

—Lo conseguirá —dijo Bone—. Solo tiene que insistir y no dejar que los cabrones la aplasten.

—Dios, espero que sí. ¿Te parece que nuestro papeleo es malo? Jesús, vaya mierda de curro lo de enseñar.

—¿Aún no suenan campanas de boda?

—Dios, no, pero estamos pensando en adoptar.

—Bueno, eso es fantástico —sonrió Bone—. Siempre he pensado que haríais unas dueñas de mascota estupendas.

—Muy gracioso —suspiró—. Aún no estoy segura, la verdad. Quiero decir, yo siempre estoy en la comisaría mirando cadáveres mutilados, y ella es esclava del Estado. ¿Cómo va a funcionar?

—Anda ya. Seréis unas madres fantásticas. Hacedlo —es una orden—. Bone le dio un buen trago al vino. —Qué bien sabe esto, joder —dijo, disfrutando de un segundo sorbo.

Ambos se quedaron en silencio, masticando. Al cabo de unos momentos, Walker dejó caer su porción a medio comer en el plato.

—Sabes, el comportamiento de McLean me está mosqueando.

—¿Ah, sí? —preguntó Bone con sarcasmo.

—No era un tío en shock ni hecho polvo. Le preocupaba más su juicio que su mujer desaparecida. Y aparte de ser un capullo arrogante de primera, también fue tremendamente poco profesional atacarte así.

—Te oigo, pero, como dijo él, creo que puede ser su manera de sobrellevarlo.

—¿Qué, ser un gilipollas de primera?

—El trauma afecta de forma distinta a la gente. Pero quien es gilipollas lo es siempre, y más en una crisis —Bone fue a por una tercera porción.

Walker se encogió de hombros. —Igual tienes razón.

—Acuérdate de cómo era antes, cuando montábamos el caso contra Meiklejohn. Ya entonces era un tipo difícil y engreído. El duelo no hace más que inflar los rasgos buenos y malos.

Walker picoteó su pizza. —Lo otro que me tiene mosca... —se cortó—. Perdona, estoy hablando de curro. Probablemente es lo

último que te apetece.

—Bueno, ya que estás aquí. Ponte las botas y a zampar —sonrió Bone.

—¿Cómo tiene este imitador tanta información interna del caso Meiklejohn? El padre de Cucú-Tras tiene que estar en la ecuación, ¿no? —se limpió la grasa de la mano con la otra mano.

—Puede. Espera —Bone desapareció por el pasillo y volvió con un rollo de papel higiénico.

—Vaya, qué clase.

—Finge que estás de acampada. Es lo que hago yo —soltó una risilla Bone—. Tiene sesenta y nueve y no está precisamente en forma para competir. No estoy seguro de que tuviera fuerza física para cargar con el cuerpo de Garvey.

—Entonces un cómplice, o que se lo haya contado a alguien.

—Es posible. Desde luego, no lo descarto. Lo que me preocupa es que, si tratamos con un fan obsesivo, esto podría escalar muy rápido.

—Suele ser así —frunció el ceño Walker.

—Creo que por eso Gallacher me quería de vuelta. Sabe adónde puede ir a parar esto.

—Te quería de vuelta porque sabe lo bueno que eres. Pero no le digas a mi jefe que te lo he dicho; ya es bastante insufrible —dejó de masticar un borde—. Dios, qué mierda, perdona.

—Ni me he enterado. Mi estómago estaba haciendo todo el trabajo.

No te presionó para volver, ¿no? —prosiguió—. Quiero decir, ¿seguro que estás bien? Este caso toca muy de cerca al puto psicópata que te metió en el hospital.

—Sienta bien estar de vuelta —asintió Bone con gesto tranquilizador—. La mayor parte de esa mierda por la que he estado pasando ya se ha ido. Estaba listo para volver. Lo necesitaba por mi propia cordura.

—Me alegra oírlo. Cuando necesites gritar o soltar tacos, ya sabes dónde estoy.

—Lo sé, y siento haber desaparecido del mapa. Creo que necesitaba irme lo más lejos posible para poder encontrar el camino

de vuelta. Probablemente no tiene ningún sentido.

—Ninguno —sonrió Walker.

Cuando terminó el vino, dejó el vaso y se puso en pie.—Mira, te dejo tranquilo. Seguro que estás mordiéndote el freno por echarme.

—Se me había pasado por la cabeza.

En la puerta, Walker se volvió.—Es probable que la científica nos llame a las tres o las cuatro de la madrugada. Voy yo si quieres.

—No, es mi turno. Tú vete a hacer tu sueño de belleza.

—El que necesita eso eres tú, cabroncete —replicó.

—Gracias por la pizza y la compañía —y, con una sonrisa de despedida, cerró la puerta.

Se dejó caer contra el marco, con el cuerpo gritándole que se fuera a tumbar. Recogió los platos a toda prisa, echó el cierre y se retiró a la cama. Si el equipo de forenses iba a despertarle en unas horas, necesitaría coger algo de ventaja.

Se tumbó sobre el edredón para reunir fuerzas antes de desvestirse. Pero, en un abrir y cerrar de ojos, estaba profundamente dormido.

Una voz susurrante lo arrancó de las profundidades del sueño. —Cucú-Tras.

Abrió los ojos, con la cabeza martilleándole como una tormenta. La aparición encapuchada había vuelto, sus facciones grotescas y deformes a un pelo de su mejilla. Se echó hacia atrás de un tirón, lanzando instintivamente otro puñetazo defensivo. La alucinación se deslizó hacia el otro lado de la habitación y se asentó en el rincón más oscuro. Bone se frotó los ojos y escrutó la penumbra. La criatura estaba erguida, su forma negra como la pez alcanzando casi el techo.

—Estás en mi cabeza. ¡Vete a la mierda! —gritó Bone. Tanteando el zapato junto a la cama, lo lanzó a las sombras. El zapato rebotó en la pared y cayó al suelo.

La aparición pareció hundirse un poco y se acercó.

—¿Qué quieres? —preguntó Bone, sin saber muy bien por qué.

—Cucú-Tras —susurró de nuevo.

—¿Meiklejohn? —gruñó Bone.

La sombra se precipitó hacia él. Bone alzó las manos para protegerse, pero cuando abrió los ojos, la aparición había desaparecido.

—Jesucristo —maldijo Bone. Miró el reloj de la mesilla. 3:45 a. m. Se levantó y buscó el móvil. Gracias al huésped indeseado agazapado en lo más hondo de su cerebro, dormir era ya un sueño imposible.

Nueve

El equipo de recuperación había estado ocupado desde su última visita al lugar. Había un cordón alrededor del perímetro y, una vez pasada la puerta, un segundo que rodeaba la escena del crimen. Habían instalado cuatro torres de focos del tamaño de las de la liga de fútbol; los LED blancos, crudos, hacían que aquello pareciera sacado de una película de ciencia ficción. Cuando Bone tropezó por el sendero embarrado hasta el segundo cordón, un agente le detuvo.

Bone mostró su identificación. —¿Cómo va eso ahí dentro?

—Bastante espantoso, señor —respondió el agente—.

Bone levantó la cinta, pero el agente lo detuvo.

—Señor, tendrá que ponerse esto. —Le tendió un par de cubrezapatos desechables.

Bone soltó un suspiro, se peleó con ellos por encima de sus Docs y se contorsionó por debajo de la cinta. Se acercó al epicentro de la escena del crimen. El equipo de la cientifica subía y bajaba por una herida profunda en el suelo, sus trajes blancos de Teletubbies brillando bajo las luces LED. Bone avistó una cara conocida saliendo de una tienda levantada al otro lado del cráter. Frank Cash, jefe de forenses en la científica, conocido por casi todos en la unidad como 'el hombre de negro', saludó a Bone y se abrió camino hacia él.

—Mira a quién ha traído el gato —dijo al acercarse, con sus mechones canosos y desgreñados asomando por la capucha de su

bolsa de basura con lazo—. No sabía que habías vuelto.

—Ayer.

—Empezando como piensas seguir, por lo que veo —resopló Cash.

—Entonces, ¿qué habéis encontrado?

—Hemos excavado la zona. Eso nos ha llevado una eternidad, intentando no perturbar ni contaminar la escena, lo cual, por supuesto, es condenadamente imposible. Pero lo hemos logrado y, por desgracia, hemos desenterrado un cadáver femenino a unos tres metros de profundidad.

Caminaron hasta el borde del cráter. Bone se asomó. Dos forenses estaban arrodillados junto a un cuerpo, medio sepultado en el barro. Uno tomaba fotografías; el fogonazo iluminó por un instante la cabeza de la fallecida, salpicada de barro y envuelta con cinta americana.

—Lleva muerta algún tiempo. Unos días; yo diría que tres —continuó Cash—. También recuperamos un cordón identificativo policial. Parece que hemos encontrado a la agente Garvey.

—Mierda —murmuró Bone, inclinándose un poco más sobre el cráter—. ¿Puedo acercarme un poco más?

—Puedes, pero tendrás que ponerte el mono.

—Paso. —Se deslizó un poco más por el borde del cráter, casi resbalando hacia dentro—. Estos putos condones para los pies. ¿Cómo podéis trabajar con ellos?

—Con práctica. Solo ten cuidado. No queremos que te caigas dentro y ensucies las pruebas.

—Encantador. —Se aproximó cuanto pudo y se arrodilló.

El cuerpo semienterrado yacía en un ángulo extraño, retorcido en una 'S' extrema; la cabeza casi a noventa grados del hombro y una pierna prácticamente vuelta sobre sí misma.

—¿A qué viene eso? —preguntó Bone.

—Lo más probable es que lo haya causado la compactación del terreno, o posiblemente los estertores de la muerte.

—Precioso.

—No es la mejor manera de morir, desde luego —resopló Cash—. La muerte es un asunto de lo más lamentable —añadió, en su

habitual vena existencial, quedándose un momento a contemplar en oscuro recogimiento el cuerpo hecho un guiñapo en el agujero—. Tengo que irme. —Sacudió la cabeza, saliendo de su ensimismamiento—. Sabremos más cuando llevemos el cuerpo al centro de examen.

—Vale —dijo Bone.

Volvió a fijarse en los terribles restos de la agente Garvey. Un ojo ennegrecido y sin vida asomaba por un agujero recortado en la cinta; su mirada acusadora se clavaba directamente en él. Se apartó del borde y, alejándose a trompicones de la prematura tumba de barro de la mujer, empezó el lúgubre proceso de pensar cómo iba a darle la noticia a McLean.

Diez

Mullens llegaba tarde al trabajo, como de costumbre, pero esa mañana su tardanza se vio agravada porque Bone había ordenado empezar antes. Se metió en la boca un sándwich tostado de tres pisos de queso y mermelada, cogió el abrigo y, en la puerta, se inclinó para darle un beso de despedida a Sandra, su mujer, que medía la mitad que él. Ella le dio un puñetazo en el hombro.

—Ni se te ocurra con eso colgándote de la boca, idiota —dijo ella, arrebatándoselo de las fauces; un trozo de pan desgarrado aún se aferraba a sus dientes. Le plantó un beso sonoro y húmedo entre el pringue de queso.

—Venga, lárgate ya y gana algo de dinero, pedazo de vago. —sonrió y luego lo detuvo—. ¿Qué es eso? —Señaló el bolsillo abultado de su abrigo.

—Mi alegría matutina al contemplar tu físico de amazona, amor de mi vida.

—Déjame ver. Forcejeó un momento con las manos de él, que parecían palas, pero Mullens se zafó—. —Vale, vale, es un tentempié para media mañana —admitió él.

Sandra negó con la cabeza. —Te juro que tienes tenias del tamaño de un vagón de metro creciéndote ahí dentro.

Cuando llegó al coche, casi se había zampado el sándwich entero, pero, mientras buscaba las llaves, se le cayó el último currusco al suelo. Se agachó, lo recogió y se lo engulló. Estaba a

punto de entrar en el coche cuando su mujer apareció en la puerta, agitando los brazos frenéticamente.

Él articuló un «¿qué?» sin sonido, pero ella le hizo un gesto para que volviera. Negando con la cabeza y mirando el reloj, regresó a regañadientes.

—¿Qué? —repitió.

—Acaba de llamar tu padre —dijo Sandra.

—¡Oh, no! —gimió Mullens—. ¿Y ahora qué pasa?

—Dice que hay una especie de intruso en su jardín.

—¿Qué clase de intruso?

—No lo sé. El puto detective eres tú. Un intruso. Alguien que intenta entrar a robar.

Mullens suspiró. —Oh, por favor, no me digas que le has dicho que pasaría de camino al trabajo.

—Le he dicho que pasarías de camino al trabajo. —Sonrió de oreja a oreja.

—¡Joder, Sandra! —se quejó Mullens—. Ya llego tarde.

—«Joder, Sandra», nada. Es tu padre y parecía asustado, la verdad. No creo que esta vez sean tonterías.

—Debería llamar a la policía. Se presentarán allí en un santiamén.

—Mark. Tú *eres* la policía. Venga, hace poco que perdió a su mujer. Está solo y se asusta.

—¿Pero por qué siempre cuando estoy en el trabajo? Me encantaría ayudar... —se detuvo—. Espera, es un auténtico grano en el culo, y preferiría bucear en una fosa séptica.

—Entonces, ¿lo llamo para decirle que estás de camino?

—¡Sí, pero Bone me va a abrir un ojal nuevo!

—Qué nene de papá eres, ¿eh? Le alargó la mano y le pellizcó la mejilla.

Él le apartó el brazo de un manotazo y volvió a su coche. Al entrar, Sandra le lanzó un beso sarcástico y él le hizo una peineta. Su vecina, Janice McIlroy, que estaba limpiando la ventana delantera —un suceso diario que facilitaba su papel como la cotilla autoproclamada de la calle—, vio su gesto y puso mala cara. Mullens le lanzó un beso y ella bajó las persianas. Mientras se alejaba, el

mensaje de su padre le rondaba la cabeza, y a la luz de lo que estaba pasando en la comisaría, su preocupación aumentó. Necesitaba llegar allí rápido. Pisó a fondo, y el coche de servicio trucado respondió con un rugido impresionante.

La casa de protección oficial de los años treinta de su padre estaba situada en el extremo más respetable de la urbanización de Northlands. Mullens aparcó, corrió por el pequeño jardín descuidado hasta la puerta y, tras forcejear con su copia de la llave, abrió.

—Papá, soy yo —gritó, escudriñando el pasillo.

No hubo respuesta.

—¿George? —volvió a intentarlo Mullens, con el pánico creciendo en su pecho.

—Aquí dentro —respondió una voz desde el salón.

Mullens entró corriendo. —¿Qué pasa? ¿Estás bien? —se acercó a su viejo, que estaba desplomado como de costumbre en su sillón de apoyo apolillado— ¿Sandra ha dicho que hay alguien intentando entrar a robar?

—No tengo señal —respondió su padre.

—¿Qué?

—En eso. No hay imagen. Señaló acusadoramente la tele que tenía justo delante.

—¿Y el intruso?

—Sigue ahí fuera.

—¿Dónde? —Mullens entrecerró los ojos para ver la cocina.

George cogió el bastón que descansaba en su sillón y lo blandió como una espada. —Me lo voy a follar vivo.

—¿A quién? No dices nada con sentido.

—¡A él! —George pinchó con el bastón hacia la puerta trasera.

Mullens miró de nuevo y vio una figura moviéndose al pasar por la ventana de la cocina.

—¡Mierda! —gritó Mullens y se lanzó a la cocina con los puños en alto. Estaba a punto de abalanzarse por la puerta trasera cuando la figura reapareció al otro lado de la valla.

—¡Ah, no me jodas! —murmuró Mullens.

Era el vecino de su padre, Bill Shannon, paseándose furioso arriba y abajo a su lado de la valla.

Mullens volvió al salón, aliviado pero un poco desilusionado de que ya no se requirieran los servicios de sus puños. —Papá, es tu vecino, Bill.

—¿Quién?

—Por el amor de... —la impaciencia de Mullens empezaba a superarlo— Bill Shannon, el de al lado. Ni siquiera está en tu jardín. ¿Habéis vuelto a tener una bronca?

—Nop. —El anciano movió su enorme cuerpo de un lado a otro del sillón de apoyo mientras su estructura crujiente se escoraba como el *Titanic* poco después del impacto.

—Joder, papá. Pensaba que tenías problemas.

—Tengo problemas. No tengo tele.

Mullens suspiró y salió por la parte de atrás para encargarse del vecino de su padre.

—Señor Shannon —le gritó Mullens, y se armó de valor para un ataque verbal.

—Buenos días, Mark. Me alegro de que estés aquí. Tu padre estaba fuera antes. —El señor Shannon se apretó el cordón del batín.

—¿Mi padre estaba fuera? ¿Te refieres a fuera-fuera, *en la calle* fuera?

—En efecto.

—¿Pero cómo?

—¿Otro milagro de la medicina moderna? No lo sé, pero... —El señor Shannon le hizo un gesto a Mullens para que lo siguiera por el lateral de la valla, de vuelta al estrecho espacio entre las dos casas —. Oí un estruendo tremendo y salí corriendo para encontrarme con esto.

Señaló por debajo de su lado de la valla, y Mullens se inclinó. Una antena parabólica estaba incrustada en la campana de cristal del señor Shannon, mientras que cristales rotos y el marco de madera destrozado estaban esparcidos por todo su huerto.

—Oh, Dios, lo siento mucho, Bill —dijo Mullens, mirando hacia el soporte destrozado y los cables colgantes en el lateral de la casa de

su padre, donde solía estar la antena—. ¿Cómo coño se las ha arreglado?

—Deben de ser todas esas drogas que le dan. Pronto se pondrá verde y aterrorizará a todo el pueblo, en vez de solo a mí. —Bill soltó un resoplido.

—Pagaré los daños, por supuesto.

—Bueno, es muy amable por tu parte. Pero ahora hará falta algo más que dinero para que mi calabacín premiado gane la feria de la cosecha.

Mullens volvió a mirar la antena. Los restos empapados del vegetal masacrado se salían por debajo del borde.

—No tengo palabras para disculparme por el desastre con patas que es mi padre. Pero escucha, tengo que irme a trabajar ahora, así que, ¿te parece bien si lo saco de ahí esta noche?

—Dile a George que la próxima vez que no pueda ver *Tu casa a juicio* en su tele, se lo deje a los expertos, ¿vale? —El señor Shannon volvió a su casa pisando fuerte.

De vuelta dentro, George seguía jugueteando con el mando a distancia.

—Vale, papá, ¿cómo lo has hecho?

—¿El qué? —dijo su padre inocentemente, pulsando botones al azar.

Mullens se lo arrebató de las manos. —¿Cómo has arrancado la antena parabólica de la pared y la has propulsado con fuerza hasta el invernadero de tu vecino?

—No es un invernadero. Es esa cosa estúpida.

—¿Cómo?

—Bueno, la tele no funcionaba. Lo intenté todo y luego salí a comprobar la antena.

—¿Y cómo te las has arreglado para salir tú solo?

—Usé eso —dijo George, señalando acusadoramente un taca-taca volcado en el umbral de su dormitorio.

—¿Usaste el taca-taca?

—Bueno, era una emergencia. Es que me iba a perder mi programa.

—Vale, así que saliste y...

—Solo le di un golpecito.

—¿Un golpecito? ¿Con qué, con la pala de una excavadora?

—Con el poste del tendedero.

—Santo Cristo.

—Solo un empujoncito.

—Papá, la has lanzado hasta la mitad del jardín de Bill.

—Me estaba perdiendo mi programa. —George negó con la cabeza.

—Oh, Dios, vale. Haré que la arreglen. Mientras tanto, tendrás que conformarte con ver la TDT.

—Ahí no echan más que pura mierda.

—Es exactamente la misma puta mierda que ves normalmente, solo que no a través de la cartera de Rupert Murdoch.

Mullens sacó el decodificador de TDT de debajo de las escaleras de su padre y se lo enchufó.

—Vale. Te dejo con esto.

Le entregó un segundo mando, pero su padre siguió pulsando el primero.

—Me rindo —se quejó Mullens—. Volveré después de mi turno, ¿vale?, y recuperaré el *USS Enterprise* del jardín de Bill.

George asintió, pero ahora estaba demasiado ocupado batallando con ambos mandos.

—Y recuerda: siempre te queda un libro o la radio.

—Vaya mierda —resopló su padre.

Mullens lo dejó a lo suyo.

Once

Cuando Bone llegó a la comisaría, estaba saliendo el sol. La jauría de periodistas se había reducido a un pequeño grupo de plumillas empedernidos. Alguien iba a tener que hablar con ellos y, como la cosa estaba tranquila, probablemente era la ocasión menos dolorosa para hacerlo. Aparcó el coche enfrente de la comisaría y se dirigió a grandes zancadas hacia la entrada. Uno o dos reporteros lo vieron acercarse y el grupo cobró vida de repente, dejando caer vasos de café a medio llenar, echando mano a cámaras y libretas y abalanzándose sobre él como un enjambre de abejas malévolas. Bone vio a Colin McKinnon, el reportero de plantilla de *The Chronicle* y un grano en el culo desde hacía mucho tiempo. Las preguntas se sucedieron rápidamente mientras los periodistas competían por adelantarse a sus rivales.

—¿Qué puede decirnos sobre la escena del crimen en las obras del hipermercado de Langlands?

—¿Ha habido un asesinato?

Entonces McKinnon asomó la cara por delante del gentío que se empujaba. —¿Ha vuelto a atacar el asesino del Cucú-Tras, inspector jefe Bone?

Los periodistas dejaron de pelearse entre ellos por un momento y prestaron atención a la respuesta de Bone.

—Estamos llevando a cabo una investigación en las obras de Langlands. En este momento, no tengo nada más que añadir —dijo

Bone.

—¿Ha vuelto a atacar el del Cucú-Tras? —insistió McKinnon.

Bone se volvió hacia él. —Verifique sus fuentes, señor McKinnon. Meiklejohn, el supuesto asesino del Cucú-Tras, está muerto.

—¿Lo está de verdad? Eso es lo que los preocupados residentes de Kilwinnoch querrán saber. ¿Estamos seguros en nuestras camas?

—Los residentes no corren ningún peligro inmediato y no tienen por qué alarmarse —le espetó Bone a McKinnon.

—¿Dio caza a un hombre inocente, inspector jefe Bone?

—Como ya he dicho, no tenemos nada más que añadir en esta fase de la investigación. Bone se abrió paso entre el grupo, subió los escalones de la comisaría de dos en dos y entró por la puerta a toda prisa.

—Puta cucaracha —masculló.

—¿Quién? —preguntó el sargento Brody desde su mesa, dejando caer a hurtadillas un rollito de salchicha a medio comer en el plato que tenía delante.

—El reportero ese del *Chronicle*. Es peor que los hongos de los pies, y el periódico para el que escribe es igual de malo.

—Sí, ya lo sé. Brody dobló su ejemplar y lo metió debajo de un libro de registro.

—Haga lo que haga, no deje entrar a esa alimaña, ¿de acuerdo?

—Tirar a matar. Brody sonrió con aire de suficiencia.

Bone pensaba que sería el primero en llegar, pero Baxter ya estaba en su mesa.

—Se ha levantado pronto, detective —dijo Bone, quitándose el abrigo.

Baxter se estiró y bostezó. —Buenos días, señor. No podía dormir. ¿Han encontrado al agente Garvey?

—Eso parece. Acabo de estar allí. Los de la científica ya se están encargando.

—Qué trágico. Es muy descorazonador.

—Desde luego que sí. Bone dejó su maletín junto a su mesa—. ¿Cómo le fue con el fiscal McLean?

—Pues, como cabría esperar, un historial brillante de éxitos de alto nivel. A lo largo de los años ha metido entre rejas a bastantes criminales de peso, asesinos y escoria de primera.

—Así que tiene un sinfín de enemigos. Bone frunció el ceño.

—En efecto, y no todos en la hermandad criminal.

—¿Qué quiere decir?

—Ha tenido algunos encontronazos muy sonados con varios gobiernos sucesivos y con el estamento legislador. Parece que tiene mucho que decir sobre un montón de cosas.

—Sí, bueno, eso no me sorprende.

—Pero en los últimos meses no ha estado ganando tantos casos como antes. Parece que lleva una mala racha; no es una buena situación cuando has estado volando muy alto y cagándote en los de abajo.

—Desde luego. Bone se dirigió directamente a la cafetera.

Media hora más tarde, Mullens entró estrepitosamente, casi arrancando la puerta de sus goznes.

—¡Menudo circo de tres pistas hay ahí fuera! —se quejó, lanzando el abrigo al perchero. No acertó en la percha. —Siento llegar tarde, crisis doméstica.

—¿Otra vez tu padre? —preguntó Baxter.

—¿Quién si no?

—Espero que no le dijeras nada a esa panda de parásitos de ahí fuera —dijo Bone.

—Aparte de instrucciones no aptas para su emisión sobre lo que pueden hacer con sus micros, ni pío.

—¿Cómo te fue ayer en el Fells?

—Para el carro, Herr Kapitan —rezongó Mullens. Recogió su abrigo del suelo y de su abultado bolsillo sacó un triángulo de pizza envuelto sin mucho esmero en un paño de cocina. Procedió a devorarlo como un león dándose un festín con el hígado de un antílope.

—Joder, Mark —dijo Bone, a la vez asombrado y asqueado.

—Quien guarda, halla. —Mullens hundió aún más la cara en el envoltorio ahora empapado— Interesante visita al Fells —masculló

entre bocados—. Han quitado los bocatas de desayuno a mitad de precio, es indignante.

—¿Hablaste con el dueño?

—Sí, lo hice, y le dije al gran Andy que se equivocaba al quitar la oferta.

—¡Sargento Mullens! —intervino Bone.

—Bueno, a lo que iba... —Mullens se limpió la cara con la manga de la chaqueta del traje—. Andy dijo que, aparte del grupo de policías, el bar estuvo tranquilo esa noche, y yo le señalé que probablemente se debía a que sus clientes habituales se habían mosqueado por su cambio de opinión de tacaño con la oferta de los bocatas de beicon.

—¡Prosigue!

—Pues eso, que se acordaba de que el gran Dougie Drysdale entró a por su habitual dosis de valor líquido antes de aventurarse a volver a casa, pero se fue antes de que empezara la fiesta. Estaba Ron el Rastrillo y también el grandullón de... cómo se llame... Dobson, ya sabes, el que llevaba la tienda de bicis.

—Derek Dobson, ¿puede ser?

—Ni idea, siempre le he llamado el gran Dobber, pero no me parece muy apropiado ahora que tiene setenta y dos años. Estuvo hasta las nueve, cree él, y se fue antes que Garvey. Pero el pez gordo que estuvo dentro y que a mí me puso la mosca detrás de la oreja fue John Meiklejohn. —Levantó la vista—. O sea, ¿qué clase de padre idiota le pone a su crío John cuando su apellido es Meiklejohn? —Negó con la cabeza.

—¿El padre? —preguntó Bone, tratando de mantener a Mullens centrado.

—Sí, eso parece. Andy dijo que estuvo allí unas cuantas horas y que tuvo que dejar de servirle porque estaba muy borracho.

—Vaya, vaya. ¿Se acordaba Andy de cuándo se fue o de si estuvo cerca de Garvey?

—No dijo nada de que hubiera hablado con Garvey, y no estaba muy seguro de cuándo se fue Meiklejohn del pub, pero cree que tal vez fue justo antes de que se marchara el grupo de policías. Dijo

que estaba tan ocupado intentando deshacerse de él que no se dio cuenta de que los polis de Campsie se iban.

—¿Y suele frecuentar el Fells?

Mullens se encogió de hombros. —Que yo sepa, no, aunque yo tampoco voy mucho por allí. —Lanzó una mirada de culpabilidad al equipo.

—Sí, claro. —Bone negó con la cabeza.

—En serio, no recuerdo la última vez que lo vi allí, pero tiene prohibida la entrada en la mayoría de los garitos del pueblo, así que puede que estuviera probando suerte.

—Es posible —respondió Bone.

—Ah, señor, es imposible. A ver, que es un borracho. No podría hacer esto. No tiene ni el cerebro ni la salud ni la fuerza.

—Quizá no directamente, pero es un borracho por lo que le pasó a su hijo.

—Qué va, ya era un borracho perdedor antes de eso. Su hijo es solo una excusa para seguir adelante.

—¿Señor? —interrumpió Baxter.

—¿Sí? —Bone echó un poco de café en la cafetera.

—Me pidió que hiciera algunas comprobaciones sobre el equipo de excavación que estuvo ayer en la obra.

Bone asintió, jugueteando con el interruptor.

—Ah, lo siento, señor. Me terminé lo que quedaba de anoche y se me olvidó rellenarla.

—No hay problema, Baxter. Me habría quedado de piedra si no se lo hubiera ventilado usted. —Bone sonrió—. En fin, ¿el equipo de excavación?

—Sí, bueno, acabo de encontrar algo. —Dio unos golpecitos en su pantalla—. Uno de los obreros de la lista, un tal Paul Quinn.

—Sí, fue el zoquete que llegó primero a la obra.

—Hace siete años, estaba trabajando como peón en Gatehouse of Fleet, en unas obras importantes de mejora de la autopista. Lo contrató Baird Construction.

—Los peces gordos.

—Eso es. Formaba parte de un equipo de paisajismo subcontratado.

—¿Y?

—Resulta que nuestro amigo, un tal Robert Meiklejohn, estaba contratado en la misma obra.

—No me diga.

—Hay más —continuó Baxter—. Resulta que estuvieron viviendo y trabajando juntos en la obra durante unas seis semanas.

—¿Así que en un alojamiento compartido?

—Supongo que sí. A ver, podría ser una completa coincidencia... —Baxter enarcó una ceja.

—Eso no existe en nuestro oficio. Vamos a traerlo para interrogarlo.

—¿Lo hago yo?

—No. Revise el historial de Meiklejohn padre. Sé que ha tenido muchos roces con la ley en el pasado, pero compruebe si ha sido un niño malo últimamente.

—¿Qué busco?

—Un asesinato por imitación sería un buen comienzo. —La cafetera gorgoteó y Bone llenó media taza con las primeras gotas de café, le echó dos cucharadas colmadas de azúcar y se lo bebió de un trago. Tenía la sensación de que iba a ser otro día muy largo.

Doce

Bone llamó por adelantado a la comisaría de Campsie Fells para solicitar entrevistas con los compañeros de patrulla de la agente Garvey. El sargento de recepción no estaba seguro de quién estaba de servicio, pero haría todo lo posible por reunirlos. Luego, Bone llamó a Walker para decirle que se reuniera con él allí.

Frank Gilbert, el inspector jefe de la comisaría, era lo que la mayoría de los lugareños llamarían cariñosamente un gilipollas de primera. Bone conocía a Gilbert desde la academia de policía, cuando Gilbert aburría a todo quisqui con sus fantasmadas sobre conquistas femeninas y cómo ser el comisario jefe de Escocia era «su destino divino». Por suerte para el género femenino y para el cuerpo, su personalidad de rata apestada había conseguido limitar a cero su selección de mujeres disponibles y reducir sus aspiraciones de ascenso a inspector jefe de una comisaría de mala muerte; en opinión de Bone, un puesto ya demasiado alto en la cadena de mando.

Dentro de la comisaría, el simpático sargento de recepción saludó a los dos detectives y Gilbert hizo acto de presencia poco después. Bone llevaba un par de años sin ver a Gilbert, y el paso del tiempo no había sido amable con él. El inspector jefe se había echado encima una especie de juego de neumáticos Michelin alrededor de la cintura, junto con un par de tetas de hombre bastante

alarmantemente voluptuosas, que presionaban ominosamente contra su camisa.

—Duncan, siempre es un placer —dijo Gilbert con falsedad.

—Igualmente —replicó Bone, incapaz de contener su sarcasmo.

—Me sorprende verte de vuelta tan pronto después de unas heridas tan devastadoras —dijo Gilbert—. Por un momento pensé que la habías diñado.

—Todavía aguanto. Tienes buen aspecto —mintió Bone.

—Anda ya. Estoy fuera de forma. Tengo que volver a la cinta de correr. —Gilbert se tocó brevemente la barriga y luego miró a Walker —. ¿Y quién es su encantadora compañera?

—La inspectora Walker, señor. Pero si busca encanto, le sugiero que se dé una vuelta por los años setenta. Walker frunció el ceño.

Bone disimuló una sonrisa.

Gilbert se la quedó mirando un momento, aparentemente sin saber cómo responder, y luego, con una tos de incomodidad, hizo pasar a los detectives. —Un asunto terrible, y tan angustioso para el señor McLean —dijo, recuperando por fin la voz—. La agente... — Hizo una pausa.

—Garvey —replicó Bone con impaciencia.

—Sí, la agente Garvey era un activo muy importante para la comisaría y para el cuerpo, y muy querida por todos.

Sus tópicos insinceros cayeron en saco roto mientras los tres continuaban hasta el final de un estrecho pasillo, donde Gilbert se detuvo junto a una puerta.

—Os he preparado esto.

Bone y Walker lo siguieron a una habitación claustrofóbicamente pequeña, con las paredes pintadas en colores pastel enfermizos y amueblada con piezas baratas de imitación de IKEA y lo que los profesionales llamarían «iluminación tenue». El tipo de espacio espantoso con el que Bone estaba más que familiarizado.

—Esta es una sala de duelo —dijo Bone.

—Sí, eso es. Pensé que...

—Aquí no —lo interrumpió Bone—. Necesito que los compañeros de la agente estén en condiciones de declarar, no que sean un mar de lágrimas.

—Solo pensé que podría ser más propicia.

—¿Para qué, para un funeral? —espetó Bone—. Necesito respuestas y cabezas despejadas, no policías con ganas de velatorio. —Se dio la vuelta para marcharse—. Una sala de interrogatorios estará bien.

—Como desees —resopló Gilbert.

Volvieron al pasillo, y Gilbert condujo a Bone y a Walker a través de unas puertas dobles, bajando un tramo de escaleras, hasta otra habitación, esta vez con paredes de hormigón visto, una mesa, cuatro sillas y una grabadora.

—Bueno, ¿estás seguro de esto? —preguntó Gilbert.

—Totalmente. —Bone se acomodó en una silla y se cruzó de brazos.

—Los compañeros de la agente están esperando en la cantina. ¿Los hago pasar de uno en uno?

—Sí, gracias.

—¿Quieres un café o algo?

Bone levantó la vista y sonrió. —Whisky, si tienes.

Gilbert resopló de nuevo. —No estoy seguro de que...

—Es broma. Un café está bien. Solo, con dos de azúcar. —En realidad, Bone no quería uno, pero cualquier oportunidad de incordiar a Gilbert merecía la pena.

—¿Y usted? —le preguntó Gilbert a Walker, con un tono decididamente más frío que en su anterior intercambio.

—No, gracias. —Walker frunció el ceño.

Gilbert desapareció escaleras arriba y Bone dejó escapar un suspiro de alivio.

—Dios, es incluso peor de lo que recordaba. Sacó una libreta y el móvil de su vieja y descolorida mochila verde, y esperó a que llegara el primer agente.

Cinco minutos después, apareció una joven agente, llevando con cuidado un vaso de plástico rebosante de alquitrán licuado que tenía la desfachatez de hacerse pasar por café colombiano.

—Agente Laura Dowds, señor —dijo la agente, dejando el vaso delante de Bone—. De parte del inspector jefe. No lo he hecho yo. —Levantó la vista y sonrió.

—Esta es la inspectora Walker. —Bone señaló a su compañera con la cabeza.

Luego hizo un gesto hacia las sillas vacías, y la agente se sentó.

Tras unas breves preguntas para ayudar a la agente a relajarse, Bone fue al grano. La agente repasó los acontecimientos con el tipo de detalle que Bone habría esperado que un agente de policía recordara. La fiesta había sido organizada por la sargenta Fiona Crawford —la oficial al mando de Garvey y amiga desde hacía mucho tiempo— para celebrar su propio cumpleaños, el cuadragésimo. La agente Dowds recordó que cuando llegó, Garvey ya estaba allí y, aparte de una conversación muy breve en el baño sobre rumores de recortes de plantilla en todo el cuerpo, no recordaba haber hablado directamente con ella de nuevo, pero sí se dio cuenta de que se emborrachó muy rápido.

La segunda compañera, la agente Bethany Ross, una policía de treinta y ocho años de pura cepa, rompió a llorar en el momento en que abrió la boca, y tras unos cuantos intentos fallidos de sacarle información entre sollozos, Bone se rindió y le dijo que se pusiera en contacto con él si se le ocurría algo que pudiera ayudar en la investigación.

Bone continuó, entrevistando a continuación al agente John Davenport, quien confirmó la hora exacta a la que se había marchado Garvey. Cuando Bone le preguntó por su asombrosa memoria, Davenport explicó que había mirado la hora inmediatamente después de que Garvey se fuera porque le preocupaba que su canguro estuviera fuera hasta demasiado tarde.

A falta de dos asistentes más a la fiesta, Bone se tomó un breve descanso y llamó a Baxter.

—¿Alguna novedad?

—Nada, señor —replicó Baxter—. ¿Cómo va todo por ahí?

—Progresando. ¿Algo sobre Meiklejohn padre?

—Seguimos buscando.

—De acuerdo. Dígale a Mark que presione a Andy, el de los Fells, para que recuerde la hora exacta a la que se fue Meiklejohn. Podría ser crucial. —Bone colgó y se volvió hacia Walker—. Ya sé que Andy dijo que Meiklejohn estaba borracho, pero podría haber estado

fingiendo. ¿Quién se habría fijado lo suficiente como para notar la diferencia?

—Es ciertamente posible, señor —convino Walker.

Continuaron con las entrevistas. La última era la jefa de Garvey, la sargenta Fiona Crawford, tensa como un resorte. Entró con paso decidido y, deteniéndose frente a la mesa, esperó a que Bone la invitara a sentarse. Una vez sentada, le echó una mirada penetrante a Bone y a Walker y luego se metió las manos temblorosas en el regazo.

—Está muerta, ¿verdad? —dijo antes de que Bone pudiera empezar.

—¿Qué le hace decir eso?

—El caso Cucú-Tras. He estado leyendo sobre él.

—Este no es el caso Cucú-Tras, sargenta Crawford —replicó Bone, mientras Crawford seguía mirándole fijamente—. Esa noche era su cumpleaños, ¿es correcto?

—Sí, y algo que no volveré a celebrar —dijo, apretando los labios.

—Tengo entendido que es usted muy amiga de la agente Garvey —continuó Bone.

—Hazel me admira. ¿Sabes que perdió a sus padres cuando era niña?

—No, no lo sabía. ¿Cómo murieron?

—Accidente de coche. Su coche chocó contra un camión que venía de frente. Hazel salió despedida del vehículo y sobrevivió, pero sus padres murieron en el acto.

—Qué espanto. ¿Qué edad tenía?

—Seis, creo.

Bone suspiró. —¿Y quién se hizo cargo de ella?

—Su abuela. Aún vive, pero ahora está en una residencia con demencia.

—Bueno, parece que es bueno que la tenga a usted. —Bone intentó mantener de su lado a la sargenta enfadada—. Dígame, ¿qué me puede contar de esa noche?

—Hazel no estaba bien. Lo supe en cuanto llegó.

—¿En qué sentido? —Bone pasó a una nueva página de su libreta y garabateó.

—Confía en mí, sabes, como en una hermana mayor.

—¿O una madre? —dijo él.

—¡No soy tan vieja! —retrocedió Crawford—. Me hablaba de cualquier cosa: de su vida y sus relaciones, de todas sus cosas personales.

—¿Habló con usted esa noche?

—Intentaba ocultarlo, como era mi cumpleaños y probablemente no quería disgustarme ni estropear el ambiente, pero se lo vi en la cara.

—¿Ver el qué?

—Miedo.

—¿Miedo a qué?

—A quién, más bien. —Crawford desencajó sus manos apretadas y las dejó caer a los lados, como si se preparara para defenderse—. Esto es bastante difícil. No quiero meterme en líos ni violar la confidencialidad ni nada.

—Continúe, no pasa nada. Si esto es importante, podría ayudar a encontrar a Hazel —añadió Walker.

—Su marido, el muy honorable fiscal jefe McLean. —Su título salió de la boca de Crawford como un veneno de sabor nauseabundo.

—¿Tenían problemas? —insistió Bone.

—¿Problemas? El que tiene el problema es él.

—¿Qué quiere decir?

—Cuando se casaron, las cosas parecían irles de maravilla. Hazel nos daba la tabarra con cómo la mimaba con cenas románticas y vacaciones de lujo. Pero no duró mucho.

—¿Qué pasó?

—Se acabaron las historias románticas y Hazel parecía más seria, más retraída. Y entonces, una noche, apareció en mi puerta y simplemente se derrumbó.

—Entonces, ¿McLean la maltrataba?

—Ya no la hacía feliz, digámoslo así.

—¿Le pegaba?

—Nunca dijo eso, aunque no me sorprendería. Es más del tipo de torturador psicológico. El maltrato no siempre es cuestión de puños.

—¿Qué le hacía?

—La menospreciaba, la trataba como una mierda. Su confianza estaba por los suelos. La estaba controlando, o intentándolo.

—¿Alguna vez le vio usted comportarse así con ella?

—No, pero esa noche me dijo que le había desobedecido para venir a mi fiesta. Fue tan desolador verla así... siendo aplastada por ese gilipollas monstruoso. —Levantó la vista—. Lo siento, es que estoy muy enfadada.

—¿Cree usted que él podría tener algo que ver con su desaparición?

—Estaría mal decir eso, pero Hazel habría querido que yo os hablara de él.

—Gracias, sargento. Ha sido usted de gran ayuda. —Bone sonrió.

—No quiero ser yo quien le señale con el dedo. Es demasiado poderoso y necesito conservar mi trabajo. Tengo hijos. —Un atisbo de ansiedad cruzó su frente.

—No se preocupe, sargenta Crawford —replicó Bone—. Por ahora mantendremos su nombre al margen de nuestras pesquisas.

—Gracias, se lo agradecería.

—Pero más adelante, puede que tengamos que pedirle que preste declaración.

Crawford suspiró y luego asintió. —Si con ello se hace justicia para Hazel, ¿qué otra cosa querría que hiciera? —replicó, conteniendo las lágrimas.

Mientras Bone y Walker salían por el vestíbulo principal, un hombre alto con un traje impecable salió de una puerta lateral y se acercó a ellos.

—¿Inspector jefe Bone?

—¿Sí?

—Soy el inspector Sanjit Mohan. ¿Podría hablar un momento con usted?

—Sin problema. Esta es la inspectora Walker, por cierto —dijo Bone.

Walker asintió.

—Entiendo que se haya llamado a la UDR para esto y lo respeto totalmente, pero la agente Garvey es una compañera de esta comisaría, y a todos nos gustaría ayudar en todo lo posible para atrapar al cabrón que ha hecho esto.

—Gracias, inspector Mohan, y lo siento mucho. Tengo entendido que la agente Garvey era una agente excepcional.

—Una de las mejores, y una compañera muy querida. —El inspector Mohan frunció el ceño—. He estado hablando con los agentes que asistieron esa noche y, en mi opinión, por lo que han dicho sobre el estado de la agente Garvey cuando se fue del pub, me suena mucho a que le habían echado algo en la bebida.

—¿Por qué dice usted eso? —preguntó Bone.

—Conozco a Hazel desde hace varios años y, para ser sincero, no era el tipo de persona que se pierde con el alcohol. Es —perdón, *era* — muy sensata. Su comportamiento esa noche parece impropio de ella; sencillamente, no cuadra.

—Y si estuviera muy disgustada por algo, ¿podría eso desencadenar en ella un comportamiento irracional? —añadió Walker.

—Como he dicho, no era del tipo de persona que pierde el control de esa manera. Simplemente no era ella, ¿sabe?

—Esa es una información extremadamente útil —dijo Bone.

—Como he dicho, quiero ayudar, señor. Todos queremos.

—Usted y sus compañeros de aquí tienen un conocimiento y una comprensión inestimables de la vida laboral de la agente Garvey, y quizás también de su mundo fuera de la comisaría, que con suerte nos ayudarán a desatascar esta investigación lo más rápido posible. Así que mantengamos las líneas de comunicación abiertas, ¿de acuerdo?

—Así se hará. —El inspector Mohan asintió y regresó a la sala trasera.

De vuelta en el coche, Bone llamó a Baxter de nuevo.

—¿Alguna novedad sobre la identificación del cuerpo?

—La científica sigue en ello, pero supongo que tendrán una identificación confirmada muy pronto —dijo Baxter—. He encontrado una ficha de detención de John Meiklejohn, de hace tres meses.

—¿Por qué?

—Lo detuvieron por orinar en los jardines de la ciudad, pero un par de adolescentes también se quejaron de que se había exhibido ante ellas.

—Qué encanto.

—Pero se retiraron todos los cargos.

—De acuerdo, gracias. Siga buscando. —Bone colgó.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Walker, subiendo a regañadientes a la máquina del tiempo mortal de Bone.

—Creo que deberíamos presentarle nuestros respetos al señor Meiklejohn padre, ¿no te parece?

—Oh, Jesús. —Walker se abrochó el cinturón de seguridad y comprobó que estuviera bien sujeto.

Trece

La ruinosa y espeluznante pequeña finca de John Meiklejohn se encontraba justo al final de Back Brae Lane, a unos cinco kilómetros de Kilwinnoch, enclavada en las laderas más bajas de las Campsie Fells. Si Hollywood necesitara alguna vez una localización adecuada para la próxima película de *La matanza de Texas*, el lugar de Meiklejohn sería una propiedad de primera. Esqueletos oxidados de chatarra retorcida y cristales rotos, motores de coche destripados y chasis vacíos se apilaban frente a una imponente grúa metálica que se balanceaba de un lado a otro, amenazando con desplomarse en cualquier segundo.

—Qué estercolero —hizo una mueca Walker— mientras Bone aparcaba el Saab en el patio.

—Sí, no es un palacio, desde luego —respondió él, examinando el caos. El lugar lo inquietaba; había una desazón en el aire que le revolvía las tripas a Bone.

Haciendo de tripas corazón, la pareja salió a un lodazal de barro y fango de motor.

—Otra vez no —gruñó Walker, con el pie hundiéndosele por completo en un pequeño socavón—. Dios, cómo odio mi trabajo.

La casucha en ruinas de Meiklejohn se alzaba justo delante, con las ventanas tapiadas o cubiertas con bolsas de basura, la mitad de las tejas del tejado ausentes y un pequeño roble brotando de uno de los torcidos sombreretes de la chimenea. Bone señaló el humo acre

y beis que salía en volutas por la parte superior y se escapaba por los boquetes de sus costados.

—Parece que hay alguien en casa.

Juntos, avanzaron tambaleándose y chapoteando hasta un panel de contrachapado embadurnado de betún apoyado contra un enorme agujero en la piedra donde debería estar la puerta. Bone golpeó el panel y este se deslizó hacia un lado. Walker lo sujetó justo a tiempo y se detuvo. Al no haber respuesta desde el interior, Bone aporreó la madera de nuevo.

—¿Quién es? —gritó una voz carrasposa desde los repugnantes horrores que les aguardaban dentro.

—Inspector jefe Bone, John. ¿Podemos pasar?

—¡No! —replicó Meiklejohn.

Bone deslizó la tabla hacia un lado, despegó las manos de la superficie pegajosa y entró a la fuerza, con Walker siguiéndolo a regañadientes. Lo primero que lo golpeó fue un olor dulzón y empalagoso a carne en descomposición. El espacio que tenía delante estaba casi a oscuras, y tardó unos segundos en acostumbrarse a la repentina falta de luz.

Meiklejohn estaba encorvado al otro lado de la habitación, acurrucado junto a un pequeño candil de gas. Bone se quedó de piedra. El hombre había perdido todo el pelo desde la última vez que se lo había encontrado y tenía un aspecto increíblemente demacrado, como una aparición de pesadilla hitchcockiana. Extrañamente, también llevaba lo que parecía una bata de estilo años sesenta.

—¿A qué viene ese olor, John? —preguntó Bone, a punto de detenerlo allí mismo.

——Como si alguien se hubiera muerto —añadió Walker.

—Ah, sí. Es mi pobre perro. —Se giró y señaló algo en el rincón más alejado—. Se desplomó sin más.

Bone entrecerró los ojos en la penumbra. Un bulto oscuro yacía en el suelo junto a la pared.

—Échale un ojo —le susurró a Walker.

—¿Yo? —retrocedió ella.

Se aventuró a regañadientes hacia el bulto no identificado.

—¿Ya no tienes red eléctrica? Bone tropezó con otro objeto no identificado en el suelo.

—Los cabrones me la cortaron.

En la oscuridad, Walker dejó escapar un fuerte gruñido y regresó, tapándose la nariz y la boca con la mano.

—Un perro, efectivamente: mitad labrador, mitad gusanos.

—¿No crees que a tu perro hay que enterrarlo, John? —Bone se acercó un poco más.

Meiklejohn rasgó un periódico en tiras y las retorció formando mechas apretadas.

El anciano se detuvo un segundo. —No voy a enterrar nada —dijo desafiante.

—Bueno, estoy seguro de que tu perro preferiría la dignidad de un funeral decente a acabar siendo un festín para los moscardones. —Bone se acercó más y se apoyó en la mesa a escasos centímetros de Meiklejohn, escrutando sus rasgos mugrientos y picados de viruela—. He de decir que no eres el magnífico espécimen de hombre que conocí cuando tu hijo se dedicaba a asesinar gente —observó.

Meiklejohn golpeó la mesa con los puños. —¿Has venido a acosarme? ¿Así es como te diviertes, asustando a viejos?

—Oh, creo que ambos sabemos que eso no es verdad. Tú asustarías al mismísimo Freddy Krueger hasta mandarlo a la tumba, John —terció Walker.

—¿Cómo te han ido las cosas, pues? ¿Has estado haciendo algo emocionante? —sonrió Bone.

—Vete a la mierda.

—Eso no es muy amable, John. Nada amable.

Meiklejohn continuó con la mirada fija al frente, negándose a establecer contacto visual.

—¿Dónde estabas el martes por la noche?

—Sin comentarios.

Bone se rió. —Esto no es un interrogatorio formal. Solo dos colegas poniéndose al día. —Volvió a preguntar—. ¿Y bien?

—Aquí —respondió finalmente Meiklejohn—. Como siempre.

—¿Y puede alguien dar fe de tu paradero, aparte de esa de ahí, la damisela de los santos óleos?

—Nadie.

—Bueno, pues eso es todo. Gracias por tu tiempo.

Meiklejohn levantó la vista hacia Bone con sorpresa. Entonces le tocó a Bone golpear la mesa con el puño. Se inclinó hasta dejar su cara a escasos centímetros de la de Meiklejohn.

—Fue un buen alboroto —le susurró Bone en la oreja ennegrecida por la roña.

Meiklejohn giró la cabeza ligeramente. —¿El qué?

—Cuando mi compañera ha salido un momento y te has abalanzado sobre mí.

—No me he acercado a ti.

—Y he de decir que, para tener sesenta y nueve años, has ofrecido bastante resistencia. Pero, ya sabes, intento de agresión a un agente de policía... bueno, eso son malas noticias, ¿no es así, inspectora Walker?

—Oh, sí, y con tus antecedentes penales, John, cinco años como mínimo, diría yo.

—Esto no está bien. Voy a denunciaros por acoso.

—No, el que va a denunciarte soy yo, John. —Bone se inclinó aún más cerca—. Al fiscal.

Meiklejohn se echó hacia atrás y levantó las manos. —¡Venga, vale! ¿Qué quieres?

—Martes por la noche, John. Inténtalo de nuevo.

Meiklejohn se enderezó y volvió a rasgar tiras, pero esta vez le temblaban las manos. —Bajé andando al Fells a tomarme una pinta.

—¿Ves? No ha sido tan difícil, ¿verdad? ¿A qué hora fue eso?

—No lo sé. No tengo reloj, ni de pulsera ni de pared. Estaba anocheciendo.

—¿Al atardecer?

—Sí. Fui andando. Me tomé un par y volví.

—¿Quién estaba sirviendo esa noche?

—No me acuerdo. Quizá el chaval alto.

—¿Andy Coates? —preguntó Bone. Miró hacia atrás, a Walker, pero había desaparecido.

—Sí.

—¿Quién más estaba allí? ¿Hablaste con alguien?

—Nadie me habla.

Bone tamborileó en la mesa con los nudillos.

—Crucé unas palabras con Dobson —dijo Meiklejohn.

—¿Unas palabras?

—Me dijo que le debía dinero y yo le dije dónde se lo podía meter.

—Entonces, ¿tuvisteis una bronca?

—¿Con Davie Dobson? ¿Estás de coña? Simplemente me fui antes de que la cosa se pusiera fea.

—¿Alguien más?

—No.

Bone dio una patada a la mesa y Meiklejohn saltó hacia atrás, sorprendido.

—¿Seguro? —exigió Bone.

—Nadie más. Solo Dobson.

—Entonces, ¿cuándo te fuiste?

—No lo sé. Después de dos pintas.

—Andy te echó, ¿a que sí?

—Simplemente me fui.

—¿Adónde fuiste después del Fells?

—Ya te lo he dicho. Me fui a casa. No... —Se detuvo de repente, como si recordara algo—. Me comí un cucurucho de patatas fritas.

—¿Dónde?

—En la freiduría, ¿dónde si no? Me moría de hambre.

—¿Y luego te fuiste a casa?

—Bueno, aquí estoy, así que supongo que sí —dijo Meiklejohn con desdén.

—¿Señor? —llamó Walker.

Bone se giró, pero no pudo verla. —¿Dónde estás?

—Por aquí.

Bone sorteó el cadáver y la carnicería hasta el fondo de la habitación. Meiklejohn había dejado de rasgar y se había girado para mirar.

—¿Dónde? —volvió a llamar Bone.

—Por aquí —repitió Walker.

Bone vio una puerta de madera estrecha y la empujó con el puño. Dentro estaba todo completamente a oscuras, pero Walker movió la linterna de su móvil de un lado a otro por las paredes y el suelo para ayudarle a localizarla. Bone vislumbró un colchón en el centro de la habitación y algunas botellas y latas esparcidas por un suelo de piedra.

—Mire esto —dijo Walker, dirigiendo el haz de luz hacia la pared del fondo.

La luz iluminó una galería improvisada de imágenes y recortes de periódico, pegados toscamente al yeso desconchado. Instantáneas de la escalofriante foto policial de Robert Meiklejohn, imágenes de comunicados de prensa de las víctimas, titulares y artículos, y luego, finalmente, la luz se posó en una imagen de la escena de la explosión y en una foto antigua de Bone, de cuando era un agente de uniforme. Walker redirigió rápidamente la linterna hacia el suelo.

—Lo siento, señor —dijo.

Bone negó con la cabeza y regresó furioso hacia Meiklejohn, evitando el desorden. Walker se abrió paso con cuidado entre los escombros tras él.

—Menuda exposición de arte tienes ahí dentro —le espetó Bone al anciano.

—Asunto mío. No estoy infringiendo ninguna ley.

—Aparte de las leyes de la decencia o del respeto por las víctimas de tu hijo, tal vez —dijo Walker.

—Mi hijo está muerto. Soy su padre.

—Sí, lo eres, y no puedo ni empezar a imaginar cómo se convirtió en el monstruo que fue, ¿y tú, inspectora Walker?

—Ni idea —Walker se encogió de hombros.

—¿Ha habido otro asesinato o algo? —preguntó Meiklejohn.

Bone volvió a inclinarse y Meiklejohn retrocedió.

—Vaya, eso es interesante, John. ¿Y por qué dices eso?

—Bueno, estáis aquí acosándome otra vez, ¿no?

—Buen punto, listillo. —Bone sonrió. Se enderezó—. Nos vamos ya a comer algo tarde en la freiduría, pero no te preocupes, volveremos muy pronto, estoy seguro.

Al salir, Bone se detuvo en la entrada. —Y entierra a tu puñetero perro.

Catorce

La freiduría y heladería de Sandino era una leyenda en Kilwinnoch, y el índice de masa corporal medio del pueblo daba fe de su popularidad. La familia Sandino había sido una institución en la zona durante más de ochenta años, desde que la primera oleada de inmigrantes italianos llegó en las décadas de 1930 y 1940 y cambió la cultura escocesa para siempre. El *signor* Carlo Sandino —el tercer propietario del establecimiento y bisnieto de su fundador, Paulo Sandino— era un personaje jovial y muy querido, siempre más dado a la cháchara que a vender comida. El local tenía una gran reputación por su innovación culinaria; el abuelo de Carlo introdujo en el pueblo los buñuelos de espaguetis, y la fama de la familia quedó sellada cuando Carlo, siguiendo los pasos de su abuelo, añadió al menú un *bridie* frito, una opción especialmente popular entre los clientes los sábados por la noche.

Bone dejó a Walker en la puerta, donde ya se estaba formando una cola para la primera tanda del día de la freiduría. El señor Sandino estaba junto a la freidora con su camisa de cocinero blanca de manga corta, con el cuello abotonado hasta arriba, a la vieja escuela.

Walker se abrió paso a empujones entre la fila de pensionistas hambrientos y entró en la tienda. El señor Sandino estaba ocupado echando un pesado cubo de patatas cortadas en la grasa burbujeante, que siseó y escupió, envolviendo el local en una

humareda de tamaño nuclear. El diminuto propietario levantó la vista en plena alquimia.

—Abrimos en diez minutos —se limpió las salpicaduras de grasa caliente de sus brazos marcados por las quemaduras y luego volvió a levantar la vista—. ¡Señorita Walker! —exclamó con un aplomo casi operístico—. *¡Bella signora degli altipiani!* —continuó su aria—. ¿Cómo está usted?

—Buenas tardes. Estoy bien, gracias —gritó Walker por encima del siseo ensordecedor de la grasa hirviendo.

—¿Y sus padres? ¿Siguen en esa preciosa isla? —removió la freidora enérgicamente.

—Mi madre falleció en septiembre.

—Siento mucho oír eso. Fue por el cáncer, ¿verdad? —dijo el señor Sandino, con su melodioso acento italiano luchando valientemente con el cerrado acento de Glasgow—. Debe de ser duro para su padre.

—Ahora está en Oban. La granja de Lewis se le estaba haciendo demasiado cuesta arriba.

—Eso está bien. Necesita estar en compañía ahora, pero es muy duro, ¿eh?

Walker asintió.

—Las patatas estarán listas en menos de diez minutos, señorita Walker —le dio otro enérgico meneo a la freidora—. Esta maldita oferta de almuerzo a mitad de precio va a acabar conmigo. —Señaló la cola interminable que había fuera.

—Es un asunto policial —continuó Walker.

—¿Ah, sí? —Sandino dejó de remover—. ¿En qué puedo ayudarla?

—La dejo primero con esas patatas, no hay problema —dijo Walker—. No podemos hacer enfadar a toda esa gente de ahí fuera, ¿verdad?

El señor Sandino, que ahora sudaba profusamente mientras batallaba con la freidora, removió las patatas un par de veces más y se detuvo. —Vale, ahora dejemos que haga su magia —dijo con una sonrisa de seguridad.

—La verdad es que huelen de maravilla. A Walker le rugió el estómago.

—Puede llevarse el primer cucurucho de la freidora, invita la casa.

Se oyó un golpe en la puerta y, a continuación, un anciano demasiado impaciente asomó la cabeza.

—Cinco minutos más, señor Robertson —bramó el señor Sandino.

El pensionista se retiró al principio de la cola mientras el cocinero negaba con la cabeza. —Por Dios. Todos los días lo mismo.

—Ha creado un pueblo lleno de adictos —Walker se rió.

—Sí, ¿y cuál es ese asunto policial? —abrió la trampilla lateral y se reunió con ella en la zona de clientes.

—¿Estuvo John Meiklejohn en su tienda el pasado martes por la noche, posiblemente sobre las once y media? —Walker miró al hombre, sorprendida de lo pequeño que era el señor Sandino de cerca.

—¿El martes pasado, dice? —se rascó las quemaduras de grasa de los brazos.

—El veintiocho de septiembre —añadió Walker.

—Ah, pues esa noche estaría Marco. Yo juego a la *scopa*.

Walker negó con la cabeza.

—A las cartas, ya sabe, al estilo italiano. Juego en el club de petanca con mis amigos. Apostamos un poco, pero no debería decirle eso, ¿eh? —Se rio.

—¿Está Marco aquí?

—Está en la trastienda, en el congelador, o ahí estaba la última vez que lo vi, pero probablemente habrá vuelto a ese maldito patio con su maldito móvil —regresó detrás del mostrador y le dio un rápido meneo a la freidora al pasar.

Desapareció por la puerta trasera y le gritó a su hijo. Ambos salieron y Marco, que tendría unos dieciséis años, le hizo un corte de mangas a su padre por la espalda.

—Lo que yo decía: con su maldito móvil.

El señor Sandino se dio la vuelta y le soltó una perorata a su hijo en italiano, de la que Walker solo distinguió una palabra que

reconoció: «idiota».

—Hola, Marco —dijo Walker con una sonrisa.

—Sí —masculló Marco.

—Soy la inspectora de policía Walker. Necesito hacerte un par de preguntas, ¿vale?

Marco se encogió de hombros.

—Respóndele a la inspectora, Marco. —El señor Sandino le dio un codazo a su hijo.

—Tu padre dice que estuviste trabajando aquí el martes pasado por la noche, ¿es correcto?

—Sí, así es. ¿He hecho algo malo? —respondió Marco sin el más mínimo atisbo de acento italiano.

—No, en absoluto. Solo necesito que me confirmes una cosa.

—Ah, vale. Sí, sin problema.

—¿Recuerdas si John Meiklejohn vino y compró una bolsa de patatas, quizá sobre las once y media de la noche?

—¿Quién?

—John Meiklejohn, el padre de Robert Meiklejohn.

—El *Pazzo* del cucú —le dijo el señor Sandino a su hijo.

—No estoy seguro. —Marco se rascó la coronilla.

—Puede que estuviera muy borracho —añadió Walker.

—Todo el mundo va siempre muy borracho —bromeó el hijo—. Había mucho jaleo. Siempre hay mucho jaleo y yo siempre estoy hasta arriba. No tengo tiempo de... —Se calló y miró a su padre.

—Vago, ese es su problema —se quejó el señor Sandino—. Vaya generación, esta. No tienen ni idea. Su abuelo hacía turnos de dieciocho horas para llevar este sitio. Lo único que hace es hablar por el móvil con las chicas.

—¡Papá! —Las mejillas aniñadas de Marco se encendieron con un intenso color carmesí.

El señor Sandino se giró de repente, acordándose claramente de la marabunta del almuerzo. —*¡Facula!* —gritó. Agarrando una cesta, sacó las patatas recién hechas de la freidora y las transfirió al recipiente para servir. —Disculpe, pero tengo que abrir ya. ¡Marco!

Marco fue a ayudar a su padre a sacar las patatas del aceite. Se detuvo y se volvió hacia Walker.

—¿Es un indigente? Quiero decir, ¿tiene pinta de serlo? —preguntó él.

—Lo sabrías si lo hubieras visto —replicó Walker—. Está permanentemente mugriento, como si tuviera la suciedad tatuada en la piel. Es un esqueleto a dieta y lleva cualquier ropa que pueda sacar de los contenedores o birlar de los tendederos.

—Ahora lo recuerdo. Es el tipo que no tenía suficiente dinero para las patatas y se puso hecho una furia cuando le dije que no se las podía llevar. Al final cedí para quitármelo de encima y poder cerrar.

—¿Estás seguro de que era él?

—Seguro. Era un tío muy raro. Había dos mujeres en la cola y les estaba diciendo cosas.

—¿Como qué?

—Pues ya sabe, guarrerías. Ellas le mandaron a la mierda.

—¡Marco! —gritó el señor Sandino—. ¿Qué te tengo dicho?

—Solo estoy citando las palabras exactas, papá —resopló Marco.

—¿Y a qué hora fue eso? —insistió Walker.

—Sobre las once y media. Es cuando solemos cerrar, pero probablemente un poquito antes. ¿Y veinte, quizá?

Miró a su padre de reojo y el señor Sandino negó con la cabeza.

—Eso es de gran ayuda, Marco. Gracias. ¿Y tenéis alguna cámara de seguridad aquí que pudiera haber grabado a Meiklejohn en la tienda esa noche?

—¿Papá?

—Sí, ahí arriba —el señor Sandino señaló una diminuta lente en la esquina—. Pero se borra automáticamente después de dos o tres días, así que puede que ya no esté.

—Si pudiera comprobarlo cuando no esté ocupado, sería estupendo. Avíseme en la comisaría cuando lo sepa.

El señor Sandino asintió. —Vale, Marco. Ve a por media docena de *bridies* y unos cuantos filetes de la nevera, y quizá unos cuantos *haggis* y salchichas. —Echó más patatas en el servidor—. Voy a dejar entrar a la marabunta hambrienta.

—Gracias, señor Sandino —dijo Walker.

—Es una maravilla verla, señorita Walker —el señor Sandino la acompañó a la puerta—. Y, por favor, salude a su padre de nuestra parte y dígale que si alguna vez viene a Kilwinnoch, aquí le espera una cena de *bridie*.

—Lo haré, señor Sandino, gracias. Le encantaría su especialidad.

—Espero que su investigación vaya bien y buscaré el vídeo.

Abrió la puerta y el señor Robertson se abrió paso a empujones.

—Joder, ya era hora, hace un frío que pela ahí fuera, Carlo. —Lo siguió una estampida de octogenarios voraces, más excitados que un grupo de adolescentes en un concierto de los Beatles.

—No se olvide de esto. —El señor Sandino le entregó a Walker una bolsa de patatas fritas humeantes y se abrió paso de vuelta al mostrador.

—Bien, ¿quién es el primero? —gritó el señor Sandino, evitando deliberadamente el contacto visual con el señor Robertson, que había apoyado los codos en el mostrador para asegurarse el primer puesto.

—¡El primero soy yo, coño! —ladró de vuelta el señor Robertson.

—Ja, ja, como siempre. —El señor Sandino sonrió cálidamente a su cliente más leal, pero también más beligerante.

Quince

—Un regalo para ti —dijo Walker—, dejando la bolsa de patatas fritas aún calientes sobre el escritorio de Mullens. En el corto paseo hasta la comisaría, había luchado valientemente para no caer en la tentación y solo se había comido tres, todo un récord personal.

Mullens dejó al instante lo que estaba haciendo.

—¿Es lo que me estoy imaginando? —abrió lentamente la bolsa manchada de grasa y la olió—. Oh, Dios mío. Te quiero. ¿Quieres casarte conmigo?

—Inconcebible a tantos niveles —se burló Walker—. ¿Dónde está el inspector jefe?

—Aquí —la cabeza de Bone asomó por debajo de la cafetera—. Buscando un paquete nuevo de café colombiano. ¿Alguien ha comprado últimamente?

Silencio.

—Decir que sois unos cabrones tacaños es quedarse corto.

—Voy yo a por un poco —se ofreció Harper.

—No te preocupes. Es que me vendría bien un chute rápido antes de enfrentarme al depósito. —Bone se enderezó—. Pero tendré que pasar el mono.

—¿Quiere que le acompañe, señor? —preguntó Walker.

—No, no se preocupe. ¿Qué tal os ha ido en lo de Sandino?

—Espectacularmente bien —masculló Mullens con la boca llena de grasa que se enfriaba a toda prisa.

—El chico de Carlo estaba de turno el martes por la noche. Confirmó que Meiklejohn había estado allí sobre las once y veinte —dijo Walker.

—Mierda. Pero a ver qué dice el hombre de negro. El Asesino en Serie Sénior no va a desaparecer del tablón de incidencias todavía.

Walker alzó la vista hacia la pizarra blanca, que se iba llenando de nombres, notas, epígrafes y flechas que se entrecruzaban en todas direcciones. Cuando volvió a mirar, Bone ya se había ido.

El depósito de cadáveres se encontraba en el sótano del hospital comarcal. Aunque era pequeño, normalmente bastaba para la mayoría de las autopsias. Cuando Bone llegó, Cash lo estaba esperando junto a la puerta de la sala de autopsias.

—Ponte esto —dijo, entregándole a Bone una mascarilla, guantes de goma y otro par de encantadores cubrezapatos.

Tras una íntima batalla con un surtido de tiras elásticas, Bone entró detrás de Cash.

El cuerpo cubierto de la agente Garvey yacía sobre la mesa de exploración, el estéril sudario de plástico blanco iluminado por un brillante foco led. A Bone le dio un respingo. Era la peor parte de su trabajo e, incluso después de casi veinte años en la policía, todavía se le podía meter bajo la piel.

—Bueno, pues aquí yace —dijo Cash mientras retiraba la sábana.

Bone inspiró bruscamente.

—La causa de la muerte es, muy probablemente, fractura craneal y lesión cerebral por múltiples impactos de tierra y rocas. —Cash inclinó la cabeza ligeramente hacia la izquierda, revelando una gran herida abierta en el cuero cabelludo—. La víctima también tiene tres costillas rotas, posiblemente sufridas cuando se rellenó el agujero, pero los hematomas se corresponden más con una caída o un empujón, quizá de su agresor.

—¿Y la hora de la muerte?

—Un poco más complicado, como siempre. Pero la decoloración alrededor del abdomen aquí es indicativa de una fase temprana de putrefacción.

Bone tragó saliva con dificultad.

—¿Estás bien? —preguntó Cash.

—Estoy bien, continúa.

—Así que ha estado bajo tierra al menos seis días.

—Entonces, ¿transcurrió poco tiempo entre que se denunció su desaparición y su muerte?

—Yo diría que sí. Hemos hecho una batería de pruebas en la sangre de la fallecida y hemos encontrado restos significativos de ácido gamma-hidroxibutírico. —Alzó la vista—. GHB.

—¿La droga de la violación?

—Así la llama la prensa sensacionalista, pero no hay indicios de agresión sexual. También alcohol, como era de esperar, y diazepam.

—¿Para dejarla inconsciente del todo?

—O quizá tenía su propia receta para la ansiedad o un trastorno del sueño.

Cash cogió con delicadeza la mano izquierda de Garvey —las marcas de las ataduras aún visibles en la muñeca— y le estiró los dedos.

—Encontramos algo más. ¿Ves esto? —dijo, y aisló el dedo índice, girando la uña hacia arriba.

Bone se inclinó para ver mejor. Todavía quedaba algo de suciedad adherida a las uñas, con restos de un esmalte lila casi completamente borrado.

—Hemos extraído algunas fibras de nailon de debajo de esta uña rota. Quizá del agresor, o de una alfombra, un mueble o incluso de la tapicería del coche cuando la trasladaron a la escena del crimen.

—¿O de su propia casa?

—Sí, también cabe esa posibilidad. Estamos buscando coincidencias y, con suerte, tendremos resultados en las próximas horas. —Cash empujó el brazo inerte de Garvey de vuelta a la plancha—. Así que eso es todo. —Sacudió la cabeza—. La vida es tan valiosa, tan desesperadamente frágil, ¿verdad? Un minuto estamos aquí y al siguiente nos hemos ido.

«Oh, Dios, ya estamos», pensó Bone, anticipando otra de las famosas peroratas existenciales de Cash.

—Y en unos años, nadie se acordará siquiera de nosotros —continuó Cash, cubriendo el cuerpo de Garvey con la sábana—. Tantas vidas de paso, simplemente extinguidas, desaparecidas. —Se quedó inmóvil un instante, mirando el sudario de plástico—. La futilidad de la existencia.

—¿Estás seguro de que este es el trabajo adecuado para ti, Andrew? —sonrió Bone.

—Mi trabajo me sirve para recordar que más vale que nos pongamos manos a la obra, o se acabará antes de haber empezado...

—Vale, de acuerdo, gracias, Andrew —lo interrumpió Bone—. Será mejor que me vaya entonces y aproveche el poco tiempo que me queda.

Cash acompañó a Bone a la puerta.

—Lo siento, Duncan. Esto debe de ser duro después del caso Cucú-Tras.

—He tenido días mejores —admitió Bone.

—Te haré llegar esos resultados cuanto antes. —Cash le sujetó la puerta.

Bone asintió educadamente, pero en cuanto Cash desapareció de nuevo dentro, subió corriendo las escaleras y se metió en el aseo más cercano. Entró a trompicones en un cubículo, lo cerró de un portazo y echó el cerrojo. El cuerpo destrozado de la agente Garvey en la plancha le había traído algunos de los recuerdos más oscuros del caso Cucú-Tras que había pasado meses intentando borrar de su mente; imágenes grotescas de agentes de policía moribundos y muertos, de seres queridos afligidos y furiosos gritándole a la cara, y la sonrisa burlona de Meiklejohn segundos antes de que la bomba casera explotara.

Buscó a tientas el pañuelo en el bolsillo de su traje y se lo llevó a la cara y a la boca. Hizo cinco o seis inspiraciones cortas, inducidas por el pánico, y contó lentamente hacia atrás desde veinte, una técnica que había aprendido en terapia. Otras dos o tres y su corazón se ralentizó, sus respiraciones se hicieron más profundas.

Siguió contando: doce... once... diez. Gradualmente, su respiración se normalizó. Se secó el sudor de la frente con el pañuelo, abrió la puerta y se tambaleó hasta el lavabo. Abrió el grifo del agua fría y se echó agua en la cara para intentar recuperarse y calmar el estruendo que sentía en la cabeza. Al alzar la vista y ver su expresión demacrada y angustiada, distinguió una figura encapuchada de pie justo detrás de él. Esta levantó la cabeza, dejando a la vista un pómulo carbonizado ya familiar y una cuenca ocular vacía.

—Mi viejo amigo —siseó la criatura.

Bone se giró aterrorizado, pero en lugar de la aparición, el sorprendido forense flotaba frente a él.

—¿Estás bien? —Cash se acercó a Bone.

Bone se quedó medio paralizado mientras el mundo real volvía a irrumpir en su cerebro, como un coche estrellándose contra un muro. Se apoyó en el lavabo y se frotó la cicatriz inconscientemente.

—Sí —masculló Bone—. Me pasa de vez en cuando. No es nada. Solo un efecto secundario de la operación —mintió, y por la expresión de Cash, estaba claro que él también pensaba que era mentira.

—Todo este asunto del imitador es la peor pesadilla para cualquier detective, pero para ti es como volver a visitar el infierno.

—Estoy bien. Es importante que atrapemos a este animal antes de perder a otro agente.

—Pero tu salud también es importante.

—Estoy bien, de verdad —dijo Bone, y con un intento de asentimiento tranquilizador, salió del aseo.

«Con suerte, Cash no informará de esto a los de arriba», pensó, y se dirigió hacia el aire respirable y el mundo exterior.

Dieciséis

La grandiosa casa del fiscal McLean se encontraba en Horsewalk Avenue, probablemente la única calle de Kilwinnoch que podía calificarse de pija. Para los que tenían ambición en el pueblo —y eran más bien pocos—, era el lugar al que aspiraban. En cuanto al resto de la chusma, miraba a los residentes de aquel paraíso de pareados bordeado de árboles con auténtico desprecio o como una cueva de Alí Babá repleta de botín en potencia. Mientras Bone y Walker se acercaban a la imponente mole eduardiana de ladrillo rojo, dos agentes uniformados junto a la verja principal los examinaron con la mirada.

—Inspector jefe de detectives Bone e inspectora de detectives Walker. Mostraron sus acreditaciones colgadas del cuello.

Uno de los agentes asintió.

—¿Está dentro? —preguntó Bone.

—Sí, pero no recibe a nadie —dijo el agente uno, dando golpecitos en el asfalto con la puntera de su bota Doc.

El otro se ajustó la radio que colgaba precariamente de su chaqueta amarilla.

—De acuerdo —respondió Bone. Siguió adelante, atravesó la verja y subió por el camino de entrada hacia la casa.

Un tercer agente uniformado merodeaba junto a la puerta principal de roble, impecablemente pintada.

—Inspector jefe de detectives Bone —le dijo Bone al agente.

—Hola, señor, señora. Soy la agente Willits, una de las agentes de enlace asignadas. El señor McLean está rechazando nuestra ayuda.

—Lo sé. Me lo han dicho Zipi y Zape, los de la verja.

Willits intentó disimular una sonrisa.

—¿Está usted sola? —preguntó Bone.

—No, mi compañero está en la puerta de atrás.

—Entonces, ¿cuánto tiempo lleva ahí solo?

—Unas cuantas horas, señor, quizá dos. No estoy segura.

—¿Y está usted segura de que está ahí dentro?

—No ha salido de la propiedad.

—¿Y vivo? Quiero decir..., ¿no ha hecho ninguna tontería?

—Oh, no había pensado...

—Joder. —Bone negó con la cabeza, consternado, y golpeó la pesada aldaba de latón contra la maciza puerta. Tras un momento, volvió a golpear, y luego una tercera vez, cada golpe más fuerte que el anterior. Ninguna respuesta. Arrodillándose, empujó la ornamentada boca del buzón de latón y miró dentro. Un vestíbulo impresionantemente espacioso conducía a una gran escalera de caoba que subía en espiral hasta el primer piso. Pero no había ni rastro de McLean.

Acercando la cara al buzón, Bone gritó por la abertura:

—¡Señor McLean, soy el inspector jefe de detectives Duncan Bone!

Bone hizo una pausa y escuchó. Llegaron ruidos de algún lugar al otro lado de la casa. Luego se oyó un fuerte estrépito, seguido de gritos ininteligibles. Bone lo intentó de nuevo.

—¡Señor McLean, es la policía, abra! —Bone pensó en subir el nivel de autoridad, pero sospechaba que no serviría de nada—. ¿Podemos entrar por detrás? —le preguntó a la agente de enlace.

—Sí, señor, por aquí.

Los detectives siguieron a la agente por un lateral de la casa, subieron por un sendero y, esquivando los cubos de basura, se colaron por una puerta estrecha en un alto muro de ladrillo con cristales rotos incrustados en el cemento de la parte superior.

—¿La propiedad tiene sistema de seguridad, circuito cerrado de televisión, ese tipo de cosas? —le preguntó Bone a la agente de enlace mientras rodeaban un invernadero.

—No estoy segura, señor. Tendría que preguntárselo a Zipi y..., eh..., a los dos agentes de la verja. Puede que ellos lo sepan.

Una vez pasado el invernadero, se encontraron en un jardín trasero considerable y hermosamente cuidado, con los arriates recortados, un césped grande e impecable y un estanque que se hacía pasar por un lago interior.

—Está claro que nos hemos equivocado de profesión —dijo Walker.

Cuando llegaron a la esquina trasera de una moderna ampliación acristalada, Bone miró a través de una de las imponentes puertas plegables que se extendían por todo el alto y ancho de la pared posterior.

—Ahí está —dijo Willits.

—¿Dónde? —preguntaron Bone y Walker al unísono, con las caras pegadas al cristal.

—A través de esa puerta, al fondo de la cocina —Willits dio un golpecito en el cristal con el dedo.

—Ah, sí —dijo Bone.

McLean estaba apoyado en un escritorio, con la cabeza entre las manos e inclinado hacia delante.

Bone tamborileó contra el cristal con los nudillos. McLean lo ignoró. Volvió a golpear el cristal, esta vez con más fuerza. McLean levantó la vista por un momento, con el rostro desprovisto de expresión.

—Soy el inspector jefe Bone —articuló el detective.

McLean finalmente se levantó.

Un momento después, una puerta en el lateral de la ampliación se abrió lentamente.

—Señor McLean —dijo Bone.

McLean regresó a la casa. A mitad de la cocina, se detuvo.

—¿Y bien? —exclamó— ¿Van a entrar?

—Espere aquí por ahora —le dijo Bone a la agente de enlace—. La llamaré si la necesito.

Le hizo un gesto a Walker y entraron tras McLean.

—Antes de que se lancen con su discurso de «lamentamos mucho informarle» —dijo McLean, volviendo a su escritorio al fondo de un espacioso despacho—, ya sé que han encontrado a mi mujer y, para ser sincero, nunca esperé otro desenlace. Rebuscó entre los papeles esparcidos por la mesa.

—Lamentamos mucho su pérdida —dijo Bone, a pesar de la advertencia de McLean—. Esperábamos que...

—¿Esperanza? —replicó McLean con brusquedad.

Bone reparó en una botella medio vacía de Macallan sobre el escritorio.

—Lo único que podemos esperar es que muriera en el acto y no sufriera —dijo McLean.

—Creemos que probablemente sea así, señor —respondió Bone.

—Todo esto es muy difícil. Los movimientos de McLean se volvieron más frenéticos. De repente, se detuvo. —¿Y quién es esta mujer? Señaló a Walker de forma acusadora.

—La inspectora de detectives Walker, señor. Nos vimos brevemente el otro día. Ella clavó los ojos en él.

—Pensé que era una de esas malditas agentes de enlace con las familias. ¡Que Dios me libre de sus perogrulladas vacías! —Hizo una pausa—. Usted estuvo en el caso Meiklejohn con él, ¿verdad? —preguntó, con un tono acusador que seguía en aumento.

—Sí, señor.

—Bien, entonces sabrá cómo su jefe jodió por completo la acusación. Cogió la botella y sirvió un generoso doble en un grueso vaso de cristal tallado.

—El sospechoso llenó su piso de trampas explosivas, señor —replicó Walker—. Y el inspector jefe Bone casi muere en la explosión.

—Y ahora, de vuelta al trabajo. —McLean tomó un buen trago de whisky—. Como una rosa y apto para el servicio.

—Sí, señor —respondió Walker con enfado y miró a su jefe.

—Y ahora tenemos un mártir que inspira a fanáticos a seguir sus pasos. ¿Es así como lo interpreta, inspector Bone?

—Nuestras investigaciones siguen en curso, señor, y, por supuesto, le mantendremos informado de cualquier novedad —

respondió Bone, negándose a morder el anzuelo.

McLean se terminó el whisky y se sirvió otro vaso.

—¿Está seguro de que debería...? —dijo Bone.

—¿Qué, beber? —se burló McLean—. ¿Espera que afronte el asesinato de mi mujer sobrio? —Engulló otro sorbo—. Aparte de venir a informarme de su continua incompetencia, ¿hay algo más en lo que pueda ayudarles? Como pueden ver, estoy extremadamente ocupado y necesito repasar mis expedientes para el juicio de mañana.

—No estoy seguro de que deba usted trabajar, señor —dijo Bone.

McLean soltó una carcajada fuerte y cínica. —¡Tiene gracia!

—Me temo que quizá se le pida que confirme la identidad de su esposa en el hospital comarcal.

—Sí, eso ya lo sé, inspector jefe Bone. Soy el fiscal jefe. Sé cómo funciona.—Levantó el vaso y luego lo estrelló contra el escritorio— ¿Eso es todo? Preferiría que se fueran ya.

—Siento su... —empezó de nuevo Bone.

—Ahórreselo. —McLean levantó una mano. Los detectives se dieron la vuelta para marcharse, pero Bone se detuvo.

—Solo una pregunta más —dijo.

McLean suspiró y apoyó las manos en el escritorio con impaciencia.

—La noche de la desaparición de su esposa...

—Y de su brutal y evitable asesinato, inspector —le espetó McLean.

—¿Tuvieron una discusión? —perseveró Bone.

—¿Cómo? —McLean hizo una mueca.

—¿Intercambiaron algunas palabras? ¿Quizá estaba enfadado porque ella saliera?

—¿A qué viene esto?

—Solo intentamos reconstruir el estado de ánimo de su esposa esa noche; si estaba disgustada, podría haber afectado a su comportamiento.

—Nosotros no discutíamos, inspector —replicó McLean con vehemencia.

—Todas las parejas discuten, es parte de una relación sana, ¿no? —intervino Walker.

—Nosotros *nunca* discutíamos. No sé a dónde quiere llegar con esto, pero su presencia en mi casa y el hecho de que usted esté en este caso me irritan cada vez más. Por favor, váyase ahora mismo, inspector, y llévese a su... —hizo una pausa para reconsiderar sus palabras— ...colega con usted.

—Ha salido a la luz que su esposa tuvo una charla muy personal con una amiga íntima en el pub esa noche —insistió Bone.

—¿Quién?

—Estamos intentando esclarecer los hechos, señor. La amiga íntima dijo que su esposa describió su relación con usted como... —se volvió hacia Walker, quien abrió su libreta de forma teatral y, tras un rápido vistazo, dijo— Tóxica.

—¡Ya he tenido bastante de esto! —dijo McLean, poniéndose en pie de un salto.

—Continuó describiendo cómo usted había intentado prohibirle que asistiera a la fiesta de cumpleaños y que la menospreciaba, acosaba y controlaba sistemáticamente.

¡Quiero que se vaya *ahora*! —bramó McLean.

—¿Se consideraría usted un marido maltratador, señor McLean?

—Si no se va en este mismo instante, llamaré a su jefe y haré que lo saquen de mi propiedad por la fuerza —gruñó McLean. Se dirigió a la puerta de su despacho, con todo el cuerpo temblando de rabia, o quizá de miedo— Acaba de perder toda esperanza de salvar su puesto, inspector jefe Bone. Adiós.

Sostuvo la puerta y los detectives salieron.

De vuelta en el jardín, Walker metió los puños en los bolsillos de su abrigo. —Creí que le iba a soltar una hostia.

—Sí, un gilipollas de primera.

—Pero ¿estás seguro de que ha sido buena idea buscarle las cosquillas? Quiero decir, es un enemigo bastante formidable.

—Quiero que sepa que sabemos quién es. Si está implicado en el asesinato de la agente Garvey, su furia conmigo podría hacerle

tropezar con sus propias mentiras.

—¿Y si no lo está?

—Incluso si no tuvo nada que ver, nuestro santurrón pilar de la comunidad y maltratador de mujeres se merece todo lo que le venga encima.

—Solo espero que sigamos en el cuerpo para llevarlo a cabo —dijo Walker.

—Los matones siempre la acaban pagando, siempre lo hacen —replicó Bone, y se dirigió a la verja.

Diecisiete

Tras otro turno largo y agotador, Bone no se veía con ánimos para volver a su piso vacío. En su lugar, se desvió hacia el Hotel Kinloch, un tres estrellas anodino y corporativo, situado inoportunamente en el extremo más alejado de la ciudad y lo bastante cerca de la planta de tratamiento de aguas residuales como para añadirle un fragante atractivo. Diseñado para viajeros de negocios y turistas despistados, solía estar desierto y era, por tanto, un escondite ideal para que Bone disfrutara de una copa tranquilo y sin que nadie lo molestara.

El camarero levantó la vista de un vaso con sorpresa cuando Bone entró en el desolado salón.

—Buenas noches, señor —dijo el joven, excesivamente acicalado y muy perfumado, con entusiasmo, pero con un aire de desesperación.

—Una 80 Shilling... —Bone se apoyó en la barra para leer la llamativa placa amarilla con el nombre del camarero—. Zak.

—Eh..., lo siento, señor, la de 80 se nos ha acabado.

—¿Guinness?

—Esa también se nos ha acabado.

—Joder —masculló Bone—. ¿Has tenido mucho jaleo antes? ¿Un autocar de futbolistas o algo?

—Qué va, señor, es que se echa a perder porque no la bebe nadie.

—No es la mejor publicidad para tu bar —comentó Bone.

—No..., sí..., ¡ja! —rió Zak, nervioso—. Tenemos Tennent's y esta nueva *pale ale* de... —Asomó la cabeza por encima de la barra para leer la placa del surtidor, y una ráfaga de loción para después del afeitado le dio a Bone en plena cara—. Estonia, creo. La verdad, es usted el primer cliente desde la hora de comer, y ha sido un albañil que solo ha entrado a usar el servicio. Es una auténtica mierda, pero me pagan por limpiar estos vasos limpios, así que a mí me da igual —respondió, perdiendo su falso acento del South Side.

—Una Tennent's estará bien —dijo Bone.

—Siéntese y ahora se la llevo.

—Vaya, qué bien me tratas —se burló Bone—. A ver si te vas a dar un tirón por el camino.

Zak se rió y se giró para escoger un vaso limpio de la vasta selección que tenía expuesta detrás de él. Tras dudar un instante sobre qué silla vacía elegir, Bone se decidió por una junto a la chimenea de imitación de carbón.

—Aquí tiene —dijo Zak instantes después.

—Qué rápido.

—Sí, estoy totalmente desaprovechado aquí. —Entrecerró los ojos para mirar a Bone de nuevo—. Es usted policía, ¿verdad?

—Correcto. ¿Tanto se me nota?

—No, es que lo reconozco. ¿Inspector Bone?

—Correcto de nuevo. ¿Has pensado en unirte al cuerpo? —bromeó Bone.

—Sí..., no..., ¡ja! —volvió a reír Zak—. Es usted el del Cucú-Tras, ¿no?

—No es exactamente como yo me defino —replicó Bone.

—Seguro que no se lo puede creer.

—¿El qué?

—Que ese chiflado ande suelto otra vez.

—¿De qué estás hablando?

—Tiene que haberse enterado, ¿no? —Zak puso una cara que lo hacía parecer aún más joven.

—¿Enterado de qué? —El entusiasmo del camarero empezaba a irritar a Bone.

—Espere. —Corrió detrás de la barra y regresó con un periódico —. Aquí tiene.

Bone se lo arrebató de la mano y lo desdobló. La portada le gritó en la cara:

El Cucú-Tras Vuelve a Matar

El subtítulo era tan sutil como una alcantarilla:

Un Policía con Daño Cerebral Dirige la Búsqueda del Psicópata

Debajo había una foto de Bone en una de las primeras ruedas de prensa y una segunda en la que lo sacaban sin miramientos en camilla del piso de Robert Meiklejohn, destruido por la bomba.

—¡Mierda! —rugió y tiró el periódico sobre la mesa.

—¿Va todo bien? —preguntó Zak, alarmado.

Bone dejó un billete de diez de mala manera sobre la barra y salió furioso.

—¿Y el cambio? —le gritó Zak.

Pero Bone ya se había marchado.

Dieciocho

El archivero, Sam Tozier, consultó su reloj: las 21:48. Dejó los aparejos de pesca en el recibidor y subió al piso de arriba. —Ya me voy al lago —le dijo a su mujer, asomando la cabeza por la puerta del dormitorio, pero Carol, una sufrida viuda de pescador, o al menos eso diría ella, ya estaba dormida con las manos aún aferradas a su libro. Se inclinó y le quitó el libro con cuidado, retiró los cojines que tenía apoyados detrás y la observó mientras se acomodaba poco a poco en un sueño profundo. Apagó la luz y salió sigilosamente.

Ya en el coche, metió de cualquier manera los aparejos de pesca en el maletero y se sentó al volante. Dejó una bolsa de lona en el asiento del copiloto, abrió las correas y examinó rápidamente el contenido. Miró por el retrovisor y, con un dedo tembloroso, se limpió una costra seca de saliva de la comisura de la boca, procurando no cruzar la mirada consigo mismo. La vergüenza que veía en sus ojos era insoportable. Arrancó y puso rumbo al lago Braebank.

Cuando llegó al desvío junto al lago, volvió a mirar la hora: las 22:12. *Mierda.* Pisó el acelerador con más fuerza y continuó hacia las colinas que se alzaban frente a él.

Al acercarse al aparcamiento de Foresthills, a unas tres millas más adentro de los Campsies, redujo la velocidad. Y, cuando se aseguró de que estaba vacío, entró y condujo hasta el extremo más

alejado del cercado perimetral. Apagó el motor y las luces, y el aparcamiento se sumió en la oscuridad.

Se le aceleró la respiración a medida que el miedo se intensificaba. Sacó un archivador de la bolsa de lona y luego salió del vehículo. Manipulando torpemente el móvil, encendió la linterna y avanzó a duras penas por el aparcamiento, con el haz de luz danzando erráticamente de un lado a otro en su puño crispado. Cuando llegó al límite opuesto, movió el móvil hasta que el haz de luz iluminó un cobertizo de madera castigado por la intemperie, resguardado junto a una hilera de altas coníferas. Se acercó arrastrando los pies, entró y deslizó el archivador bajo el banco de madera del fondo.

De vuelta en el aparcamiento, se giró bruscamente, mientras la luz de la linterna se balanceaba y rebotaba en la oscuridad. —He hecho lo que queríais —gritó, pero el viento se llevó su voz.

Se giró de nuevo, explorando con la luz los rincones más alejados y, después, otra vez hacia la entrada. Pero allí no había nadie. Por un segundo pensó en recuperar los documentos y afrontar las consecuencias, pero entonces volvió a meterse de un salto en el coche y arrancó el motor. Un leve movimiento en el retrovisor le llamó la atención. Estaba a punto de volverse cuando algo le tiró de la cabeza con fuerza hacia atrás contra el reposacabezas.

Instintivamente, lanzó un puñetazo hacia arriba para defenderse, pero solo consiguió golpearse en la mejilla. Tenía algo alrededor del cuello que le oprimía la tráquea y lo asfixiaba. Pateó los pedales para hacer palanca, pero el motor del coche rugió y la presión en su garganta se intensificó. Un dolor agudo, como una aguja, le recorrió el cuello y vislumbró una jeringuilla en el puño enguantado del agresor. Se ahogó en un *ayuda* inaudible, pero los pulmones le ardían. La mano enguantada se movió ligeramente, permitiéndole tomar una bocanada de aire, pero el alivio fue breve. Le apretaron algo áspero contra la cara, y la nariz y la boca se le llenaron de un hedor nauseabundo y dulzón. Se le nubló la vista y, en cuestión de instantes, perdió el conocimiento.

Diecinueve

A la mañana siguiente, Bone irrumpió en la sala de operaciones, todavía furioso por lo que había leído la noche anterior.

—Entonces, ¿quién es el bocazas? —bramó al equipo.

Todos se giraron sorprendidos.

—¿Habéis visto los titulares? —prosiguió.

—Vaya sarta de gilipolleces —Mullens fue el primero en saltar—. No he sido yo, desde luego. No me mearía encima de ninguno de ellos ni aunque tuvieran los cojones en llamas.

El resto del equipo negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—Nadie de aquí ha dicho ni una palabra, señor —dijo Walker, intentando calmar la situación.

—Es esa comadreja de McKinnon. Alguien le está filtrando información y luego todas las demás ratas de cloaca se hacen eco —gruñó Bone.

—Pues no sale de aquí. Todos nos cubrimos las espaldas los unos a los otros… y a usted también, señor —insistió Walker.

Bone se calmó. —Tenemos que procurar que siga siendo así.

—Creo que quizá tenga que hablar con ellos otra vez para mantenerlos a raya un poco más de tiempo —añadió Walker—. Puedo hacerlo yo si quiere.

—Todavía no. Esta mañana tenemos trabajo que hacer. Ya hablaré con ellos más tarde. Se retiró hacia la máquina de café.

Walker lo siguió.

—¿Está bien? —le preguntó.

—Como si no fuera ya bastante difícil buscarle las cosquillas al fiscal más importante del país. Intentó esbozar una sonrisa. Gracias por el ofrecimiento. Pero tienen que oírlo de mí.

Se acercó al tablón del caso y examinó el rastro de pruebas hasta el momento: una macabra galería de víctimas anteriores, el cuerpo destrozado del agente Garvey, las lamentables fotos de ficha policial de Meiklejohn sénior, del oficial jefe McLean y, en la cúspide de la pirámide, el mismísimo Cucú-Tras, que miraba desde arriba con aire de petulante indignación. Bone se pasó un dedo por la cicatriz, sopesando las vías y conexiones durante unos instantes, y luego se volvió de nuevo hacia la sala.

—Will, ¿han aparecido ya esos expedientes?

—Sigo esperando respuesta de archivos, señor —replicó Harper —. La última vez que comprobé, todavía los estaban buscando.

—¿Que han desaparecido todos?

—Al parecer, sí.

—Esto se pone cada vez mejor —exclamó Bone. Salió furioso por la puerta.

En el sótano, Bone se acercó al archivero, que estaba ocupado con el móvil. Esperó unos segundos y luego perdió la paciencia.

—Disculpe —dijo bruscamente.

El archivero levantó la mano y continuó con su charla. Bone dio un manotazo en el mostrador. El archivero levantó la vista, sorprendido.

—Ahora que tengo su atención —gruñó—. ¡Suelte el teléfono ahora!

El archivero se despidió rápidamente y colgó. —¿Sí? —le dijo a Bone, mirando por encima de sus bifocales.

—Inspector jefe Bone. ¿Dónde está Sam Tozier?

—Oh, lo siento, señor —dijo el archivero con aire avergonzado—. El señor Tozier lleva un par de días de baja. Me han mandado de Denny para cubrirlo. —Escondió el móvil debajo de un montón de papeles sobre la mesa—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Un compañero mío ha bajado antes a preguntar por la carpeta de Meiklejohn. ¿La ha encontrado ya?

El archivero jugueteó con el material de oficina que había sobre la mesa. —Lo siento, señor, pero no.

Bone suspiró. —¿Dónde está el libro de registro de salidas?

—Sí, está... —El archivero rebuscó por la mesa, buscando debajo de su ejemplar de *Good Homes*, pero no encontró el libro. Se detuvo un segundo, pensativo.

Bone arrastró los pies. —Tómese su tiempo —suspiró.

—Ah, sí —dijo el archivero con una sonrisa de alivio, y se agachó debajo de la mesa como si se hubiera caído en el hoyo que él mismo estaba cavando. Instantes después, reapareció con el tesoro enterrado—. ¡Bingo! —dijo con una sonrisa avergonzada. Despejando un espacio en la mesa, colocó el libro de registro y se lo giró a Bone para que pudiera leer.

Bone abrió el libro y, pasando las páginas hasta las entradas más recientes, las repasó en orden cronológico inverso. A mitad de la página, su dedo se detuvo.

—¿Quién es? —Bone señaló un garabato ilegible.

El archivero se inclinó sobre la mesa y torció el cuello para intentar ver. Bone le dio la vuelta al libro con impaciencia.

—No estoy seguro —dijo el archivero—. Lunes veintisiete... —Se subió las gafas por el puente de la nariz—. Solo llevo aquí un par de días. Esto es de la semana pasada. —Examinó el garabato de nuevo —. Creo que pone ¿R. Gallacher? ¡Qué firma tan espantosa!

Bone volvió a mirar la entrada. —¿Qué solicitó?

—La verdad es que no lo sé.

—Joder, no tengo todo el día —espetó Bone—. Estoy en medio de una investigación criminal de gran envergadura.

—Permítame que anote el número de entrada y se lo miro —dijo el archivero, y copió rápidamente el número de seis cifras—. Necesito usar el ordenador, señor.

—¿O sea que los registros se archivan en un libro a mano y se registran en el ordenador?

—Así es el sistema. Ya sé que es bastante arcaico. Creo que tiene que ver con evitar un único punto de fallo o algo así.

—¡Haga el favor de mirarlo! —exigió Bone.

El archivero se escabulló por una puerta al fondo de la recepción, y Bone continuó revisando el libro de registro. Unos minutos más tarde, el archivero regresó, sonrojado y ligeramente sin aliento.

—Vale, disculpe la tardanza. He tenido que solicitar una contraseña nueva y...

—¿Qué solicitó el superintendente jefe Gallacher?

—Disculpe. Sí, solicitó unos expedientes personales.

—¿De quién? —replicó Bone.

—He apuntado el nombre. —El hombre levantó el pósit y se puso a leer—. El Archivo de Expediente Personal... —Hizo una pausa y levantó la vista—. Inspector jefe Bone. Usted, señor.

—¿Yo?

—Eso es lo que figura en el registro.

Bone se quedó mirando al archivero un segundo y luego se dio la vuelta para marcharse. —¡Encuentre los expedientes de Meiklejohn! —Salió furioso de la oficina.

Veinte

Bone abrió la puerta del despacho de Gallacher con tanta fuerza que se estrelló contra la pared de al lado. Estaba a punto de estallar en un arrebato de ira acusadora cuando vio a una mujer con un traje elegante sentada en una silla junto al escritorio del superintendente jefe de la unidad.

Gallacher se echó hacia atrás, sorprendido, y atajó a Bone antes de que pudiera empezar. —Inspector jefe Bone, le presento a la investigadora especial Tennyson. Viene de la Central de Edimburgo.

Bone miró de reojo a Tennyson, que se levantó y lo saludó con un seco asentimiento de cabeza.

—¿Tennyson? ¿En serio?

—Me temo que sí. Sarah Tennyson. Mis compañeros me llaman Santa Mirren —respondió ella sin el más mínimo atisbo de sonrisa.

Bone escrutó con la mirada a la alta desconocida de pelo corto a cepillo, que le devolvió la mirada con la misma ferocidad. —¿A qué debemos el placer de una visita de Asuntos Internos?

—Siéntese, inspector jefe Bone —le ordenó Gallacher.

Bone se dejó caer lentamente en la silla de enfrente, con el cerebro preparado para lo que fuera que se avecinaba.

—Como investigadora especial de la PIRC, el procurador fiscal me ha ordenado que investigue una denuncia que se ha presentado —empezó Tennyson.

Bone detectó el deje cantarín de un acento de Morningside. *Colegio de pago*, pensó. El cuello de la blusa vuelto hacia arriba, que asomaba por encima de la chaqueta del traje, era para él una prueba concluyente de su probable estatus privilegiado.

—¿Una denuncia sobre qué? —espetó él.

Metió la mano en el bolso y sacó un sobre. —Me han ordenado entregarle una notificación de conducta —dijo, y la sombra de una sonrisa le curvó el labio.

—¿Qué? —bramó Bone— ¿Por qué?

—Como ya le he dicho, se ha presentado una denuncia y estamos siguiendo el procedimiento habitual, inspector jefe Bone —continuó Tennyson.

—Déjeme adivinar quién se ha quejado... —dijo Bone, poniendo los ojos en blanco.

—No estamos autorizados a revelar esa información.

—Bueno, no hace falta ser detective de policía para deducirlo. Supongo que por eso ha estado usted husmeando en mi expediente personal. —Bone le lanzó a su jefe una mirada fulminante.

—Nos preocupa su gestión del caso, inspector jefe Bone —intervino Tennyson antes de que Gallacher pudiera responder.

—Creía que hablábamos de una denuncia concreta —replicó Bone, y añadió—: Y creo que se dice «señor», investigadora especial Tennyson.

—Hace poco que se ha reincorporado al trabajo tras un periodo de baja por enfermedad, ¿es correcto?

—¿O sea que ahora esto es un interrogatorio? —contraatacó Bone.

—Inspector jefe Bone, la investigadora especial está aquí para asegurarse de que la investigación actual avance rápidamente y sin ningún cambio de liderazgo innecesario —terció Gallacher al fin.

Su intento de tranquilizarlo no surtió efecto en Bone. —La investigación está avanzando y seguirá avanzando si dejan de hacerme perder el tiempo aquí.

—Necesitaré entrevistarlo a usted y a su equipo, pero no tengo intención de obstruir la investigación —dijo Tennyson.

—*Mi* investigación, señora Tennyson. Estamos todos bastante ocupados intentando atrapar a un asesino de policías, por si no se había dado cuenta.

—Me temo que no tiene más remedio que cooperar conmigo. Cuando investigo un asunto dirigido por el Servicio de la Corona y la Procuraduría Fiscal, tengo potestad para entrevistar, interrogar, detener, arrestar y denunciar para su enjuiciamiento —insistió Tennyson—. Y es «investigadora especial Tennyson, señor».

—Vaya farsa. —Bone se puso en pie.

—Siéntese, inspector jefe Bone —insistió Gallacher. Luego se volvió hacia Tennyson—. Gracias, investigadora especial Tennyson. El inspector jefe Bone dará instrucciones a su equipo para que coopere plenamente con su investigación.

Tennyson asintió y, cogiendo su maletín, salió de la habitación.

—¿Qué cojones está pasando, Duncan? —dijo Bone, lanzando su primer misil verbal.

—Podría preguntarte lo mismo —replicó Gallacher.

—Primero amenazas al padre de Robert Meiklejohn y luego acusas al oficial jefe McLean —el jodido marido afligido de la víctima — de malos tratos, y ni siquiera voy a mencionar el titular del *Chronicle* de esta mañana.

—Entonces, ¿cuál de estos encantadores pilares de nuestra comunidad ha enviado a la señorita de los cojones? —Bone ya no podía contenerse.

—Te advertí que mantuvieras esto bajo control. Pensé que estabas preparado, pero está claro que este caso es demasiado para ti y que has vuelto al trabajo demasiado pronto.

—Meiklejohn y McLean son personas de interés. Estamos haciendo nuestro trabajo, algo que tú claramente has olvidado cómo se hace.

—No te pases, Bone. No tienes ni idea de la presión que soporto para mantenerte en este caso. No solo te juegas el cuello tú, ¿sabes?

Bone volvió a sentarse. —Señor, me temo que este lunático imitador pueda volver a atacar pronto. Estamos llevando este caso lo más rápido que podemos para intentar detener a ese cabrón. Si me

aparta ahora, desestabilizará a todo el equipo y el caso podría desmadrarse.

—Olvida que se desmadre, Duncan. Por lo que veo, esto ya es un puto desastre —Gallacher se desplomó en su escritorio—. Solo tienes que calmarte y dejar en paz a McLean. Va a por ti. Y no podré detenerlo ni a él ni a ninguno de sus sicarios.

—Tenemos pruebas de malos tratos.

—¿De dónde sale eso?

—De una compañera de la agente Garvey, que resulta ser una de sus mejores amigas.

—Es circunstancial. Tú lo sabes y McLean lo sabe de sobra también. Y si la prensa, que parece enterarse de cada puto pedo que nos tiramos, se entera de que estás acosando al marido de la víctima, destrozará esta unidad.

—Cuando acepté volver, prometiste que nos dejarías hacer nuestro trabajo en paz. Un escudo humano, dijiste —replicó Bone.

—Esto es el puto Hiroshima, Duncan. Deja estar al fiscal, por favor.

Bone negó con la cabeza. —Será mejor que vaya a decirle al equipo que Mary Poppins va a pasarse para malgastar el poco tiempo que ya tenemos.

—Baja los putos humos, ¿vale? —le advirtió Gallacher.

Bone cerró la puerta de un portazo al salir.

Cuando Bone le comunicó al equipo que Asuntos Internos había aterrizado, se cuidó de subrayar que era su culo el que estaba en el punto de mira y el de nadie más, pero sus compañeros no se lo tragaron. Mullens declaró inmediatamente poco menos que la Tercera Guerra Mundial a la Central de Edimburgo, explicando con detalles gráficos y perturbadoramente sangrientos lo que le gustaría hacerles a todos. Bone agradeció que le arroparan, pero la presión sobre la investigación aumentaba y se estaban quedando sin tiempo a marchas forzadas. Necesitaban un avance, y pronto, antes de que el mundo se les viniera abajo. Por lo tanto, bajar la presión sobre

Meiklejohn y McLean, como había insistido Gallacher, no era una opción.

Le pidió a Baxter que revisara los registros telefónicos de McLean la noche en que Garvey desapareció y en los días cercanos, y que buscara trapos sucios recientes sobre Meiklejohn.

—Pero con discreción, ¿vale? No queremos levantar más ampollas, al menos por ahora.

Se acercó a la pizarra y recorrió de nuevo con la vista la bien ordenada telaraña de imágenes, sospechosos y pistas, esperando un milagro. Había algo que se le escapaba, algo que no lograba comprender. Alzó la vista hacia la foto de la ficha policial de un joven Meiklejohn, tomada unos años antes de su obra maestra. Se volvió hacia Baxter.

—Revisa el historial penitenciario de Meiklejohn y consígueme los nombres de sus compañeros de celda y de sus visitantes.

—¿Todos? —Los ojos de Baxter se abrieron de par en par, horrorizados.

—Una lista completa —replicó Bone—. Puede que esto venga de más atrás de lo que pensamos.

Menos de una hora después del encuentro inicial de Bone, Tennyson lo había convocado para una entrevista. Se había instalado en una de las salas de interrogatorios, un intento de intimidación, reflexionó Bone. Cuando entró, Tennyson estaba sentada en una silla detrás de un escritorio, de cara a la puerta. Sonrió secamente y lo invitó a sentarse enfrente, en una silla que había colocado justo al otro lado del escritorio.

—No le retendré más de lo necesario, inspector jefe Bone —dijo Tennyson, con la mano suspendida sobre una tableta, cuya pantalla le iluminaba el rostro.

—Adelante —espetó Bone, tomando asiento y acercando la silla al escritorio para contrarrestar la intimidación.

—Estuvo de baja por enfermedad el pasado junio, cuando sufrió una grave lesión en la cabeza a raíz de una explosión, ¿es correcto?

—Ya sabe que es correcto —dijo Bone.

—¿Y usted dirigió el equipo en el caso del asesinato de Robert Meiklejohn?

—¡Sí! Joder.

—Entonces, cuando recibió un paquete por correo que contenía una grabación de la muerte de la agente Garvey, debió de causarle bastante angustia.

—Mire, no tengo tiempo para estos jueguecitos —replicó Bone.

—El informe médico de la policía afirma que usted sufría un grave TEPT causado en parte por la lesión cerebral.

—Ya empezamos —suspiró Bone.

—¿Cómo está su TEPT ahora?

—Pregúnteselo a mi equipo de psicólogos.

—Ya lo hemos hecho. Quería preguntárselo a usted.

—Por las nubes ahora mismo. No sé qué podría llegar a hacer —gruñó Bone.

—Solo intento determinar su estado de salud, inspector jefe Bone.

—Salud mental.

—El martes de esta semana, usted visitó a John Meiklejohn, ¿es correcto?

—Es una persona de interés. Mi compañero y yo fuimos a su propiedad, si es que se le puede llamar así, como parte de nuestras pesquisas.

—¿Qué ocurrió allí?

—Le hicimos algunas preguntas. Nos fuimos.

—¿Y amenazó o maltrató físicamente al sospechoso de alguna manera?

—Una sugerencia excelente, pero no. Llevamos a cabo nuestro interrogatorio con la máxima profesionalidad, investigadora especial Tennyson.

—¿Y luego interrogó al oficial jefe McLean?

—No fue un interrogatorio.

—¿Una indagatoria?

—Habíamos recibido información sobre su matrimonio y la relación con su esposa. Necesitábamos aclarar algunas cosas.

—Con un marido afligido y destrozado. ¿Le parece profesional?

—Es para lo que estamos entrenados —respondió Bone—. Investigar posibles pistas.

—¿Y persistió en su interrogatorio a pesar de que el señor McLean le pidió que abandonara su propiedad?

—No lo llame así. No fue un puto interrogatorio.

—¿Suele perder los estribos, inspector jefe Bone? ¿Es ese uno de los síntomas del TEPT?

—Muy buena. Un diez sobre diez. Está usted desaprovechada en Asuntos Internos; debería venir a la UDR con nosotros. Estaríamos encantados de tenerla.

—Solo una última pregunta, por ahora.

—¿Por ahora? ¿Va a haber más de esta mierda?

—Ya le he explicado mi función, inspector jefe Bone. Cuando esté satisfecha de tener suficientes detalles, me aseguraré de hacérselo saber. —Una sombra de sonrisa se dibujó en sus labios— En su opinión profesional, ¿por qué cree que este supuesto imitador tiene un conocimiento tan detallado del caso y por qué cree que le envió la grabación a usted?

—Esas son dos preguntas, en mi opinión profesional.

—¿No le parece bastante extraño?

Bone negó con la cabeza, y entonces las piezas encajaron. —Ah, ya lo pillo. —Se rió a carcajadas ante lo absurdo de la idea— ¿Cree que estoy relacionado con esto de alguna manera, es eso?

Tennyson continuó tecleando notas en su tableta.

—En mi estado postraumático y altamente agresivo, en uno de mis momentos de locura, decidí enterrar viva a la esposa de un compañero. —Se puso en pie— Y quizá también estuve detrás de todos los demás asesinatos e inculpé a Meiklejohn, una víctima inocente de mi psicosis. Y ahora necesito otra dosis de asesinato. ¿Es eso?

—Eso es todo por ahora, inspector jefe Bone. Si necesito hablar con usted de nuevo, se lo haré saber —dijo Tennyson, volviendo a su tableta.

—Y estoy seguro de que el procurador McLean estaría más que encantado de actuar como fiscal en mi juicio y terminar lo que ha empezado aquí —añadió Bone.

Tennyson levantó la vista y sonrió de nuevo. —Gracias por su cooperación, inspector jefe Bone.

Veintiuno

Olvidándose por un momento de la prensa acampada a las puertas de la comisaría, Bone salió por la entrada principal y los reporteros se abalanzaron sobre él como una jauría vociferante de hienas hambrientas, con los flashes de sus cámaras centelleando y crepitando. Se abrió paso a empujones mientras los juntaletras histéricos se codeaban por hacerse un hueco y le lanzaban preguntas en un estruendo simultáneo de ruido blanco. Una vez más, McKinnon estaba en primera fila.

—¿Está perdiendo el control, inspector jefe Bone? —gritó por encima de la cacofonía—. ¿Está en condiciones de dirigir la investigación?

Bone agarró a McKinnon por el cuello de su mugrienta chaqueta encerada y lo empujó con todas sus fuerzas contra la turba. El hombre trastabilló y cayó de lado en la acera. Algunos de los periodistas se giraron y le sacaron fotos tirado en el suelo, revolviéndose y exagerando el drama. Alguien empujó a Bone por detrás, y este se abrió paso violentamente entre el grupo de periodistas y salió rápidamente al otro lado, a la calzada.

—Por aquí —dijo Walker, guiando ahora a Bone.

Fueron a paso ligero hasta un coche cercano, con los periodistas pisándoles los talones, y se metieron dentro. Walker echó el cierre centralizado.

—¿Ve esto? Cierre centralizado. Es una cosa nueva que tienen los coches hoy en día —dijo ella, arrancando el Audi de la empresa—. Metió la primera con brusquedad, dejando un reguero de reporteros que tropezaban tras él.

—Gracias —dijo Bone.

—¿En qué estaba pensando al empujar a ese reportero? —cambió a tercera bruscamente.

—No es un reportero cualquiera. Es esa larva de estiércol, Colin McKinnon, del *Chronicle*.

Ella continuó conduciendo a gran velocidad, cruzando la ciudad en dirección a Braebank Loch.

—¿Adónde vamos? —preguntó Bone.

—A tomar un café —contestó ella.

Cuando llegaron a la orilla más cercana del lago, entró en el aparcamiento. Salió del coche y él la siguió hasta la ribera. El diminuto lago estaba completamente en calma, con la superficie como una lámina de cristal perfecta y enmarcado por una cadena de suaves colinas verdes, muy lejos del barullo del que acababan de escapar. Walker bajó de un salto a la pequeña playa de guijarros e inspiró larga y profundamente. Tras unas cuantas bocanadas más de oxígeno purificador, se volvió hacia Bone.

—¿Qué está pasando? —preguntó por fin.

—Creo que ese cabrón de McLean ha llamado a su Gestapo.

—¿Contra usted?

—¡Sí! —Bone chutó un guijarro por la playa.

—¿Puedo serle franca? —continuó Walker.

—No esperaría menos.

—Le conozco desde hace mucho tiempo y nunca le he visto comportarse de forma tan irracional.

—Han sido unos días duros.

—¿Qué esperaba? Esto siempre iba a ser una pesadilla, pero lidiar con pesadillas es nuestro trabajo. Es para lo que nos entrenan, día sí, día también.

Bone se arrodilló y cogió una piedra plana. —Quizá Gallacher tenía razón y no estoy preparado. Hizo saltar la piedra sobre la

superficie. El guijarro rebotó cuatro o cinco veces, creando múltiples ondas en el lago, y luego se hundió.

—Si piensa eso, debería retirarse.

Bone levantó la vista. Walker seguía mirándole fijamente.

—Hablo en serio.

Observó cómo las ondas se desvanecían de nuevo en el agua. —No puedo hacer eso. Cogió una segunda piedra.

—¿Y por qué no?

—Necesito terminar lo que nunca se terminó.

—Exacto, y por eso tiene que mantener la cabeza fría —se dio un golpecito en la frente—. No me puedo creer que le esté diciendo yo que mantenga la cabeza fría. ¿Qué es lo que nos dice siempre?

—La emoción es el enemigo de la investigación —contestó Bone.

—Eso es, y usted se está comportando como un gilipollas emocional —añadió, y sonrió—. Señor. Echó un vistazo a una cabaña de madera al fondo del aparcamiento.

—Invito yo —dijo.

La diminuta cafetería de madera estaba desierta y decorada con media docena de mesas y sillas de plástico baratas. Se sentaron y un joven barbudo de pelo largo y descuidado salió de la trastienda de la cabaña, con aspecto un tanto sorprendido.

—Buenos días, Fergus —dijo Walker mientras él se acercaba a su mesa, y tras él flotaba el penetrante olor a cigarrillos de hierbas.

—Inspectores —dijo él con leve espanto—. ¿Qué les pongo?

—Tomaré lo que estés fumando —dijo Bone.

—¿Cómo dice? —respondió Fergus con pánico en los ojos.

Walker intervino para salvarlo. —Dos cafés solos, uno con dos de azúcar.

—Sí, sin problema —dijo Fergus, y volvió para pelearse con la cafetera.

Poco después regresó y colocó con cuidado las bebidas sobre la mesa. Se quedó un momento como si fuera a decir algo, pero luego, frotándose los ojos, se retiró a la trastienda.

—Bébaselo —ordenó Walker.

Bone dio un sorbo. —Gracias. —Levantó la vista—. Dios, qué bueno está.

—El mejor barista colocado de la ciudad.

—No, me refiero a gracias por esto.

—Solo digo lo que usted ya sabe.

—¿Tregua?

—Tregua. —Walker sonrió y dio un sorbo—. Joder, tiene razón. Me pregunto cómo estarán sus pasteles.

—Ilegalmente buenos, probablemente.

—He estado pensando de nuevo en nuestros dos sospechosos y, para ser sincera, no me convence ninguno de los dos. —Walker volvió al trabajo.

—¿Que no te convencen?

—Su culpabilidad. —Dejó la taza en la mesa—. Meiklejohn no es más que un pobre viejo alcohólico, roto y loco, y McLean... bueno, es cierto que es un mal bicho, y no me cabe duda de que maltrataba a su mujer, pero no hay nada que indique que la mató.

—¿Y si está intentando incriminarme?

—¿Qué?

—Esa es la razón, bueno, una de las razones, por las que estaba tan alterado. Ese investigador de Edimburgo prácticamente me acusó de haberlo montado todo.

—Eso es una locura.

—No, si el fiscal jefe les está vendiendo la historia de que estoy desequilibrado.

Walker removió su café.

—Y puede que, de alguna manera, haya embaucado a Meiklejohn, usándolo de algún modo —continuó Bone.

—Vaya, esa es una teoría bastante elaborada.

—A veces tienes que llevarlo al extremo para saber cuánto te queda para traerlo de vuelta.

—Increíble.

—¿El qué?

—Las gilipolleces incomprensibles que le salen por la boca a veces, señor —bromeó—. Y ahora, ¿qué?

—Seguimos escarbando discretamente en el pasado de McLean.

—Pero si usted cree que le está tendiendo una trampa, ¿cómo va a detenerlo antes de que nos arrastre a todos con él?

—La verdad saldrá a la luz. Siempre lo hace.

—La verdad es que no estoy segura de que tenga razón sobre los motivos de McLean. Creo que su comportamiento podría tener más que ver con la culpa y con encubrir su misoginia. Pero como usted dice, merece la pena escarbar en el pasado de ese capullo. Hay que pararle los pies sea como sea.

Se terminaron los cafés y Fergus reapareció de la trastienda, aún más colocado.

—Gracias. Que tengan un buen día, agentes —dijo con una amplia y ensoñadora sonrisa.

—Tú también —contestó Walker.

Ella y Bone se levantaron para irse.

—Estoy bastante segura de que ahí arriba tiene un huerto con luz ultravioleta —dijo Walker, señalando la trampilla del desván mientras salían.

—Bueno, no seré yo quien se interponga entre cinco años de cárcel y el mejor café del oeste de Stirlingshire, ¿y tú? —sonrió Bone.

—¿Así que ya tiene la cabeza en su sitio? —Walker volvió a darse un golpecito en la sien.

—Pérdida momentánea de la señal. El poli cabrón de cara dura ha vuelto.

—De acuerdo, me alegro de oírlo, señor. Pero más bien cara de pasmado, si quiere mi sincera opinión.

—Será mejor que volvamos al tajo antes de que alguien más la cague por completo en este caso.

—Es una cuestión de honor ver cuál de los dos es el primero en conseguirlo —contestó Walker.

De vuelta en el coche, sonó el móvil de Bone. Escuchó un momento y luego se giró hacia Walker. —Es Baxter. Tiene el nombre de un exrecluso que compartió celda con Meiklejohn durante casi dos años.

—¿Se sabe dónde está esa persona ahora?

—Adivina —dijo Bone.

Walker arrancó el coche.

Veintidós

En contraste con el forúnculo setentero de la comisaría de Kilwinnoch, la prisión de alta seguridad de Braefells, en el culo de Falkirk, era el equivalente forúnculo victoriano y ruinoso, diseñada por psicópatas presbiterianos para infligir los castigos más físicos que la Iglesia pudiera imponer a cualquier criatura viviente. En los últimos años, el Servicio Penitenciario de Escocia había intentado modernizarla para evitar una reconstrucción total, pero el resultado no era tanto un zurullo pulido como un restregón de excremento, inhabitable hasta para el más inhumano de los humanos. Bone llamó al timbre de seguridad junto a una puerta blindada con paneles de acero. En él se leía: «Solo visitantes».

—¿Estás bien? —Bone miró a Walker, que parecía un poco aprensiva.

—Odio las cárceles —dijo ella con una mueca.

—No están hechas para que gusten —replicó Bone—. Y menos esta.

El timbre chirrió y zumbó, y una voz graznó a través del diminuto altavoz.

—Perdone, no lo he oído bien —dijo Bone.

—Tienes que pulsar el botón para hablar —dijo Walker, señalando el panel.

Bone volvió a intentarlo.

—Nombre y preso al que visitan, por favor —dijo la voz a través de la estática.

—El inspector jefe Bone y la inspectora Walker. Venimos a ver a Derek Grechan.

El timbre volvió a chillar, y la puerta sonó con un «clanc», un «clic» y se abrió lentamente. Apareció un corpulento funcionario de prisiones con una camisa blanca de Bri-Nylon.

—La identificación, por favor —dijo con severidad.

Bone y Walker mostraron obedientes sus acreditaciones. El funcionario las examinó un instante y luego los hizo pasar. Le siguieron por un pasillo estrecho completamente envuelto en una jaula de acero. Al acercarse a un control de seguridad similar al de los aeropuertos, Bone reconoció a uno de los guardias de la máquina de rayos X.

—Bob, ¿cómo estás? —preguntó Bone mientras colocaba su mochila en una bandeja y vaciaba sus bolsillos.

—Ah, inspector Bone. Se te ve bien, pese a todo —dijo el corpulento agente, señalando con la cabeza la cicatriz de Bone—. ¿Qué te trae al Hotel California?

—Venimos a ver a Derek Grechan.

—Oh, Dios, ese es un cabronazo de mucho cuidado. Buena suerte con eso. —Bob, el guardia, puso una mueca.

—Necesitamos cierta información y espero engrasar un poco los engranajes —dijo Bone, bajando la vista hacia su mochila.

El guardia sonrió, pasó la bandeja por los rayos X, cruzó unas palabras con el otro vigilante que examinaba la pantalla y luego le indicó a Bone que pasara por el escáner.

—Todo en orden, inspector —dijo el corpulento Bob, y te entregó su mochila—. Recoge el resto a la salida.

—Gracias, Bob. Te debo una.

El corpulento Bob sonrió con desdén. —¡Que disfrutéis! No puedo decir que os envidie.

Siguieron al primer guardia hacia las entrañas de la prisión. Cuando llegaron a una tercera puerta, este introdujo un código y continuaron. Otra puerta enrejada los condujo a un atrio con celdas a varios niveles a ambos lados y un entresuelo sostenido por vigas

vistas atornilladas a la obra de ladrillo victoriana que se cernía precariamente sobre sus cabezas. Extrañamente, no había presos a la vista.

—¿Dónde están los reclusos? —preguntó Bone.

—Es la hora de comer en sus celdas —respondió el guardia.

Cruzaron el suelo, atravesaron una cuarta puerta de seguridad y entraron en una sala de visitas austera y sin ventanas, con mesas y sillas dispuestas a intervalos regulares y pantallas transparentes que separaban las mesas en dos. Unas duras luces de neón recorrían la longitud de la sala, llenando el espacio con una luz brutal, de un blanco amarillento, que daba a la sala el ambiente de un matadero.

—Tomen asiento, ahora bajo a Grechan. —El guardia desapareció por la puerta.

—Encantador —dijo Walker, mirando a su alrededor.

—No me da la impresión de que la rehabilitación sea una prioridad para nadie, ¿y a ti? —Bone se sentó en la mesa más cercana. Sacó su cuaderno de la mochila.

Walker se sentó a su lado, y por un momento permanecieron en silencio, absorbiendo el ambiente mientras esperaban a que llegara Grechan. Un par de minutos después, la jaula traqueteó y un hombre de mediana edad, desaliñado, con una sudadera y unos pantalones de chándal caídos, entró en la sala, flanqueado por el funcionario de prisiones y uno o dos guardias más que se habían unido al grupo. Trajeron a Grechan.

—Siéntese, por favor —dijo Bone sin establecer contacto visual con el recluso.

—Joder, ¿qué coño te ha pasado en la cabeza? —dijo Grechan, señalando las heridas de Bone—. ¿Vas a convertirte en uno de esos cabrones blandurrios de *Terminator 2* de un momento a otro?

—Compórtese, Grechan —interrumpió el guardia.

—¿De qué va todo esto? No he pedido ninguna visita —refunfuñó Grechan.

—Esto no es una visita de cortesía —dijo Walker—. Queremos hacerle unas preguntas.

—Ya he acabado de hablar con vosotros, maderos. No creo que pueda soportar el pestazo.

—Cuidado con esa boca —repitió el funcionario y, agachándose, le dio un toque a Grechan en el hombro.

—No pasa nada, agente —intervino Bone, e hizo un gesto al guardia para que retrocediera. Volvió a hurgar en su mochila y sacó una cajetilla de tabaco, luego una segunda y las colocó sobre la mesa.

Los ojos de Grechan se abrieron como platos. —¿Cómo ha...? —preguntó, pero se detuvo cuando Bone colocó una tercera cajetilla sobre la mesa y sonrió. Grechan se deslizó lentamente en el asiento de enfrente.

El guardia se situó a unos dos metros, justo detrás de él, lo bastante cerca para reducirlo si era necesario.

—Soy el inspector jefe Bone y esta es la inspectora Walker —prosiguió Bone.

Grechan miró a Walker con desdén. —Me gusta la compañía que frecuenta, inspector.

Bone retiró una de las cajetillas de tabaco y la guardó de nuevo en su mochila. Grechan resopló y negó con la cabeza.

—Está aquí por asesinato y múltiples cargos de lesiones graves, ¿correcto?

—En defensa propia —replicó Grechan.

—Asesinó a tres miembros de la misma familia en la misma noche —añadió Bone.

—Era una situación de matar o morir.

—En dos mil ocho, fue condenado por agresión y lesiones y cumplió dos años en la prisión de Balmalloch.

—¿Qué? Eso fue hace un montón —respondió Grechan—. Un chalado me atacó en un pub.

—No me diga, ¿en defensa propia? —intervino Bone.

Grechan se encogió de hombros.

—Durante su estancia en Balmalloch, compartió celda con Robert Meiklejohn, ¿es correcto?

El color desapareció al instante del rostro de Grechan. —¿Y qué pasa con él?

—¿Cómo les fue?

—No me gusta hablar de él.

—Tenemos entendido que no es usted tan buena persona.

—No me compare con él —replicó Grechan bruscamente—. Puede que yo tenga un problemilla de genio, pero él tenía un problema con los seres humanos. La forma en que se comportaba me daba un repelús que te cagas.

—¿Sabe si tenía muchas visitas? —preguntó Walker con aire cansado.

—Su viejo solía venir a verlo —dijo Grechan—. Lo recuerdo: cortado por el mismo patrón de zumbado.

—¿Nadie más?

Grechan miró de reojo las cajetillas y Bone devolvió la que había quitado al montón.

—Tenía novia, si se la puede llamar así.

—¿De verdad? —dijo Walker.

—Sí. Ya lo sé. Cuesta creerlo. Lo visitaba bastante a menudo. Él la llamaba de una forma. ¿Cómo era...? Su Recipiente, eso era. Putos raritos. Solía hablarme de ella. Decía todo tipo de guarradas. Decía que la estaba abriendo como una lata de sardinas.

—¿Iba a matarla? —interrumpió Walker.

—No, bueno, no sé, a lo mejor lo hizo al salir. No, se refería a meterse en su cabeza, a meterle sus chorradas, ¿sabe? Como lavarle el cerebro.

—¿Qué le decía que hiciera? —presionó Bone.

—Ni idea, probablemente puras guarradas, fuera lo que fuese. Solía leerme en voz alta algunas de las cartas que ella le escribía. Joder. Decía que se follaría a cualquiera o cualquier cosa por él. Se partía de risa. La estaba jodiendo pero bien.

—¿Recuerda su nombre?

—Nunca dijo su nombre, solo la llamaba el Recipiente.

—¿Qué aspecto tenía?

—Una chavala joven, demasiado joven para él, y muy guapa, pero parecía un poco...

—¿Un poco qué?

—De la acera de enfrente.

—¿Católica? —preguntó Bone.

—No, lesbiana, ¿sabe?

—¿Lesbiana? —aclaró Walker.

—Sí.

—¿Y qué aspecto tiene exactamente una lesbiana? —añadió Walker.

—Bah, ya sabe, tenía ese rollo de «me van las tías».

—Gracias por la aclaración —Walker lo fulminó con la mirada.

—Siempre supe que ese zumbado asesinaría a alguien algún día —continuó Grechan.

—Lo dirá por usted, ¿no? —soltó Walker.

—Entonces, ¿cuánto tiempo duró lo suyo? —intervino Bone.

—No sé, lo trasladaron a los ocho meses.

—¿Pero al menos ocho meses, entonces?

—Oh, sí, por lo menos. Tiempo de sobra para convertirla en una loca de atar.

—¿Y nadie más lo visitaba?

—Que yo sepa, no. No era precisamente Míster Simpatía, ¿sabe?

Bone se puso en pie. —Eso es todo por ahora.

—¿Ya está? —replicó Grechan—. ¿Así que nada de indulto, entonces?

El funcionario de prisiones que estaba junto a la puerta se acercó.

—Vaya, hola, cariño, ¿me has echado de menos? —provocó Grechan al funcionario, que le ordenó que se levantara.

Al rodear la mesa, el recluso arrebató las cajetillas de tabaco y se las metió en los bolsillos del chándal. Al salir, soltó un fuerte chillido, como un cerdo atrapado en una picadora de carne, y luego soltó una carcajada y siguió al guardia de vuelta a su celda.

Veintitrés

De vuelta en comisaría, Harper llamó a Bone a su escritorio.

—Hace un par de días, envié un correo recordatorio al archivo para que rescataran los expedientes de Meiklejohn, incluidos los vídeos —dijo Harper—. Pues bien, acabo de recibir una respuesta... ¿de Sam Tozier?

—Sí, exacto. Es el responsable de allí abajo, o al menos debería serlo —respondió Bone.

—No había ningún mensaje, pero había adjuntado dos archivos —dijo Harper—. Un PDF y esto. —Estuvo a punto de hacer clic en el archivo, pero se detuvo, con el dedo suspendido sobre el teclado.

—Pues adelante —le instó Bone.

Harper abrió el archivo y pulsó el botón de reproducción.

Un vídeo se reprodujo en la pantalla de Harper. La imagen parecía abstracta al principio, y Bone ladeó la cabeza para intentar descifrar lo que estaba viendo. Entonces se dio cuenta. Era un primer plano de una cabeza envuelta por completo en cinta americana negra, con un ojo izquierdo horriblemente familiar al descubierto que parpadeaba frenéticamente. En pocos segundos, el humo llenó la pantalla, acompañado del sonido de gritos ahogados. Y, momentos después, aparecieron pequeñas llamas parpadeantes alrededor de los bordes de la cabeza encintada, los gemidos se intensificaron y el fuego arreció hasta que la cabeza estuvo completamente en llamas; la superficie de la cinta se despegaba y

caía para dejar al descubierto la piel derritiéndose y la carne burbujeante que había debajo; una boca abierta, un pómulo ennegrecido al descubierto y un globo ocular que chisporroteaba y se encogía como un champiñón en una sartén.

Bone se inclinó y aporreó el teclado de Harper. —¡Párelo! —gritó.

Harper pulsó el botón.

Harper levantó la vista hacia Bone, que se cubría la cara con horror.

—¿Es otro? —preguntó Harper, conmocionado.

—Ha dicho usted que había un PDF, ¿no? —dijo Bone finalmente.

—Eh... sí —tartamudeó Harper.

—Pues enséñemelo.

Harper se sacudió para salir de su estupor.

Tras encontrar el archivo, lo descargó y lo abrió. Era una imagen fotocopiada de la placa de policía de Sam Tozier y, debajo, estaban las palabras *¡Cucú, Tras-trás, Cucú Dos!*

—¡Maldito cabrón despiadado! —vociferó Bone.

—¿Qué ocurre, señor? —preguntó Walker, acercándose a él.

—Será mejor que deje que Rhona lo vea —le dijo Bone a Harper —. Necesito tomar el aire.

Arriba en la azotea, Bone dio un portazo a la puerta de la escalera de incendios. El pestillo rebotó y la puerta volvió a abrirse, así que la cerró de un portazo una y otra vez, y luego le dio una patada. Se dirigió furioso al borde del edificio y se asomó por encima de la barandilla. Tras unos instantes de descargar su rabia contra el cielo, se giró de nuevo hacia la comisaría. Una figura acechaba en la penumbra junto al aparato del aire acondicionado. Se acercó, pero la sombra pareció retroceder aún más tras la carcasa metálica.

—¿Quién anda ahí? —gritó.

—Mi viejo amigo —graznó la figura.

Bone reconoció de inmediato la familiar y fina voz nasal de Meiklejohn.

—¡Tú no eres mi puto amigo! —le gritó a su alucinación.

La criatura se inclinó hacia la luz, dejando al descubierto su cráneo carbonizado por la bomba, parcialmente oculto bajo una capucha negra como el carbón.

—¡Estás en mi cabeza! —gritó Bone.

—¿Con quién habla? —La voz de Walker rompió su inoportuno trance.

Se dio la vuelta bruscamente. Ella estaba justo detrás de él, escudriñando la oscuridad que se extendía más allá.

—Rhona. Joder —exclamó Bone.

—¿Con quién habla? —preguntó Walker, mirando hacia la oscuridad.

Bone se frotó la sien palpitante. —Con mi conciencia. —Respiró hondo—. Supongo que ya lo ha visto, ¿no?

—Horrible —replicó Walker, lanzando una segunda ojeada a la pared del fondo—. En Archivos han confirmado que Sam Tozier llamó el jueves pasado para decir que estaba enfermo; hace cinco días.

—¿Qué dijo que le pasaba?

—Migraña. Nada menos.

—¿Tiene pareja?

—No tengo ni idea, pero lo averiguaré.

—También tendremos que rastrear sus movimientos los días que estuvo de baja. —Bone volvió a dar un portazo a la puerta de la escalera de incendios—. ¡Joder! Tenemos que detener a este maníaco. Ahora. Mismo.

Bone volvió a entrar furioso en la comisaría y, con una última mirada a la azotea, Walker lo siguió escaleras abajo.

La reacción de Gallacher ante la devastadora noticia fue extrañamente contenida y, para alivio de Bone, Tennyson no aparecía por ninguna parte. Pero supuso que era solo cuestión de tiempo que llamaran a los peces gordos. Así que, por ahora, siguieron adelante con la investigación, más decididos que nunca a pillar al cabrón y detener los asesinatos.

En las horas siguientes, se le encargó a Harper que revisara el ordenador portátil personal de Tozier en busca de pistas sobre sus movimientos antes de desaparecer. Pero su búsqueda destapó algunos detalles inquietantes sobre la vida privada de Tozier. Un historial de búsqueda reveló que Tozier era un visitante frecuente de un sitio llamado *The Pet Shop*, que resultó ser un infame portal de *dogging*, donde los románticos «con ideas afines» podían compartir sus actividades extracurriculares nocturnas.

Cuando Bone y Walker habían interrogado a la desolada pareja de Tozier, esta les había dicho que Sam se había ido a pescar la noche que desapareció, algo que, según ella, hacía una o dos veces al mes, dependiendo del tiempo. Pero Bone sospechaba que sus aventuras de pesca nocturna tenían que ver con algo bastante distinto a conseguir una buena pieza.

—Cristo, su pobre pareja —exclamó Walker cuando Harper los puso al corriente.

—Sí —dijo Bone, volviéndose hacia la pizarra—. No es precisamente un buen aval para el género masculino, ¿eh?

—Entonces, ¿pudo Tozier haber robado los archivos del Cucú porque lo estaban chantajeando?

—Desde luego, es una posibilidad muy fuerte —convino Bone—. Tozier tenía mucho que perder. —Se volvió hacia Harper—. Ha mencionado un lugar cercano donde se reúnen los *doggers* locales... ¿así es como se llaman?

—Se está confundiendo usted con los LA Dodgers —bromeó Mullens.

—El aparcamiento de Foresthills, señor —respondió Harper.

—Estás muy bien informado, Will —sonrió Mullens.

—Las ubicaciones aparecen en el ordenador de Tozier, y de todas formas, es de dominio público, ¿no?

Mullens puso los ojos en blanco.

—¿La reserva natural? —intervino Bone—. Es un sitio precioso. ¿Qué clase de enfermos le harían eso a un lugar tan especial?

—Gente de perros, seguro —saltó Mullens de nuevo.

El aparcamiento estaba tranquilo, con solo dos coches y una furgoneta blanca aparcados frente a una vista impresionante del valle de Campsie.

—¿Soy yo o este sitio da un poco de yuyu? —preguntó Walker.

—Por desgracia, sí. —Bone se bajó del coche.

Walker lo siguió. La furgoneta blanca arrancó y salió del aparcamiento.

—¿He dicho algo que no debía? —bromeó Walker.

Se separaron. Walker se dirigió hacia un Fiesta aparcado junto a la valla trasera, y Bone fue directo al refugio. Mientras Walker se acercaba al vehículo, la ventanilla del copiloto se abrió una rendija y salió una espesa humareda, seguida de un olor penetrante a hierba que la golpeó en la cara. Dio un golpecito en el parabrisas. Dentro había dos quinquis en chándal. Walker pegó su placa al cristal y, tras unos segundos de movimientos de pánico y nerviosismo, la ventanilla se bajó lentamente del todo.

—Buenas tardes, chicos —dijo Walker—. ¿Qué estáis haciendo?

—Eh... ¿qué? —dijo uno de los chavales, intentando coordinar los labios con el cerebro.

—¿Qué pasa aquí? —aclaró Walker.

—Solo estamos disfrutando de las vistas —continuó el chaval.

El segundo chaval tosió.

—Ya veo. Así que no estaríais participando en un acto lascivo juntos, ¿verdad?

—¿Qué? —replicó el primer chaval, escandalizado, mientras la tos del segundo se intensificaba.

—¿Sabéis que esta zona está bajo vigilancia policial? —mintió Walker.

—Ah, pues... no, no lo sabíamos. —El chaval negó con la cabeza, pero ahora parecía que la paranoia se estaba apoderando de él—. Nos vamos, entonces.

—Eso haréis, pero antes de iros... —intervino Walker.

El chaval la miró fijamente, esperando lo peor.

—Vosotros dos no estaríais por aquí el domingo pasado por la noche, ¿verdad?

—¿Por la noche? —preguntó el chaval.

—Alrededor de medianoche, digamos.

—Joder, no. No me acercaría aquí de noche ni loco.

—¿Así que no os va ese rollo?

—¿A qué se refiere? Joder, no. —El segundo chaval se rió con nerviosismo—. Eso es asqueroso.

—Pero esa cámara de ahí arriba... —Walker señaló vagamente hacia los árboles— podría pensar que a vosotros *sí* os va ese rollo. Así que si yo fuera vosotros, me largaría ahora mismo antes de que os detenga por posesión, ¿vale? Y decidles a vuestros colegas porretas que no se acerquen por aquí tampoco.

—Mierda —dijo el primer chaval. Subiendo la ventanilla, arrancó el motor, dio la vuelta y salió chirriando ruedas del aparcamiento tan rápido como se lo permitió su tartana destartalada.

Walker continuó hasta la esquina más alejada, y entonces, al girarse para buscar a Bone, algo crujió bajo sus pies. Era un frasquito: un vial inyectable.

—Yonquis —masculló. Se acercó para leer la información pegada en el lateral. *Mierda.* Silbó a Bone, que salió del refugio y se acercó a grandes zancadas. —Propofol. —Señaló el vial.

—¿Un juego sexual de pervertidos? —dijo Bone.

—¿O sedación forzada?

—Voy a llamar al equipo de inspección. Creo que podríamos haber encontrado el lugar de pesca favorito de Tozier.

Veinticuatro

Mientras se acercaba a la sala de crisis, Bone vio a Baxter tosiendo en el pasillo de vuelta de su peregrinación dos veces por hora al templo del Golden Virginia. Cuando ella lo vio, lo saludó con la mano.

—Señor —carraspeó.

—¿Tienes ya esa lista de las visitas de Meiklejohn? —la atajó Bone.

—Sí, y me ha costado una puta eternidad. El servicio de prisiones escocés es tan eficiente como el carrito de las bebidas de un tren. Y he encontrado algo más de interés. —Asintió con entusiasmo—. Los registros telefónicos de McLean han revelado algo interesante. —Su voz resonó con un graznido por el pasillo.

—Chist. Joder. —Bone señaló el despacho de Gallacher.

—Perdón, señor.

Juntos, volvieron a la sala de crisis.

Ya en el escritorio de Baxter, ella abrió la hoja de cálculo.

—A ver, primero de todo, he comprobado los registros de visitas entre las fechas en las que Meiklejohn cumplió condena en la cárcel y, durante un periodo de siete meses, recibió frecuentes visitas de una mujer llamada Jennifer Bailey.

—¿Con qué frecuencia? —preguntó Bone.

—Semanales, a veces dos veces por semana.

—¿Y tenemos algo sobre ella?

—Todavía nada, lo cual es muy extraño. Literalmente, no encuentro ni rastro de su existencia más allá de su nombre en los registros.

—Sigue buscando.

—Por supuesto. —Sonrió—. Ahora, McLean. —Cambió de pantalla y abrió otro archivo—. Comprobé sus llamadas en torno a la noche del martes, e hizo tres al mismo número, a las seis y treinta y siete, a las ocho y doce, y luego otra vez a las ocho y treinta y tres. Esa última fue de más de una hora. —Se desplazó hacia arriba—. Luego, cuando retrocedí más, ese número no dejaba de aparecer.

—¿Es un número del trabajo?

—No, es un móvil, registrado a nombre de una dirección en Bearsden.

—¿Y un nombre?

—Sip —dijo Baxter triunfante—. Una tal señorita Claire Shaw.

—¿Trabaja en su bufete?

—No, también he comprobado eso. Trabajaba para una pequeña empresa de marketing, pero lo dejó hace cuatro años.

—Vale, creo que tenemos que averiguar quién es esa señorita Shaw.

—Will, un trabajo para ti —lo llamó Bone.

Harper, que tenía la cabeza medio hundida en el teclado, casi dio un brinco en la silla por la sorpresa.

—Necesito que vayas en coche a casa de McLean y vigiles sus movimientos. Usa tu propio coche.

—¿Yo, señor?

—Sí, tú.

—¿Vigilar su casa, en mi coche?

—Joder, Will. Se llama trabajo policial. Ya te pondré al día cuando estemos menos ocupados.

—¿Como una vigilancia?

—Si tú lo dices. Simplemente aparca a una distancia discreta y anota cuándo llega, y si se va, síguelo.

—Sí, señor —dijo Harper, intentando contener su emoción.

—No te conoce, y no pareces precisamente un poli, especialmente en ese desfibrilador al que llamas coche.

—¡Habráse visto! —interrumpió Mullens.

—Estoy en ello, señor. —Harper sonrió de oreja a oreja.

—Y llámame si se mueve, ¿vale?

—Señor. —Volvió apresuradamente a su escritorio, cogió su chaqueta y salió disparado.

—¿Mark? —continuó Bone.

—¿Sí?

—Tú haz lo mismo con Meiklejohn, pero asegúrate de que no te vea, lo que sé que es pedir un imposible. Un ciego en una ventisca te vería venir.

El pareado de la misteriosa interlocutora de McLean estaba situado en una frondosa avenida a las afueras de Bearsden, uno de los barrios residenciales más selectos de Glasgow. Walker aparcó el discreto coche familiar de la comisaría a tres o cuatro puertas de distancia, y Bone fichó la propiedad.

—Esperemos aquí un poco a ver si hay señales de vida —dijo. Al cabo de unos veinte minutos, resopló y abrió la puerta—. Tú quédate aquí y vigila la calle.

Se acercó a la casa lentamente. Las persianas de la planta baja estaban bajadas, pero había una botella de leche llena en el umbral de la puerta. Se deslizó por el sendero y oteó por el lateral de la casa, donde un Nissan Micra estaba aparcado bajo una marquesina. Llamó a la puerta y se echó para atrás. Ninguna respuesta. Estaba a punto de volver a llamar cuando le sonó el teléfono.

—Mierda —masculló. Buscando a tientas en su abrigo, respondió rápidamente.

—McLean está llegando —advirtió Walker.

—Mierda. —Se zambulló en la cochera y se agachó detrás de un contenedor, justo cuando un Mercedes blanco champán se detuvo.

McLean salió agarrando un ramo de flores comprado en una gasolinera. Se aplastó los mechones rebeldes con la palma de la mano y se dirigió resueltamente por el sendero hacia la casa. Bone se agachó aún más. La puerta se abrió antes de que él llegara, y una mujer apareció con un bebé colgando de sus brazos. McLean le

tendió las flores, pero ella intentó cerrar la puerta, así que el fiscal metió el pie, forzó la entrada y desapareció dentro.

Bone salió sigilosamente de detrás del contenedor y, bordeando hasta la ventana delantera, se inclinó para escuchar. Por un momento todo estuvo en silencio, pero luego se oyeron voces: una mujer gritando, seguida del retumbante barítono de McLean. Bone no pudo distinguir lo que decían, así que se acercó más a la puerta y apretó la oreja contra la superficie. Pero con un fuerte clic, esta se abrió bruscamente. Dio un salto hacia atrás. La puerta se cerró de un portazo con fuerza. Rápidamente, se retiró detrás del contenedor.

La puerta golpeaba y traqueteaba en sus goznes como si alguien intentara abrirla o mantenerla cerrada. Estaba a punto de volver y llamar, temiendo que McLean la estuviera emprendiendo con la mujer, pero se abrió de nuevo de par en par, y McLean salió furioso seguido de su ramo de flores, que le dio de lleno en la nuca. Ignorando el impacto, se retiró a su coche, con una sola rosa todavía colgando boca abajo de su pelo. La mujer cerró la puerta de un portazo, y con un chirrido de neumáticos, McLean se marchó a toda velocidad calle arriba. Cuando no hubo moros en la costa, Bone salió de detrás del contenedor y regresó junto a Walker, que esperaba ansiosa en el coche.

—Parece que nuestro ilustre señor tiene una amante que no parece muy enamorada de él.

—Menudo cabrón asqueroso —dijo Walker.

—Y también hay un crío. —Bone puso los ojos en blanco.

—¿Suyo?

—Eso nos toca a nosotros averiguarlo. Venga. —Bone volvió a salir del coche.

—¿Vamos a verla? —dijo Walker sorprendida.

—Por supuesto.

—¿Pero no deberíamos mantener un perfil bajo por si McLean se entera?

—No estoy de humor para echarme atrás ante ese ser humano repugnante, ¿y tú?

Walker sonrió y lo siguió fuera del coche.

Después de un par de golpes, la puerta se abrió de par en par.

—¡Te dije que te mantuvieras alejado! —vociferó la mujer, pero cuando vio a los detectives sobresaltados, se le desencajó el rostro —. Oh, lo siento —dijo nerviosa.

—Buenas tardes. Soy el inspector jefe Bone, y esta es la inspectora Walker. ¿Podríamos hablar un momento con usted? —Bone le mostró su placa.

—Perdone, ¿quién? —dijo la mujer, con la cara manchada de rímel. Era bastante más joven que McLean, posiblemente de veintitantos años.

—Somos de la comisaría de Kilwinnoch —añadió Bone.

—¿De qué se trata? Tengo a mi hijo. Necesito...

—No tardaremos mucho. Solo quisiéramos hacerle un par de preguntas.

—¿Por qué? O sea, ¿me he olvidado de pagar la gasolina en la gasolinera otra vez o algo?

—No, nada de eso. Es solo parte de una investigación en curso. Solo necesitamos aclarar un par de cosas. ¿Podemos pasar?

—Eh... —los miró a ambos con recelo.

Walker le dedicó una sonrisa tranquilizadora, y ella los hizo pasar.

—Disculpe las molestias —dijo Bone mientras sorteaban el vestíbulo sembrado de infinidad de juguetes—. ¿Podría confirmarnos su nombre?

—Soy Claire Shaw.

—Gracias.

Los llevó al salón, que se encontraba en el mismo estado desolador. El niño estaba junto a la televisión, pintando en la pared con una cera gigante de color rojo sangre.

—¡David, no! —gritó Claire. Corriendo hacia él, le arrebató la cera de la mano al niño.

Él se echó a llorar.

—Lo siento —dijo ella.

Desapareció un instante, dejando a Bone y a Walker con el niño a gritos.

—¿Eso que has dibujado ahí es una casa? —Bone señaló el estropicio en la pared.

El niño dejó de llorar un segundo y miró a Bone con fijeza, luego reanudó su lamento ensordecedor.

—Ha ido bien —susurró Walker.

Claire regresó con un KitKat y, partiendo una barrita, se la entregó al niño, que al instante dejó de chillar, se metió el palo en la boca y sorbió ruidosamente el extremo.

—Siéntense, por favor —dijo la joven madre.

Bone miró a su alrededor, pero todos los asientos estaban a rebosar de juguetes y escombros relacionados con niños pequeños.

—Oh, cielos —dijo la mujer, agarrando juguetes, peluches y puñados de piezas de Lego, y dejándolos caer al suelo.

Bone y Walker se sentaron, pero Walker se levantó de un salto cuando algo chirrió debajo de ella. Metió la mano y sacó un payaso de juguete del sillón, luego lo dejó en la alfombra.

—Bueno, como decíamos, estamos realizando indagaciones como parte de nuestra investigación —continuó Bone.

—¿En qué puedo ayudarles?

—¿Conoce a un hombre llamado Ross McLean?

La expresión de la mujer no parecía segura de qué emoción expresar.

—No, no creo... —empezó, con la voz temblorosa—. No lo conozco, no —dijo sin convicción.

—Señorita Shaw, hemos visto al señor McLean salir de su propiedad hace diez minutos —presionó Bone.

—Oh, ¿el señor McLean? —dijo la mujer con falsa sorpresa—. Solo ha pasado porque me está ayudando con... la posible compra de una propiedad.

—El señor McLean no es ese tipo de abogado.

—Es un amigo de la familia.

—¿Su abogado suele traerle flores? —preguntó Walker.

La madre, cada vez más angustiada, miró a Bone, luego a Walker, y de nuevo a Bone, y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Tranquila, Claire. Puedes hablar con confianza —dijo Walker.

Incapaz de contener sus emociones, la mujer rompió a sollozar y dejó caer la cabeza entre las manos. Bone miró a Walker, le hizo un discreto gesto con la cabeza y se levantó.

—Disculpe, señorita Shaw, tengo que atender esta llamada —dijo, buscando una excusa para que Walker la presionara con delicadeza. Sorteó el desorden y salió al jardín delantero.

—Es que no quiero hacer lo incorrecto —musitó Claire entre un mar de lágrimas.

—No te preocupes, tómate tu tiempo. —Walker sonrió.

—Estoy tan harta de esto —continuó Claire.

Walker sacó un pañuelo limpio de su bolsillo y se lo entregó. —¿Cómo conoces al señor McLean?

La mujer se sonó la nariz. —Nunca se suponía que fuera así, este desastre de vida.

Walker se sentó en silencio y dejó que la mujer se desahogara.

—Me iba bien. Un trabajo genial, amigos... y entonces *él*. —Escupió la palabra.

—¿Qué pasó?

—Pasó esto. —Miró a su hijo, cuya cara estaba ahora casi completamente cubierta de chocolate derretido.

—Nos conocimos en un congreso hace cuatro años. Yo ni siquiera estaba en el mismo. Estaba en la fiesta anual de mi empresa.

—¿Qué haces, Claire?

—Trabajaba para una pequeña empresa de marketing. Me encantaba. —Se mordió el labio.

—¿Así que fue en un hotel?

—Sí. Su fiesta era un evento mucho más extravagante. Barra libre, cena de lujo, orquesta, discoteca. Mi compañera y yo nos colamos. —se sonó la nariz—. Ya sabes cómo son estas cosas. Demasiado alcohol y todo el mundo fuera de su zona de confort. Al momento siguiente, estoy charlando con el fiscal McLean, fiscal jefe de toda Escocia. —hizo una mueca al decir su nombre—. O más bien, él me estaba dando la chapa, y yo me tragué sus patrañas con anzuelo y todo. —se detuvo, suspiró y continuó—. Y entonces una cosa llevó a la otra, y mi vida cambió para siempre.

—¿El niño es su hijo?

Ella levantó la vista. —¿Qué ha hecho?

—Solo intentamos establecer qué clase de hombre es el señor McLean.

—Oh, eso puedo decírselo yo. —Claire frunció el ceño—. Es un gilipollas de primera. Sí, ese es su hijo. Al principio lo negó, incluso me hizo hacer una prueba de ADN.

—Quizá deberías... —dijo Walker, señalando al niño que ahora estaba untando chocolate en la pantalla de la televisión.

—¡David! —exclamó de nuevo la madre, pero él siguió ignorándola. Negó con la cabeza—. ¿Lo ve? No sabía que estaba casado, de verdad que no.

—Lo sé, tranquila —respondió Walker.

—Y el muy cabrón me lo ocultó durante meses. Fui tan estúpida. Su mujer sale en la puta Wikipedia, por el amor de Dios.

—¿Así que te lo hizo pasar mal? —Walker la guió con delicadeza por otro precipicio emocional.

—Al principio pensó que podía simplemente callarme. Su sucio lío de faldas —se enfureció Claire—. Pero conozco mis derechos, y el fiscal jefe Ross McLean también los conoce bastante bien. Para ser sincera, no quería su asqueroso dinero, pero había perdido mi trabajo y estaba a punto de perder esta casa, así que acepté pagos mensuales.

—¿Y los cumplió?

—Oh, al principio sí. —Claire se detuvo de nuevo.

—No pasa nada, no tienes que decirlo.

—No, quiero hacerlo —dijo Claire—. Pero entonces empezó a imponer ciertas condiciones, y si me quejaba, los pagos se detenían.

—¿Qué tipo de condiciones? —preguntó Walker, aunque sospechaba que ya sabía lo que venía.

—Oh, ya sabe, tenía que ser buena con él. —hizo una mueca—. Normalmente, cuando su mujer salía por la noche.

—Terrible. —Walker negó con la cabeza.

—Y cuando me negaba, se ponía agresivo y amenazaba con cortar el dinero o algo peor. Me tenía literalmente contra las cuerdas.

—¿Te pega?

—No, pero ha estado muy cerca. Y cuando le dije que ya no quería su dinero, pensé que iba a matarme a mí o a David. Me da miedo. Es un tipo muy chungo.

—Vamos a detener esto, te lo prometo. —Walker tomó la mano temblorosa de la madre—. Puedo ponerte en contacto con una organización que te ayudará y apoyará.

Claire gimoteó de nuevo.

—¿Quieres que lo haga?

—Solo quiero librarme de él.

—Lo harás —dijo Walker y le apretó suavemente la mano—. ¿Quieres que pida a un agente de enlace que pase a verte?

—Estaré bien. No volverá hoy.

Walker se levantó. —Vale, me pondré en contacto para los siguientes pasos.

La joven madre se unió a ella, la carga sobre sus hombros ahora parecía un poco más ligera.

—Si vuelve más tarde hoy o en cualquier momento, llámame enseguida. —Walker le dio a Claire su tarjeta—. Ya no estás sola. Te cubrimos las espaldas.

—Gracias. —Claire le dio a Walker un fuerte abrazo.

—Ya salgo yo —dijo Walker.

La joven madre volvió con su hijo, que estaba recreando la protesta sucia de Bobby Sands en las cortinas.

Fuera, Walker inspiró profundamente y soltó una larga bocanada de ira.

—¿Y bien? —preguntó Bone.

—Te pongo al día en el coche. —suspiró de nuevo—. Necesito un minuto para calmarme.

Veinticinco

Estirándose hacia el asiento trasero, Mullens cogió su abrigo y rebuscó en los bolsillos, buscando desesperadamente algo que comer. Nada. *Mierda.* Registró los bolsillos interiores. Seguía sin haber nada. *Joder, qué hambre.* Miró en la guantera y luego en los bolsillos laterales de la puerta del coche.

—¡Bingo! —Sacó un paquete de Rolos a medio comer—. Gracias, Dios —dijo, y se metió dos en la boca de golpe—. Y gracias a quienquiera que cogiera el coche la última vez. —Un largo hilo de saliva de color caramelo le goteó sobre el traje.

—Mecagüen... —masculló de forma ininteligible, y después se metió otros dos, con los mofletes ahora hinchados como los de un hámster.

Quedaba uno.*¿Querrías a alguien lo suficiente?*, pensó. *Y tanto que sí, joder.* Se metió el último en un huequecito que le quedaba en el moflete izquierdo. Mascando y sorbiendo, vigiló la ruinosa excusa de casa de Meiklejohn al final del camino, pero no había ni rastro de él, ni de nadie, en realidad.

Tras tragar el equivalente a una tienda de chucherías en azúcar líquido, salió del coche y subió por el camino. Cuando llegó a la verja, se agachó detrás de un desmoronado muro de piedra seca y volvió a echar un vistazo a la casa. Mientras se sacaba un trozo de caramelo de una de sus muelas con corona de oro, Mullens levantó la vista al oír un ruido. Alguien se movía detrás de la casa. Instantes

después, una columna de humo apareció sobre el tejado, y el crepitar y las chispas de una hoguera se hicieron evidentes.

Manteniéndose agachado, se adentró un poco más. Cuando llegó al lateral de la casa, cruzó rápidamente el patio y se zambulló detrás de un remolque oxidado al que le faltaba una rueda. Avanzando con sigilo, entrevió a Meiklejohn echando objetos a una hoguera. Meiklejohn desapareció y, momentos después, regresó con más trastos que arrojó a las llamas. Mullens se acercó para intentar ver qué estaba quemando Meiklejohn, pero le sonó el móvil.

—¡Mierda! —masculló, y, rebuscando torpemente en el bolsillo del traje, sacó el teléfono. Era su padre otra vez. *¡No!* Descolgó por accidente en lugar de cancelar la llamada. Meiklejohn se giró, dejando su pira.

—¿Quién anda ahí? —gritó, a punto de ir a mirar. Pero luego se encogió de hombros y continuó vaciando el contenido de los cajones en la pira, seguido del propio cajón.

—Estoy en medio de un trabajo, papá —susurró Mullens al teléfono.

—Estoy atrapado en el váter, hijo.

—Ahora no, papá.

—Estoy desesperado —gimió su angustiado padre.

Mullens miró de reojo a Meiklejohn, que ahora estaba apoyado en un bastón, contemplando la rugiente pira que había creado.

—¿Que estás atrapado en el váter ahora? —preguntó Mullens, molesto consigo mismo por dejarse llevar.

—No «en», sino «sentado en».

—Ay, Cristo bendito —gimió Mullens—. ¿No puedes llamar a Bill para que vaya a ayudarte?

—¿Quién?

—Me rindo —se retiró por el lateral y volvió al coche—. Aguanta. Llego en unos minutos.

—Date prisa, hijo, no siento las piernas.

Mullens colgó, arrancó el coche y retrocedió por el camino.

Cuando llegó a casa de su padre, la puerta estaba sin cerrar y entró.

—¿Papá? —llamó.

—Aquí —gritó su padre desde el piso de arriba.

—Sí, ya sé dónde está tu puto cuarto de baño —le respondió Mullens, y subió las escaleras de dos en dos. Probó la puerta, pero estaba cerrada con llave—. Papá, ¿puedes abrirme?

—Estoy atrapado en el váter, ¿cómo coño voy a abrirte?

—Vale, vale —replicó Mullens—. Voy a tener que forzar la cerradura.

—Pues no la jodas —le advirtió su padre.

—Pues nada, me deslizo por debajo de la rendija y ya está, ¿no?

—No hay por qué ponerse así —resopló su padre.

—Venga, apártate.

—¿Estás de coña? —gritó su padre.

Mullens le dio un fuerte empujón a la puerta con su hombro de quitanieves y la puerta se abrió de golpe; la cerradura y las astillas del marco salieron volando y se esparcieron por el suelo a los pies desnudos e hinchados de su padre.

—Te he dicho que no la jodieras.

—Entonces te dejo aquí para que las ratas de alcantarilla salgan de la taza y te mordisqueen las gónadas.

Mullens evaluó el aprieto en el que se encontraba su padre. Las enormes nalgas de su padre sobresalían por ambos lados de la taza del váter y sus piernas adquirían un tono morado cada vez más intenso ante los ojos de Mullens.

—Joder, papá, levántate y súbete los pantalones.

—No puedo, hijo. Estoy totalmente atascado. Al tirar de la cadena, creo que debí de crear algún tipo de vacío y se me ha quedado el culo succionado. —Su padre lo miró como un niño perdido, con la cara sonrojada de intentar escapar de las furiosas fauces del inodoro.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Como una hora. Pensé que si lo dejaba un ratito, a lo mejor se rompía el sello.

—Eres increíble —dijo Mullens, desesperado—. Venga, vamos a levantarte.

Rodeó a su padre con los brazos y tiró con fuerza. Nada se movió. Si acaso, la succión se intensificó. Lo intentó de nuevo.

Ambos resoplaron y bufaron durante unas cuantas sacudidas y tirones, pero seguían sin resultado.

—Espera —dijo Mullens. Buscó en la bañera el cepillo de espalda de su padre.

—Un poco de palanca —dijo, metiendo el extremo del cepillo entre las piernas de su padre.

—Eh, oye, cuidado con las joyas de la corona.

Mullens giró y retorció el cepillo hacia delante y hacia atrás y, con un siseo y un pedo, consiguió que entrara algo de aire entre el trasero de su padre y la taza del váter.

—Venga, intentémoslo otra vez —dijo Mullens y, soltando el cepillo, rodeó los hombros de su padre con los brazos y tiró de él con todas sus fuerzas para levantarlo del asiento.

Con un sonoro «pop», ambos salieron despedidos hacia atrás y cayeron con un estruendo tremendo al suelo del baño. El padre de Mullens aterrizó como un luchador de sumo encima de un sonrojado Mullens, sus rostros tensos pegados el uno al otro. Durante uno o dos segundos, permanecieron allí, jadeando de alivio porque la pesadilla había terminado. Pero luego, lentamente, se desenredaron como un par de tortugas gigantes varadas esperando que volviera la marea. El padre de Mullens se dio la vuelta y cayó de espaldas, su desnudez ahora totalmente expuesta a cualquier avión que volara bajo. Mullens se incorporó y, cogiendo una toalla, la echó sobre las partes púdicas de su padre.

—Sigo con las piernas baldadas —dijo el padre.

—Y yo con la paciencia jodidamente baldada —le espetó Mullens —. Necesitas ayuda, papá. Y me refiero a ayuda profesional.

—No pienso meter a ningún enfermero o cuidador en casa. Me van a dejar limpio.

—Ese es su trabajo.

—No, quiero decir que me van a robar.

—No tienes nada que te puedan robar.

—Es que no me fío de ellos.

—Pero no puedo estar viniendo a todas horas. Soy un detective muy ocupado, ¿sabes? Estamos en mitad de un caso.

—No te volveré a molestar. De todas formas, pronto saldré de todo esto.

—Ay, por el amor de Dios, papá. Venga —dijo Mullens y, soportando la mayor parte del peso, ayudó a su padre a levantarse —. Agárrate a la barra y límpiate el culo.

—Puedo hacerlo solo.

—Ya lo he visto todo, colega, y créeme, Brad Pitt va a dormir tranquilo esta noche.

Su padre se limpió y Mullens le ayudó a subirse los pantalones del pijama.

—Venga. Lávate las manos y te preparo una taza de té.

—Ya estoy bien. Vuelve a tu persecución en coche o a lo que sea que estuvieras haciendo.

—Primero el té, vamos.

Juntos, padre e hijo, se arrastraron hasta el salón. Mullens sentó a su padre en su sillón reclinable y encendió la tele. Para cuando volvió con el té, su padre estaba profundamente dormido, roncando como un desagüe atascado.

Veintiséis

—Oiga, Colombo —dijo Bone, dándole un codazo en la espalda a Harper.

Harper despegó la cara de la pantalla del ordenador y se giró.

—Gracias por avisarnos de que McLean venía de camino.

—¿Qué? —replicó Harper.

—Olvídalo.

—Pero lo he seguido. Salió a las once menos diecisiete y le pisé los talones hasta el Tribunal Superior...

—¿Que le ha pisado los talones? —lo interrumpió Bone—. El chaval lleva diez minutos en la calle y ya se cree el puto Harry el Sucio.

—Entró y estuve allí como una hora, pero luego me fui. Di por hecho que se quedaría allí todo el día.

—O no. —Bone negó con la cabeza.

—Mientras estaba por ahí —continuó Harper—, ha sido un poco raro, pero estoy bastante seguro de que un coche me ha seguido hasta allí y luego durante todo el camino de vuelta a la comisaría.

—Y *Corrupción en Miami* ha vuelto a la carga —bromeó Bone.

—Lo digo en serio, era un vehículo blanco..., ¿sabe?, ¿el francés ese con forma de burbuja?

—¿El francés con forma de burbuja? —replicó Bone con sarcasmo —. ¿Ha pensado en dedicarse a otra cosa?

Se volvió hacia Walker e hizo una mueca. —¿Un Citroën blanco..., el que tiene forma de burbuja?

—¿Un C3? —añadió Walker.

—Gracias, inspectora Walker. Buen trabajo. —Bone sonrió—. ¿Está completamente seguro de esto, Harper?

—Totalmente. Me di cuenta a los pocos minutos de salir detrás de McLean y me estuvo siguiendo pegado todo el tiempo.

—¿Jefe? —intervino Baxter desde su posición junto a la ventana.

Bone y Harper fueron a reunirse con ella.

—¿Como ese de ahí? —Señaló hacia el aparcamiento trasero.

Un Citroën blanco estaba aparcado cerca de la entrada.

—¡Exactamente como ese! —replicó Harper con sorpresa.

—¿Y de quién es? —preguntó Bone.

—Es el coche de la investigadora —confirmó Baxter—. La he visto llegar e irse en él, ya sabe, cuando salgo a... —Cogió sus pitillos—. Con su permiso —dijo, metiendo las mejillas para adentro como si buscara partículas de nicotina residual en el aire.

—¿Ah, sí? —bufó Bone—. La investigadora especial Tennyson me está empezando a tocar los cojones de verdad.

—Jefe —lo interrumpió Harper.

—¿Qué? —espetó Bone.

—He estado montando un vídeo con los movimientos del agente Garvey esa noche usando las grabaciones de las cámaras de seguridad de las tiendas de la calle principal. Casi he terminado, pero en Scotsave me han dado esto. —Sostuvo en alto una cinta de VHS.

—Santo cielo —exclamó Bone—. Creía que era el único en esta ciudad con debilidad por lo retro. Seguramente ni siquiera sabe lo que es eso.

—Sí que lo sé, porque el vídeo antiguo de mi madre todavía está en casa. Tengo el equipo necesario para pasar la cinta a un USB. ¿Le parece bien si voy a casa a hacerlo ahora?

—Claro. Vaya. —Le indicó Bone con un gesto.

Harper recogió sus cosas y se fue, y Bone salió detrás de él a grandes zancadas.

Por segunda vez en una semana, Bone abrió la puerta del despacho de Gallacher con tal fuerza que casi la desencajó de las bisagras.

—¿Dónde está la tía borde con esteroides? —gruñó Bone.

—¿Quién? —Gallacher se apartó de un archivador, todavía agarrando una carpeta con papeles que asomaban precariamente por los lados.

—La investigadora especial Tennyson.

—La hemos instalado en uno de los despachos vacíos de la segunda planta. ¿Qué ha pasado ahora?

Bone salió furioso, y los papeles de la carpeta de Gallacher se dieron por vencidos y se desparramaron por el suelo.

Tennyson estaba sentada en un escritorio pegado a la pared del fondo de un despacho casi vacío. Tenía el portátil abierto y el móvil al lado. Cuando Bone entró, ella levantó la vista con calma, como si lo estuviera esperando.

—¿Qué hace siguiendo a mi detective?

—¿Perdón? —dijo Tennyson educadamente.

Bone no se dejó engañar. —Esta mañana ha seguido al agente detectiveHarper.

—Estoy llevando a cabo una investigación sobre acusaciones graves contra usted y la UDR. Estoy haciendo mi trabajo, inspector jefe Bone.

—¿Y qué me dice de las grabaciones de las cámaras de seguridad que ha intentado conseguir? ¿Socavar mi investigación forma parte de sus competencias? —gruñó Bone.

—Haré lo que sea necesario para asegurar que se presente un informe preciso y fidedigno al fiscal, inspector jefe Bone.

—Se ha pasado tanto de la raya que ya vive en el país de la piruleta. ¿A qué está jugando?

—Yo no juego a nada —espetó Tennyson—. ¿Por qué su detective seguía al fiscal jefe McLean?

—Eso es un asunto policial, y hablar del caso podría poner vidas en peligro. Tendrá que tratarlo con mi superior —replicó Bone, intentando darle largas.

—Lo averiguaré de un modo u otro. Tengo acceso a todo desde aquí. —Señaló su portátil.

—Haga lo que quiera. Póngase las botas. Pero como vuelva a meter las narices donde no la llaman, llamaré al comisario provincial más rápido de lo que usted tarda en decir «principal puto sospechoso».

Poco después del cara a cara de Bone con la investigadora, una cara familiar apareció en la puerta de la sala de crisis.

—¿Está el inspector jefe Bone?

Mullens se desentendió momentáneamente de su forcejeo con una bolsa de patatas fritas. —¡Doctor Hacedor de Viudas! —exclamó.

—Widdowson —aclaró el psicólogo criminalista de la comisaría.

—La cosa debe de estar chunga si ha aparecido usted por aquí. La bolsa de patatas de Mullens explotó y lo desparramó todo por el suelo. —Jefe, está aquí nuestro loquero de cabecera. Arrodillándose, recogió puñados de patatas a la sal y las volvió a meter en la bolsa. —Ahora no hará falta agitarlas mucho —bromeó.

El doctor Widdowson hizo una mueca de dolor.

—Sé que probablemente soy la última persona a la que quiere ver —dijo el doctor Widdowson antes de que Bone pudiera hablar—, pero su jefe me ha pedido que eche un vistazo al caso y, como estuve implicado en la investigación de Meiklejohn, he pensado que debía hablar con usted.

—¿Gallacher lo ha llamado?

—Sí, así es.

Bone negó con la cabeza. —No sé qué parte de «estoy al mando de esta investigación» no entiende la gente.

—Lo siento, está claro que he metido la pata. El doctor Widdowson levantó las manos.

—No, discúlpeme. Ha sido un día difícil.

Bone lo hizo pasar a su despacho, una habitación que rara vez usaba. —Perdone el desorden. Apartó un montón de cajas de la entrada y despejó una silla de trastos para que Widdowson pudiera sentarse.

—Cuando me enteré de que había vuelto, me alegré mucho —dijo Widdowson.

—¿Por qué?

—La negación o la exclusión de una trayectoria vital elegida está plagada de problemas. A corto plazo, hizo usted exactamente lo correcto, pero a largo plazo, era importante que volviera a conectar con las opciones vitales que le hacen feliz y le hacen sentirse satisfecho.

Bone asintió.

—¿Y cómo lo lleva?

—¿Ha venido a hablar del caso o de mi caso? ¿Lo ha enviado Gallacher para que le informe sobre mi estado mental?

—Por supuesto que no. Pregunto como un compañero preocupado, no como un loquero.

Bone lo miró con recelo, entrecerrando los ojos. —Estoy bien, gracias por preguntar —dijo bruscamente—. Entonces, ¿ha leído el expediente del caso?

—Sí. Al parecer, tenemos un asesino suelto que intenta replicar de alguna manera los asesinatos de Meiklejohn, ¿es correcto?

—Un imitador.

—Siempre me ha parecido que el término «imitador» es una forma bastante extraña de describir un comportamiento mimético. Tengo tres gatos y, aparte de los patrones genéticos replicativos, rara vez se copian entre sí. Presentan rasgos de comportamiento dominantes que son únicos en ellos, como cabría esperar en todos los seres sintientes.

—¿Adónde quiere llegar? —dijo Bone, ya un poco frustrado con la verborrea de Widdowson.

—Dicen que la imitación es la forma más sincera de adulación, pero a lo que voy es que intentar imitar o replicar patrones de comportamiento para adular a su héroe o heroína es extremadamente peligroso. A menudo conduce al fracaso, la frustración, la decepción y, en última instancia, al resentimiento.

—¿Y al asesinato en masa? —interrumpió Bone—. Los dos casos tienen diferencias significativas.

—Sí, y considerando todas las pruebas hasta ahora, en mi opinión, se enfrenta usted a un narcisista profundamente perturbado; un fantasioso que está proyectando su propia sensación de inutilidad en un comportamiento de idolatría.

—Es un juego peligroso poner a la gente en un pedestal.

—El síndrome de idolatría es una enfermedad mental, y este individuo está mentalmente perturbado. Por eso necesitaba hablar con usted tan urgentemente, Duncan. Creo que este individuo matará o intentará matar de nuevo. Su deseo de emular y «adorar» es compulsivo, pero es inevitablemente contraproducente. El asesinato nunca le satisfará porque la imitación siempre será imperfecta, y así el ciclo continúa.

—Eso es lo que me quita el sueño. Bone suspiró.

—La pregunta es: ¿por qué este asesino idolatra a Meiklejohn? ¿Qué ha desencadenado su obsesión?

—¿Venganza?

—El síndrome de idolatría es similar a la obsesión delirante, en la que el adorador cree que es una figura indispensable en la vida del adorado, y su amor o fanatismo le otorga una especie de vínculo biológico y espiritual por encima de todos los demás.

—Como un acosador.

—Correcto, y si este individuo cree que su héroe fue asesinado ilegalmente o injustamente, y se lo arrebataron, entonces la venganza a menudo puede convertirse en un motivador principal.

—¿Podría ser una trampa? Quiero decir, ¿podría alguien estar fingiendo esta obsesión para ocultar un tipo diferente de venganza?

—Es posible, y podría equivocarme, pero en mi opinión, esto es un síndrome de idolatría de manual. Es demasiado extremo para ser una especie de imitación. La farsa se desmoronaría rápidamente bajo ese tipo de presión sostenida.

—Gracias, Graham, eso es de gran ayuda.

—Una advertencia, sin embargo, Duncan.

—¿Otra más? —sonrió Bone.

—Cuanto más tiempo exista este individuo dentro de la burbuja de fantasía que ha creado para sí mismo, más desquiciado, dañado y desesperado se volverá su comportamiento. —El doctor Widdowson

se puso en pie—. Hay que detenerlo, y más pronto que tarde. —Le dedicó a Bone un gesto de asentimiento amistoso—. Ya sé dónde está la salida. Me alegro de que haya vuelto, y si necesita mi ayuda de nuevo, ya sabe dónde encontrarme.

Bone regresó a la sala de crisis, con la advertencia de Widdowson todavía resonando en sus oídos. Aunque su aprecio por los psicólogos había recibido un duro golpe durante el último año, en el fondo sabía que Widdowson tenía razón. La pieza más importante de este grotesco rompecabezas seguía faltando, y si no la encontraban pronto, otro agente moriría sin duda alguna.

Veintisiete

De camino a Corstorphine, Harper comprobaba el retrovisor cada pocos segundos, pero no había ni rastro del Citroën de Tennyson. Al entrar en el estrecho camino de grava de su bungalow de los sesenta, que parecía de un hobbit, alzó la vista hacia su herencia y suspiró. Cuando su madre falleció, lo primero que pensó fue en venderlo todo y mudarse más cerca de Kilwinnoch y de su trabajo. Un bungalow de lujo para jubilados a las afueras de Edimburgo no era precisamente el imán para novias que esperaba. Pero, tras un par de meses viviendo allí solo, sin que su madre le estuviera dando la matraca continuamente, se acostumbró y, en secreto, empezó a gustarle, aunque nunca se lo admitiría a nadie, y menos a sus compañeros de trabajo. Así que ahora, dieciocho meses después de la muerte de su madre, seguía allí, aún rodeado de las pertenencias de ella, aún conduciendo su viejo Honda Jazz —o, como lo llamaba Mullens, el andador con ruedas— y aún sin novia.

Dentro, Harper rescató el viejo vídeo de su madre del fondo del armario, todavía abarrotado de su ropa y su vasta colección de zapatos. Llevó el viejo aparato al salón, instaló el equipo, enchufó los cables y conectó su portátil al dispositivo del siglo XX. Cuando terminó, hizo una pausa y se preparó un café, usando la cafetera que su madre había traído de sus vacaciones en la Toscana justo antes de morir.

De vuelta junto al vídeo, lo encendió todo. El aparato zumbó e hizo unos chasquidos, y su portátil cobró vida. Sacó dos cintas del maletín, metió la primera en la ranura y le dio al *play*. El aparato trepidó y, finalmente, una imagen granulada en blanco y negro apareció en la pantalla. Giró la pantalla para ver mejor. Era una vista aérea de la calle lateral, adyacente al aparcamiento del Scotsave, tomada supuestamente desde el tejado del supermercado. El contador de la esquina inferior marcaba las 22:23 del martes 28 de septiembre. La imagen parecía estática.

Harper avanzó rápidamente hasta las 23:35 y continuó la reproducción. La misma escena, sin movimiento. Pero entonces, en un rápido destello, un coche pasó a toda velocidad. Harper rebobinó y volvió a reproducirlo, pero el destello era demasiado fugaz para que la vetusta tecnología lo captara, y la imagen en pausa se deterioró hasta convertirse en ruido estático. Expulsó la cinta e introdujo la segunda. Esta vez, el vídeo estaba grabado desde el lado opuesto del aparcamiento, junto a la entrada, con una vista clara de toda la parte delantera del mismo. La calidad de la grabación también era un poco más nítida.

Harper avanzó hasta el momento crucial. La agente Garvey entró en plano a trompicones y cruzó el aparcamiento tambaleándose. Un coche apareció en la entrada, se acercó, la rodeó y se detuvo a su lado. Harper se inclinó más para intentar identificar la marca y el modelo.

—Mierda —jadeó al reconocer de inmediato la distintiva forma protuberante del Saab de Bone.

Continuó mirando, boquiabierto. El coche seguía a Garvey sigilosamente. Ella se detuvo y se giró. La puerta del copiloto se abrió. Garvey retrocedió, tropezó y cayó de costado. La puerta del conductor se abrió y una figura saltó fuera, corrió alrededor del coche, se arrodilló a su lado y, tras un instante, ayudó a Garvey a levantarse y a sentarse en el asiento del copiloto. El coche arrancó hacia la barrera de salida. Se detuvo y el conductor alzó la vista hacia la cámara. Harper volvió a reproducirlo, deteniéndose en el momento crucial. La cinta parpadeó, pero esta vez la primitiva tecnología cumplió y los rasgos del conductor se veían con claridad.

—¡*Oh, miiierda!* —balbuceó Harper.

Se giró al oír un golpe repentino en algún lugar detrás de él. Se levantó de un salto y examinó la habitación. Un segundo golpe provino de la parte trasera de la casa. Pulsó el botón de expulsión del vídeo, cogió la cinta, corrió al pasillo y la metió a presión detrás de la caldera en el armario de la ropa blanca. Luego, entrando sigilosamente en la cocina, sacó el cuchillo más grande que pudo encontrar del cajón de los cubiertos y regresó por el pasillo hasta la parte trasera de la casa.

Con el cuchillo en ristre, abrió de un empujoncito la puerta de la habitación de invitados, pero estaba vacía. Comprobó el dormitorio de su madre. Nada. Al final del pasillo, tiró de la puerta trasera y, para su sorpresa, se abrió. Su rutina de seguridad cada mañana y cada noche era obsesiva, así que dejar la puerta sin cerrar con llave mientras estaba en el trabajo no formaba parte de su ADN. Se inclinó y examinó la cerradura. El marco de la puerta estaba partido alrededor del pestillo, con claras señales de haber sido forzada.

Salió al jardín trasero y examinó la valla perimetral. Todo estaba en calma. Volvió a entrar, cerró la puerta, le echó el doble cerrojo y regresó al salón. Bajó la vista hacia el vídeo. La segunda cinta había desaparecido.

«¡*El teléfono!*», le gritó su mente, pero, antes de que pudiera girarse, lo agarraron violentamente por detrás.

Alzó el cuchillo instintivamente, pero una mano enguantada le retorció la muñeca hasta que el hueso crujió y el cuchillo cayó al suelo. Otra mano, alrededor de su garganta, apretó hasta que ya no pudo respirar. Lanzó una patada y su pie conectó con una mesita auxiliar, haciendo volar los preciados adornos de su madre. El asaltante lo arrastraba ahora hacia atrás, en dirección a la cocina. En la puerta, se aferró al marco, pero entonces le apretaron un paño empapado en un producto químico contra la cara, asfixiando sus vías respiratorias con vapores sofocantes y malolientes.

Cloroformo, dedujo, pero tras una breve y fútil lucha, quedó inconsciente.

Veintiocho

En la planta baja del edificio, el hijo de una de las vecinas de Bone estaba jugando en las escaleras. Había cubierto casi todo el rellano con piezas de Lego, creando una obra de arte infantil digna de la Tate Modern.

—¿Qué tal, campeón? —dijo Bone mientras intentaba cruzar con cuidado aquel océano de plástico de colores.

—Esta es mi ciudad —dijo el crío mientras colocaba otra pieza justo delante del pie izquierdo de Bone.

Su madre, una adolescente azorada, apareció en la puerta.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó— Lo siento muchísimo, Duncan.

—No te preocupes, Fiona —dijo Bone para tranquilizarla, mientras seguía haciendo equilibrios a la pata coja—. Menuda ciudad. Me encantaría vivir ahí, Gregor.

Pero el niño estaba demasiado absorto en su planificación urbanística para responder.

—Gregor, deja pasar al señor Bone. Corrió hacia él y levantó al niño en vilo de su metrópolis multicolor para que Bone pudiera pasar.

El niño pataleó y lloró.

—Por el amor de Dios, ya has puesto la casa patas arriba con tus trastos y ahora te vienes aquí fuera —se quejó. Apartó las piezas con el lateral del pie y despejó un camino para que Bone avanzara.

—Se lo está pasando bien, y si así te lo quitas de encima, pues estupendo. Bone se rió y se abrió paso hasta el primer rellano.

—Sí, puede que tengas razón —respondió ella con una sonrisa cansada.

Volvió a dejar al niño en el suelo, y este se puso de inmediato a reparar los daños del terremoto. Negando con la cabeza, ella regresó a su piso.

—A tu ciudad le falta un aeropuerto —le dijo Bone al niño, que dejó lo que estaba haciendo, levantó la vista y sonrió; luego, despejó un espacio frenéticamente.

Al llegar a su rellano, Bone vio una caja de sorpresas de colores vivos sobre el felpudo. *Qué crío más majo*, pensó, pero al arrodillarse para cogerla, distinguió lo que parecía una maraña de cables enrollados por fuera, que desaparecían por un par de agujeros taladrados en la parte delantera.

¡Joder! ¡Una trampa!

Pero ya era demasiado tarde. La tapa saltó y, con un grito ensordecedor, una nube de ceniza salió disparada de la parte superior, como una minierupción volcánica, cubriéndolo con una gruesa capa de polvo gris. Tosiendo y farfullando, dejó la caja de sorpresas en el suelo y se frotó con desesperación los ojos y la boca. A través de la nube de polvo, entornó los ojos hacia la caja. Un payaso de juguete colgaba de un muelle forrado de tela, con una tira de papel sujeta a la parte superior de su gorro multicolor. Bone volvió a arrodillarse y, frotándose los ojos, que le escocían, leyó una pequeña inscripción escrita a lo ancho del papel.

Cenizas a las cenizas.

Adiós, Sam

—¡Oh, Dios mío, no! —dijo Bone, sacudiéndose de la ropa y el pelo lo que sospechaba que eran los restos incinerados de Sam Tozier.

Veintinueve

Era un día típicamente plomizo para el funeral del agente Garvey. Mientras Bone aparcaba el Saab, la trágica ironía de enterrar a Garvey por segunda vez lo descolocó por completo, y se tomó un momento o dos para recuperar la compostura. Se bajó del coche y se acercó al grupo de dolientes, apiñados bajo un manto de paraguas negros. El reverendo Angus Macintyre —un rostro conocido de los muchos entierros a los que Bone había asistido por trabajo y un nombre capaz de atormentar el alma de cualquiera que pensara en no morirse— ya estaba en pleno sermón, y su solemne plegaria rebotaba en los altos muros de la iglesia parroquial de Kilwinnoch.

Bone se mantuvo discretamente a distancia y recorrió con la mirada aquel mar empapado de rostros abatidos. McLean estaba junto al reverendo, haciendo malabares para sujetar el paraguas y un devocionario, y a su lado se encontraban algunos de los compañeros de Garvey, cuyos rostros Bone reconoció de las entrevistas, entre ellos Sanjit Mohan, que asintió con la cabeza cuando vio llegar a Bone. Gallacher también estaba allí, con el uniforme de gala, pero nadie más del alto mando. Y luego, a los pies de la tumba, estaba Tennyson, sin paraguas y calado hasta los huesos, que parecía ignorar por completo el aguacero.

Bone se acercó un poco más. El reverendo terminó sus oraciones y McLean se agachó, cogió un puñado de tierra y lo arrojó a la tumba. Al retroceder, levantó la vista y vio a Bone, que se mantenía

al fondo. Los compañeros de Garvey siguieron entonces el ejemplo de McLean y arrojaron más puñados de tierra a la tumba. El reverendo bordeó el montículo de tierra cubierto y se retiró al abrigo relativo del muro de la iglesia. McLean lo siguió, hablaron un minuto más o menos y, luego, se separó de él y se acercó a Bone.

—No te quiero aquí —dijo McLean en voz baja, intentando contener la rabia.

—He venido a presentar mis respetos la agente Garvey —replicó Bone.

—Si tuvieras algo de respeto, te mantendrías alejado. Por favor, vete —dijo McLean. Se dio la vuelta y se marchó.

Bone lo observó un instante mientras reanudaba su conversación con el reverendo. Gallacher se unió a ellos. Hablaron un momento, McLean le lanzó una mala mirada a Bone y lo señaló, y entonces le tocó a Gallacher acercarse.

—Duncan, el jefe superior ha pedido que te vayas. Te aconsejo que respetes sus deseos.

—No estoy aquí por él, pero no te preocupes, ya me voy.

—Qué día tan triste —dijo Gallacher antes de volver junto a la tumba para hablar con los compañeros de Garvey.

Al salir, Bone cruzó el cementerio y, en el extremo más alejado, junto a los campos, buscó entre las hileras de lápidas hasta que encontró la tumba de la agente Katie Edwards, la primera víctima del Cucú-Tras. Un ramo de flores recién cortadas descansaba junto a la lápida, y parecía que alguien había quitado hacía poco las hojas y las malas hierbas de alrededor. Se arrodilló para leer la inscripción.

Siempre en nuestros corazones

Nuestra querida Katie

1991-2018

Se giró al oír el crujido de unos zapatos sobre la grava. Era el sargento Mohan.

—Lo siento, señor, no pretendía molestarlo —dijo Mohan.

—Esta es la agente Edwards; fue la primera víctima del Cucú-Tras. Esta semana hace dos años.

Mohan examinó la lápida. —¿Solo tenía veintisiete años?

Bone asintió. —Tenía dos hijos. Su pareja quedó destrozada. Era como si le hubieran roto todos los huesos del cuerpo. Espero que estén todos bien. Debería ver cómo les va.

—Hizo usted todo lo que pudo, señor.

—A veces, con eso no basta —Bone se puso en pie.

—Hazel me dijo una vez —continuó Mohan— que a lo máximo a lo que podemos aspirar es a la felicidad.

—¿Por qué te dijo eso?

—Oh, había pasado alguna tontería en la comisaría y seguramente lo dijo con sarcasmo, pero recuerdo que en ese momento pensé que lo decía en serio, y así era ella en el trabajo, siempre del lado de la felicidad, para ella y para sus compañeros. Era buena persona, y eso es lo que de verdad cuenta.

—Lo que no entiendo es por qué se casó con un gilipollas como McLean —Bone se encogió de hombros.

—Inseguridad, tal vez. ¿Quién sabe? Desde luego, ella era demasiado para él.

—Gracias —dijo Bone.

—¿Por qué?

Bone sonrió y, con un gesto de cabeza, Mohan regresó para reunirse con sus compañeros.

Treinta

Bone regresó a su piso a rebuscar en sus archivos de trabajo los informes originales del perfil psicológico de Widdowson. Al llegar, comprobó el contestador automático: cuatro mensajes. Los fue escuchando y los tres primeros eran de Gallacher, con una histeria creciente por el comportamiento de su inspector jefe, pero el cuarto era de Alice. Se sentó en el borde de la cama para escuchar. Su voz era tranquila y reconfortante, como siempre. Decía que había estado pensando en lo que él le había dicho y le preguntaba si le apetecería hacer de canguro el viernes por la noche. Cuando terminó el mensaje, lo volvió a poner. Era el rayo de luz que había estado esperando. Buscando el móvil, la llamó, pero no obtuvo respuesta. Farfulló un mensaje de agradecimiento, pero lo borró y volvió a intentarlo, esta vez de forma un poco más comedida, aceptando su oferta. Al colgar, le llegó un SMS al móvil. Era de un número privado. Abrió el mensaje.

¡Cucú-Tras!

El buzón sonó con un traqueteo y corrió al recibidor. Un sobre blanco de tamaño A4 yacía en el felpudo. Abrió la puerta de golpe, pero el rellano estaba vacío. Bajó las escaleras como una exhalación, de dos o tres escalones a la vez, casi tropezando y cayendo antes de llegar a la planta baja y salir disparado a la calle. Más adelante, vio a una figura encapuchada con un chándal completamente negro que se alejaba corriendo del edificio. Salió en su persecución. El corredor

se desvió por una calle lateral y Bone lo perdió de vista un segundo, pero luego volvió a verlo saltando el muro de un jardín.

Bone lo siguió, aunque trepó algo más despacio que su objetivo. La caída al otro lado era considerable, pero, tras un instante de vacilación, Bone saltó. El corredor atravesaba ahora un jardín delantero a toda velocidad y volvía a la calle principal, bajando la cuesta hacia la calle mayor y las tiendas. Bone apretó el paso y la distancia entre ellos se fue acortando. En la parte alta de la ciudad, el corredor zigzagueó entre los compradores, casi derribando a una jubilada, cuya bolsa de verduras se desparramó por la calzada. Bone saltó por encima de la bolsa hacia la calzada y fue directo a por la figura. Ya estaba a pocos metros. El corredor giró bruscamente a la izquierda y se metió por un estrecho pasadizo que conducía al aparcamiento de la biblioteca. Bone continuó persiguiéndolo, pero, mientras cruzaba el aparcamiento, una furgoneta blanca apareció de la nada y se le echó encima.

Bone viró bruscamente para evitar el impacto; el conductor pegó un frenazo e hizo sonar el claxon. Bone siguió adelante, pero había perdido a su objetivo. *Mierda.* Cuando llegó al otro lado del aparcamiento, oteó a izquierda y derecha, pero seguía sin haber rastro. Se detuvo y aspiró grandes bocanadas de aire; el pecho le ardía. Volvió la vista hacia la entrada de la biblioteca. ¿Quizá el corredor se había escondido allí dentro? Estaba a punto de comprobarlo, pero entonces el conductor de la furgoneta pasó rugiendo a su lado, tocando el claxon de nuevo y lanzándole una sarta de insultos. Bone se giró y volvió a ver la figura, esta vez a lo lejos, corriendo a toda velocidad por el campo de juego del colegio de primaria. Bone reanudó la persecución. Cuando llegó a la valla perimetral del colegio, el corredor se apoyó en uno de los postes de la portería al otro lado del campo de fútbol de asfalto.

Bone corrió hacia la puerta del colegio e intentó escalarla, pero no encontró un punto de apoyo. Volvió corriendo a lo largo de la valla hacia el corredor, que estaba inclinado hacia delante, respirando casi con tanta dificultad como Bone.

—¡Alto! —vociferó Bone, agitando los brazos, aunque sabía perfectamente que era una orden patética.

La figura se enderezó, le hizo un corte de mangas a Bone y, con un par de saltos, escaló la valla trasera y desapareció.

—¡Joder! —jadeó Bone, y luego tosió como si se le fueran a salir los pulmones.

Buscó a tientas el móvil, pero se lo había dejado en la mesilla de noche.

¡Joder! Volvió a toser.

Cuando regresó al piso, empapado en sudor y con todo el cuerpo gritándole de dolor, se arrodilló para examinar el sobre, mientras un gemido bestial se le escapaba al moverse. La dirección mecanografiada era idéntica a la del anterior regalo del asesino. Encontró el móvil, llamó a la comisaría y fue a prepararse un baño caliente.

Treinta y Uno

Una vez que el equipo de la Científica cubrió por completo el piso de Bone de polvo para huellas dactilares, junto con los polvorientos restos de Sam Tozier, recogió el sobre y se lo llevó a comisaría. Bone y Walker bajaron al laboratorio para hablar con la forense encargada de examinar el contenido. La mujer —de rostro severo y con unas gafas al estilo de los años cincuenta— recibió a los inspectores en la pequeña zona de recepción.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Bone.

—Un juego de huellas en el exterior del sobre —dijo la agente mientras se quitaba un par de guantes quirúrgicos—, pero sin coincidencias, por desgracia, aunque el tamaño indica que pertenecen a alguien con las manos pequeñas o a un adolescente.

—Eso explicaría la imitación de Spider-Man —dijo Bone—. Seguro que es un mindundi cualquiera haciendo una entrega por diez pavos.

—¿Y el cierre? ¿Había ADN? —preguntó Walker.

—Autoadhesivo, por desgracia.

—¿Y dentro? —preguntó Bone, preparándose para lo que estaba por venir.

—Echen un vistazo —dijo la agente, y les hizo un gesto para que la siguieran a la sala de examen.

El sobre y su contenido estaban dispuestos como si fueran un cadáver bajo otro juego de esas luces led que te destrozan la vista y en las que la Científica parecía tener la exclusiva.

—Bueno, dentro hemos encontrado otra tarjeta de felicitación —dijo la agente.

En la parte delantera de la tarjeta ponía:

Siento que te tengas que ir porque tu jefe es un completo zumbado.

Y debajo había una imagen de una criatura macabra saliendo de una cesta de pícnic de mimbre.

Bone miró a Walker.

La agente abrió la tarjeta con unas pinzas. —También hemos encontrado un USB sin marca que coincide con las especificaciones del que examinamos la semana pasada. Hemos retirado y examinado la carcasa exterior, pero, de nuevo, no tenemos nada —añadió con el ceño fruncido.

—¿Ha comprobado el contenido de la memoria? —preguntó Walker.

—Eso no es de nuestra competencia —dijo ella.

—Entonces, ¿dónde está? —preguntó Bone, con una impaciencia que crecía por segundos.

—Un momento, por favor. La agente desapareció y regresó unos minutos después con el diminuto USB en la palma de la mano. —Me lo he dejado bajo el escáner. Sonrió.

—¿Se puede tocar ya? —preguntó Bone.

—Por supuesto, a no ser que usted sea el remitente y esté intentando cubrir sus huellas —bromeó la agente, pero la broma tuvo la gracia de un suflé relleno de plomo.

Bone lo cogió y le dio la vuelta. —¿Podemos llevárnoslo, junto con la tarjeta?

—Claro, aquí hemos terminado. Pero tendrá que firmar la recogida.

Se dio la vuelta de nuevo.

—Por el amor de Dios —resopló Bone.

—Perdone, inspector —dijo ella, regresando a toda prisa con un iPad en la mano.

—Maldito cacharro. Pulsó repetidamente el botón de encendido, pero la tableta se negó a arrancar. —Malditos recortes. Golpeó el

lateral con impaciencia. —Bah, llévenselos por ahora, ya le pediré a alguien que arregle esto.

Walker recogió el sobre y la tarjeta, y ella y Bone salieron de la sala, dejando a la agente todavía peleando con su aparato.

Bone cerró la puerta de su despacho y el equipo se arremolinó alrededor del ordenador.

—Estoy hasta las narices de estas pelis de terror —gimió Mullens.

Bone introdujo la memoria en la ranura, abrió la única carpeta sin nombre y pinchó en el icono del vídeo.

—Allá vamos —dijo, y se echó hacia atrás.

La pantalla se puso negra y apareció la rueda de carga, que persiguió su colita azul dando vueltas y más vueltas durante lo que pareció una eternidad.

—Venga ya —dijo Bone con impaciencia.

Mullens carraspeó. —¿Cuántos años tiene su ordenador? O sea, mírelo —dijo, presa de los nervios.

—Silencio —replicó Bone.

La pantalla parpadeó, el altavoz emitió un siseo y apareció una imagen, pero estaba extremadamente oscura y el reflejo de la ventana del despacho de Bone la empeoraba. Baxter corrió a bajar la persiana. En la pantalla, en medio de una habitación lúgubre, una figura se desplomaba en una silla de respaldo recto. La imagen volvió a parpadear y la cámara se acercó. Era un hombre desnudo de cintura para arriba, con las muñecas y los tobillos atados a la silla y la cabeza cubierta por una capucha de arpillera. Un círculo de bordes irregulares había sido recortado en la tela, dejando al descubierto el ojo izquierdo del hombre, cuyo párpado se abría y cerraba lentamente. Un tubo, conectado al brazo izquierdo del hombre, se extendía hasta un recipiente de cristal en el suelo; su extremo atravesaba la parte superior y un líquido goteaba lentamente, acumulándose en una espesa masa carmesí en el fondo.

—Oh, Dios mío —dijo Mullens—. Otro no.

—Las zapatillas —dijo Walker.

El hombre llevaba un par de zapatillas de deporte, de esas vergonzosamente horteras y baratas que una madre sobreprotectora le compraría a un hijo consentido.

—Es Will —dijo Walker.

Bone se giró, recorriendo con la mirada los rostros angustiados tras él, con la esperanza de ver la arrebolada cara de niño de Harper.

—No está aquí —dijo Mullens.

Bone hundió la cabeza entre las manos. El vídeo siseó y una voz distorsionada susurró: «Cucú-Tras». El siseo se convirtió en un chillido electrostático, la pantalla volvió a ponerse negra y el vídeo terminó.

Durante un par de segundos, Bone y el equipo se quedaron mirando el espejo negro en un silencio sobrecogido.

—¡Hijo de la gran puta! —rugió Mullens.

Bone se levantó de un salto. —¿Ha venido hoy?

—No —dijo Baxter—. Me ha parecido un poco raro, porque normalmente se podría sincronizar la migración de los gansos de Canadá con su rutina diaria. Supuse que seguía en casa trabajando con esa grabación.

Bone salió corriendo de su despacho hacia el escritorio de Harper, con sus compañeros pisándole los talones. —¿Dónde estaba recopilando todo esto? ¿En su ordenador o en una memoria externa?

—La verdad es que no lo sé —dijo Baxter, con el rostro pálido y contraído por la ansiedad.

—¿Alguien sabe su contraseña? —Bone examinó los rostros paralizados de su equipo.

—Los de informática podrán desbloquearlo —dijo Mullens, finalmente.

—Vale, llama ahora mismo. Harper está vivo en el vídeo, y tenemos que creer que sigue vivo, así que todos tenemos que concentrarnos. Sheila, ¿puedes enviar a los uniformados a su casa? ¿Dónde vive?

—En Edimburgo. Era la casa de su madre —respondió Baxter.

—¿Y dónde está ella?

—Muerta.

—De acuerdo, localiza su teléfono y... —Bone hizo una pausa—. Avisa a Gallacher. Mullens, ¿puedes volver a mirar el vídeo?

—¡Jo, inspector! —se quejó Mullens.

—Míralo otra vez y busca cualquier cosa que pueda ayudarnos a salvar la vida de nuestro compañero.

—Inspector. —Mullens regresó al despacho de Bone.

—Rhona, iremos a Edimburgo. Coche de la brigada, tú conduces.

Treinta y dos

Walker había elegido un coche de gran potencia con sirena, así que su viaje a Edimburgo podría haberle hecho la competencia a un vuelo de EasyJet. Bone había llamado a administración para pedir la dirección y llegaron a la casa justo cuando tres agentes de uniforme se bajaban de los coches patrulla. Uno de ellos se acercó a su vehículo.

—Acabamos de llegar, señor. ¿Quiere que acordonemos la zona?

—Sí, por delante y por detrás —respondió Bone.

Los inspectores avanzaron con paso decidido por el camino de entrada.

—Falta el coche —dijo Walker—. Había dos surcos profundos de neumático en la gravilla. —Y alguien se ha marchado a toda prisa.

Bone se acercó a la puerta e iba a probar el pomo cuando se detuvo. —¿Guantes?

Walker metió la mano en el abrigo y sacó su propio par. —Permítame —dijo. Se los puso, probó la puerta, pero estaba cerrada con llave. Se desplazó hacia un lateral del bungaló y tiró de una de las ventanas de guillotina, pero estaba cerrada a cal y canto.

Bone se asomó para mirar dentro. Todo estaba en calma. Walker probó con una segunda ventana, pero también estaba completamente atrancada. Inclinándose sobre ella, golpeó la parte inferior del marco con la base de las manos y, tras un par de golpes precisos, la ventana se abrió deslizándose. Bone la miró.

—Los scouts —dijo ella.

Bone empezó a entrar.

Walker lo sujetó del brazo. —Espere. ¿Y la contaminación? ¿Nuestros zapatos?

—No hay tiempo. —Bone continuó y entró.

Walker lo siguió.

La cocina era austera pero estaba impecablemente ordenada.

—Es una persona muy organizada —dijo Walker.

—Eso podría ser lo que le salve —replicó Bone.

Echaron un vistazo a la estancia y pasaron al salón.

—Mire. —Walker señaló la mesita auxiliar volcada con adornos rotos esparcidos a su alrededor.

Al adentrarse un poco más, Bone vio el vídeo en el suelo y una maraña de cables que sobresalían de la parte trasera.

—Ahí es donde estaba trabajando con la grabación de Scotsave —dijo Bone—. Tenía una cinta VHS. Se arrodilló y examinó el frontal del aparato. —Rhona... —Le hizo un gesto a Walker para que se acercara—. ¿Hay alguna cinta ahí dentro?

Walker metió un dedo enguantado en la ranura. —Vacío.

Registraron la habitación, pero no había ni rastro de la cinta.

—¿Y tampoco ordenador portátil? —añadió ella.

—Tampoco ordenador portátil —añadió Bone—. Es evidente que alguien quería echarle el guante a esa grabación.

Walker señaló. —¿Los dormitorios?

Pero antes de que pudieran moverse, hubo un alboroto en la puerta principal. Las cerraduras hicieron clic, clac y clic de nuevo, y un agente de policía apareció en el umbral.

—¿Inspector? —dijo el agente, asomándose al salón—. La vecina ha venido con un juego de llaves. —Hizo una pausa—. Un momento, ¿cómo han entrado?

—La puerta trasera estaba abierta —intervino Walker.

—¿Sigue ahí la vecina? —preguntó Bone.

—Sí. Y está un poquito alterada, por decirlo suavemente.

Bone se giró hacia Walker. —De acuerdo, revise los dormitorios y el baño. Yo iré a hablar con la vecina.

Walker asintió y continuó por el pasillo.

Fuera, una anciana, ataviada con un traje de chaqueta de tweed de Harris no muy distinto al estilo de vestir de la sergeant detective Baxter, se paseaba de un lado a otro junto a la verja de entrada.

—Inspector jefe Bone, señora. Soy compañero de su vecino.

—¿Qué le ha pasado a Will?

—No tiene de qué preocuparse. ¿Cómo dijo que se llamaba? —preguntó Bone.

—Soy la señora McGinnis, la señora Jean McGinnis, del veinticuatro de Meadowpark...

—Ah, sí, hola, Jean. Will habla muy bien de usted —mintió Bone, con la esperanza de ayudar a la jubilada a calmarse—. Así que vive en la casa de al lado, ¿correcto?

—Ahí mismo, número veinticuatro. Llevo viviendo aquí sesenta y cuatro años. Conocí a Will cuando era un crío, le cosía los bajos de los pantalones. Tenía las piernas muy cortas para su edad.

—Sigue teniéndolas cortas —Bone sonrió, tranquilizador.

—Era costurera.

—Un arte en vías de extinción —dijo Bone—. ¿Y cuándo fue la última vez que vio a Will?

—No le habrá pasado nada, ¿verdad? El pánico volvió a apoderarse de ella.

—Oh, no. Todo esto no es más que parte de otra investigación en la que Will nos está ayudando. Entonces, ¿lo vio anoche cuando llegó a casa?

Miró hacia la casa y luego a Bone. —Vi que se encendían las luces. Ha instalado uno de esos sistemas de seguridad que se activan cuando alguien se mueve en la propiedad, o...

—¿Y a qué hora fue eso? —prosiguió Bone.

—Pues suele llegar a las siete, como un reloj, pero anoche llegó un poco más tarde, quizá a las ocho y cuarto. Estaba sacando las botellas de la leche y vi entrar el coche.

—Y esta mañana, ¿lo vio marcharse al trabajo?

—Bueno, eso es lo curioso. Como le decía, es como un reloj. Es muy maniático para esas cosas. Pero anoche estuve levantada como de costumbre por el reflujo. Lo tengo crónico, y parece que va a peor. Quiero decir, he hecho lo que me dice el médico y...

—Entonces, ¿lo vio marcharse? —la interrumpió Bone.

—Sí, bueno, estaba en la cocina cogiendo el antiácido y oí el motor de su coche rugiendo como uno de esos ruidosos vuelos nocturnos que llegan al aeropuerto de Edimburgo. Un escándalo tremendo, sí señor.

—¿Cuándo fue eso?

—Pues, yo diría que justo antes de la medianoche, porque miré el reloj de la cocina para asegurarme de que había pasado tres horas desde mi último antiácido.

—¿Y lo vio salir?

—Ay, no. Para cuando llegué a la ventana a ver qué pasaba, su coche ya estaba a mitad de la calle.

—¿Iba solo? —insistió Bone.

—No llevaba las gafas puestas, pero creo que sí. No estará teniendo una aventura, ¿verdad?

—No —dijo Bone negando con la cabeza—. ¿Hubo algo más que le llamara la atención?

—Sí.

—¿El qué?

—¿Ve ese semáforo de ahí al final? —señaló el cruce con la carretera principal—. Se lo saltó en rojo. Eso no es nada propio de él.

—Gracias, señora McGinnis. Ha sido usted de gran ayuda. Este amable agente la acompañará ahora a su casa.

—No soy ninguna inválida —resopló y, apartando de un empujón al agente que estaba en la verja, desapareció en su casa.

—¿Señor? —llamó Walker desde dentro.

Bone volvió a la casa.

Ella estaba arriba, en uno de los dormitorios, inclinada sobre una mesita auxiliar.

Encima había un fajo de papeles con una columna de nombres garabateados a lápiz en un lateral, algunos con marcas de verificación al lado. Bone se inclinó para mirar. Era una lista de las tiendas de la calle principal.

—Le pedí que recorriera las tiendas y comprobara las cámaras de seguridad en busca de alguna grabación del agente Garvey de esa

noche. En eso estaba trabajando —dijo Bone.

—¿Así que estas son las que ha comprobado o las que le quedan por comprobar? —preguntó Walker—. Pero ¿qué ha hecho con todas las grabaciones?

—Esperemos encontrarlas en el ordenador del trabajo.

Treinta y tres

—Señor —Baxter se acercó con paso decidido a Bone cuando este entraba en la sala de operaciones—, Gallacher ha venido a buscarle tres veces.

—Joder.

—Vaya usted, yo sigo aquí —dijo Walker.

—¿Ha conseguido el departamento de informática forense entrar en el ordenador de Harper? —preguntó Bone.

—Sí. Estoy en ello, señor. Hemos encontrado las grabaciones del CCTV que estaba recopilando de los movimientos de la agente Garvey cuando salió del pub —respondió Baxter.

—¿Puedo echar un vistazo?

—¿Y Gallacher? —preguntó Baxter.

—A Gallacher no lo han secuestrado, joder.

En el escritorio de Harper, Baxter se sentó e inició sesión en el ordenador. —Su contraseña es Obi Wanker Nobby —Baxter puso los ojos en blanco. Buscó en las carpetas y recuperó el archivo mp4 marcado como «Garvey».

—Le he echado un vistazo rápido y Will ha editado las grabaciones para mostrar los movimientos de Garvey desde el pub —le dio al play y el vídeo comenzó a reproducirse—. Esto es desde el tejado del Fells —dijo.

La imagen granulada en blanco y negro mostraba una calle desierta. Pasaron unos segundos y entonces apareció Garvey, con su

trenca. Volvió la vista atrás, giró a la izquierda y luego, al parecer, cambió de opinión y regresó por donde había venido. Desapareció del plano, pero entonces la escena cambió a un punto más abajo de la calle principal.

—Y esta, creo, es la cámara de seguridad de la zapatería —dijo Walker.

Garvey siguió tambaleándose, casi cayéndose de la acera.

—Mierda, iba muy tajada —dijo Walker, escandalizado.

La siguiente cámara captó el rastro de Garvey en la cafetería Dawson's, rebuscando en su bolso. La grabación volvió a cambiar. El CCTV de la ferretería la grabó pasando, arrastrando los pies, y después la cámara del semáforo la capturó mientras cruzaba la intersección al final del pueblo. Cruzó la carretera a toda pastilla, por suerte desierta, y entró tropezando en el aparcamiento del Scotsave. El vídeo se detuvo.

—¿Eso es todo? —preguntó Bone.

—Creo que sí. No encuentro nada más. —Baxter repasó la lista de carpetas—. Esa es la parte en la que estaba trabajando.

Bone recorrió con la mirada la sala de operaciones. —¿Dónde está Mark?

—Ni idea —dijo Walker.

—Por el amor de Dios. Estamos sitiados y se va de paseo.

Justo en ese momento, Mullens entró cargado con un montón de calorías. Todos se giraron y se le quedaron mirando.

—¿Qué? —masculló, con las mandíbulas masticando algo que le sobresalía de la boca—. Me entra hambre cuando estoy estresado.

—Mark, necesito que baje a Scotsave y averigüe si tienen copias, copias de seguridad o algún tipo de archivo maestro de las grabaciones del CCTV del martes pasado.

—¿Con el nivel tecnológico que tienen? Lo dudo mucho —dijo, dejando caer su cargamento de grasas saturadas sobre su escritorio —. A ver, a no ser que busque grabaciones del partido de Escocia contra Holanda en el Mundial de mil novecientos setenta y ocho. Seguro que todavía tienen esa paliza por ahí.

—Váyase y punto —gritó Bone—. Cada segundo que perdemos aquí haciendo el gilipollas, arriesgamos la vida de Harper.

Mullens cogió una bolsa familiar de petisús de chocolate, dio media vuelta y salió disparado de la sala de operaciones.

Bone se giró de nuevo hacia Baxter. —Siga buscando en el ordenador de Will cualquier otra cosa que nos ayude a encontrarlo.

—Lo haré.

—Voy a ver cómo va el progreso en casa de Will y si ya han encontrado su coche —dijo Walker.

—Vale, de acuerdo, iré a intentar mantener a Gallacher a raya —dijo Bone.

Gallacher estaba en su despacho, pero cuando Bone entró, se puso en pie.

—¡¿Qué coño está pasando?! —bramó.

—El agente Harper ha sido secuestrado, señor.

—Sí, ya lo sé, pero como no se molestó en decírmelo, he tenido que enterarme por la superintendente Tennyson.

—¿¡Y qué coño pinta ella metiendo las narices donde no la llaman!? —espetó Bone—. Recibí otro vídeo en la puerta de casa. Creemos que sigue vivo, que lo tienen retenido en alguna parte. Es otro imitador. El cabrón lo está desangrando lentamente, como al agente Tyrrell.

—Un segundo agente, y esta vez uno de los nuestros. —Gallacher miró a Bone con furia en los ojos—. Y ahora esto en mi felpudo esta mañana. —Lanzó un periódico sobre el escritorio.

Bone lo cogió. Una tira de fotos a color se extendía por la portada, mostrando a Bone empujando a McKinnon frente a la comisaría, con el titular encima en letras rojas y en negrita.

Poli Loco Pierde los Estribos

—Ha sido un piscinazo digno de la liga italiana, señor. Ni me acerqué a esa comadreja.

—Él también me importa una mierda, pero la gente se cree lo que ve: a un policía perdiendo el control, y tendría razón.

—Señor.

—Le pega un puñetazo a un jubilado. Acusa al mejor abogado de Escocia de maltratar a su mujer, de secuestro y de asesinato.

Nuestra jefa de archivos está frita, y ahora permite que secuestren a uno de su equipo. Diría que ese titular es bastante acertado.

—Con el debido respeto, señor...

—¿Respeto? —le interrumpió Gallacher—. Aquí no veo mucho respeto por nada: ni por su trabajo, ni por su rango, ni por la ley, ni por mi confianza en usted. ¿Dónde está, Bone?

—Le dije que haríamos esto a mi manera, y usted estuvo de acuerdo.

—No estuve de acuerdo con intimidar a figuras públicas poderosas ni con todo este desastre incompetente y, francamente, peligroso del que es responsable.

—Señor. Estamos en ello.

—Ya dijo eso antes, y mire dónde estamos ahora, metidos en un río de mierda hasta el cuello, sin salvavidas y ni le cuento ya un puto remo. —Gallacher rodeó su escritorio—. ¿Tiene idea de lo difícil que fue conseguir que el subcomisario jefe aceptara su reincorporación? —Se inclinó hasta quedar a un escupitajo de la cara de Bone—. Ya tenía la cabeza en la guillotina, pero ahora está rodando cuesta abajo hacia un expediente disciplinario y una jubilación forzosa con la pensión mínima.

—Nuestro equipo encontrará al agente detective Harper y atrapará a esa criatura.

—Cada vez que dice eso las cosas solo empeoran, Bone, así que cállese de una vez.

—Vale, ¿qué quiere? —gruñó Bone.

Gallacher volvió a su escritorio y se desplomó. —Dos días, eso es todo lo que puedo darle. Después de eso, está fuera del caso y recomendaré que no es apto para el servicio activo.

—¿Por qué no me da de baja ahora y ya está?

—No me tiente, joder —gruñó Gallacher—. Hago esto porque le debo una última oportunidad, como amigo. Pero después de eso, está solo, y no estaré ahí para impedir que le hagan un siete.

Bone estuvo a punto de responder, pero vio que era imposible hacer cambiar de opinión a Gallacher.

—Y estoy harto de decirlo, pero deje en paz de una puta vez a McLean. Él *no* está implicado.

—Sí, señor —dijo Bone, esperando que Gallacher no descubriera la mentira en su mirada.

Regresó a la sala de operaciones con el sargento de recepción siguiéndole.

—Señor, perdone que le interrumpa —dijo—. Paul Quinn está en la sala de interrogatorios tres.

—¿Quién? —preguntó Bone.

—El obrero de la excavación. ¿Recuerda que pidió que lo trajéramos para interrogarlo? —le avisó Baxter desde su escritorio.

—Oh, joder, sí, claro. —Bone se frotó la cicatriz e intentó despejarse la cabeza de la diatriba furibunda de Gallacher—. ¿Dónde está Rhona?

—Ha vuelto a Edimburgo. Podríamos tener una pista sobre el coche de Harper —añadió Baxter.

—Vamos, entonces —dijo Bone.

—¿Qué, yo? —respondió Baxter—. ¿De verdad?

—Sí, sargenta Baxter. Muévase, antes de que cambie de opinión.

Ella cogió su bolso y siguió a Bone hacia fuera.

Treinta y cuatro

Paul Quinn estaba encorvado en su silla como un hombre que espera la inyección letal. Bone y Baxter se sentaron frente a él y lo miraron en silencio durante unos instantes para aumentar la presión.

—No sé por qué estoy aquí. Ya les he dicho que no hice nada —dijo, cociéndose en su propia salsa.

—A mí me parece un hombre culpable, ¿no le parece, sargenta Baxter?

—Desde luego que sí. —Baxter asintió con entusiasmo. Estaba disfrutando del momento, libre por fin de su escritorio.

—¿Estoy detenido?

—Oh, más culpabilidad todavía. ¿Por qué íbamos a detenerlo, Paul?

—Bueno, si no van a detenerme, entonces puede que me marche. —Se echó hacia atrás con un repentino arranque de chulería.

—No se mueva de donde está —ordenó Bone—. Nos gustaría hacerle unas cuantas preguntas más, ¿le parece bien?

—Debería tener representación legal.

—Vaya, qué palabra tan rebuscada —replicó Bone—. ¿Qué dice la ley al respecto, sargenta Baxter?

Volvió a mirar fijamente a Quinn. —Mi compañera es una experta en derecho penal, ¿sabe? ¿Esa cosa con la que se topa usted de vez

en cuando?

—Eso fue hace años; he cambiado.

—Pues desde aquí no parece usted muy diferente.

—El señor Quinn ha venido a comisaría voluntariamente, así que puede ir y venir cuando le plazca —dijo Baxter.

—¿A menos que lo detengamos?

—Bueno, sí. —Baxter asintió.

—¿Detenerme? Joder. Yo no maté a esa mujer policía.

—Y un hombre que se marcha antes de tiempo suele tener algo muy grave que ocultar, ¿no cree, inspectora?

—Suele ser el caso, sí —afirmó Baxter.

Quinn se removió aún más inquieto.

—Así que, señor Quinn —continuó Bone—, si quiere que sigamos creyendo que es usted más blanco que la nieve, le sugiero que se quede por aquí un ratito más.

Quinn suspiró y volvió a encogerse tras la mesa.

—Bien, cuando hablamos con usted el siete de octubre, nos dijo que la cancela ya estaba abierta cuando llegó a trabajar el miércoles veintinueve de septiembre.

—Sí, eso es.

—¿Por qué no le dijo nada al capataz? ¿No le pareció un poco raro?

—No, como ya les dije. Simplemente pensé que los del ayuntamiento se habían olvidado de cerrar con llave.

—Y el día anterior, usted fue el último en irse, ¿correcto?

—Eh... —Quinn se rascó la cabeza—, no creo.

—¿Llevaba el abrigo consigo?

—Ah, sí, es verdad, sí. No fui el último en salir, pero tuve que volver a por el abrigo. Tenía el tabaco dentro.

—¿Así que el capataz le dio la llave?

—Fue solo un minuto. Entré un momento, cogí la chaqueta y salí otra vez en un periquete.

—¿Y volvió a cerrar la cancela con llave?

—Sí, y le devolví la llave a Davie.

—¿Por qué no mencionó esto el día que hablamos?

—Se me olvidó.

—¿Pero ahora se acuerda de lo de los cigarrillos? —Bone se inclinó hacia delante— es un detalle muy específico, teniendo en cuenta lo olvidadizo que es usted.

—Volví, cogí el abrigo, cerré y devolví las llaves, punto —replicó Quinn y se cruzó de brazos.

Bone abrió un expediente que tenía delante, con una copia impresa del historial laboral de Quinn de la Seguridad Social.

—Veo aquí, en su interesante y variado historial laboral, que en el verano de dos mil trece trabajó para Baird Construction como peón en una obra de paisajismo en Gatehouse of Fleet. ¿Es correcto?

—Por el amor de Dios. No me acuerdo de eso. He tenido miles de trabajos. Cojo lo que pillo.

—Permítame que le refresque la memoria —dijo Bone con sarcasmo—. Vivió y trabajó en la obra entre junio y septiembre, en la nueva carretera de circunvalación.

—Espere, sí, eso me suena —dijo Quinn—. No robé nada, si es por eso por lo que preguntan.

—Como si yo fuera a insinuar tal cosa —replicó Bone—. ¿Recuerda con quién trabajó en esa obra en concreto?

—Ni idea —dijo Quinn.

—¿Así que estuvieron todos juntos en una única caravana durante más de seis semanas y no recuerda a ninguno de sus compañeros de trabajo?

—Como le digo, yo voy donde hay trabajo y ya está.

—¿Y Robert Meiklejohn?

—¿Quién?

—Venga ya, todo el mundo conoce al Cucú-Tras.

—Ah, ¿ese? —Los ojos de Quinn se abrieron como platos—. Un momento. No tengo nada que ver con él.

—Eso no es lo que dicen sus archivos.

—Era un bicho raro de cojones. Todo el mundo lo odiaba. Yo solo tenía diecinueve años y me acojonaba vivo.

—Entonces, ¿lo conocía?

—Mire, si piensa que *yo* he matado a esa mujer policía porque era colega mío o algo así, eso son gilipolleces, puras gilipolleces. Me mantenía bien alejado de él.

—Volviendo al día en que nuestra agente local fue brutalmente asesinada. —Bone mantuvo la presión—. Dejó la cancela abierta para cuando volviera más tarde con la mujer policía, a la que había drogado.

—¡No! —gritó Quinn.

—Luego arrancó la Bobcat, cavó una zanja profunda, la arrojó dentro y la enterró viva —insistió Bone, intentando presionar a Quinn para que soltara la verdad que claramente ocultaba.

—¡Joder, no!

Bone se volvió hacia Baxter. —Inspectora, ¿cuántos años puede esperar el señor Quinn por el brutal asesinato de una querida agente local y pilar de nuestra comunidad?

—Yo diría, según mi juicio profesional, doble cadena perpetua.

—¿Así que es probable que el señor Quinn permanezca bajo custodia hasta su muerte?

—Correcto —confirmó Baxter.

—Vale, vale. —Quinn alzó los brazos en señal de derrota.

—Solo pensé que querían robar los materiales y quizá algo de la ferralla.

—¿Quiénes son *ellos*? —insistió Bone.

Quinn se movió incómodo de un lado a otro de la silla.

—¿Quiénes son *ellos*, señor Quinn? —repitió Bone.

—Recibí una carta por correo con cien libras dentro. Decía que dejara la cancela abierta y me darían otras cien.

—¿Quién envió la carta?

—No lo sé.

—Vamos, ¿espera que nos creamos eso?

—Se lo juro. Recibí una nota y la pasta. Pensé que sería alguna banda, gente de la zona, ¿sabe? De esa gente a la que no le preguntas quiénes son.

—¿Y dónde está esa nota?

—La quemé.

—¿Así que recibió una nota de un completo desconocido con cien libras dentro e hizo exactamente lo que ese completo desconocido le dijo?

—Doscientas libras, ¿sabe? Puede que para usted no sea mucho dinero, pero a mí me da para seguir en mi casa un par de meses más.

—¿Y recibió el siguiente pago?

—Una mierda. —Levantó la vista—. De todas formas, es dinero sucio. Ahora no lo querría de todos modos, con esa mujer policía ahí metida. —Se llevó las manos a la cabeza—. Yo no la maté, solo cogí el dinero por lo de la cancela. Nunca lo habría hecho si lo hubiera sabido.

Bone se recostó en la silla. —Mi compañera y yo comprobaremos su historia con más detalle. Nos pondremos en contacto con usted a su debido tiempo. De eso puede estar seguro, señor Quinn.

—¿Puedo irme?

—De momento, sí. Pero esto es muy grave, señor Quinn, y podría enfrentarse a cargos y a una posible pena de prisión.

—¿Entonces no creen que la haya matado yo?

—Fue cómplice y encubridor, aunque sin intención, pero la agente Garvey podría seguir viva de no ser por su estupidez. —Bone se levantó—. No se marche de Kilwinnoch. Puede irse, por ahora.

Quinn se puso de pie, pero estaba tan encorvado y aplastado por el peso de su culpa que apenas ganó altura. Salió arrastrando los pies.

Bone se volvió hacia Baxter. —¿Y bien?

—Es un desgraciado, pero no un asesino —dijo Baxter.

—¿Y?

—Necesito un piti —respondió ella.

Brody, el sargento de la recepción, detuvo a Bone cuando cruzaba el vestíbulo. —Señor, hay una mujer ahí fuera, y la prensa se está volviendo loca.

Se oyeron gritos y alaridos. Bone echó un vistazo por la puerta principal. Una mujer mayor, claramente angustiada, estaba siendo asediada por los periodistas, que intentaban abrirse paso hacia la explanada y la escalinata. Bone la reconoció al instante. Era Margaret Edwards, la madre de la primera víctima de Meiklejohn.

Salió corriendo y se abrió paso a empujones entre la jauría mientras le lanzaban preguntas a gritos. Cuando llegó a su altura, le pasó los brazos por los hombros.

—Entre, señora Edwards —gritó Bone por encima del estruendo.

—He venido a hablar con usted —resolló la señora Edwards.

—¡Dejen pasar a la mujer! —espetó Bone a la manada. Protegiéndola del asalto, la guió hasta la seguridad de la comisaría.

Ya en el vestíbulo, la mujer se llevó una mano al pecho, intentando recuperar el aliento. —Necesitaba hablar... —jadeó.

—Tiene que entrar y sentarse —dijo Bone—. Tráigale una taza de té a la señora Edwards, ¿quiere? —Le guiñó un ojo a Brody y, cogiendo a la mujer del brazo, la ayudó a pasar al interior y a entrar en la tranquilidad de una sala de espera. La ayudó a sentarse en una silla y se sentó a su lado.

—Siento mucho todo eso de ahí fuera.

La señora Edwards negó con la cabeza, con la respiración todavía fatigada. Cogió el bolso e intentó abrir la cremallera, pero le temblaban demasiado las manos.

—Permítame. ¿Qué necesita? —Bone le cogió el bolso.

—Inhalador —dijo la señora Edwards con voz áspera.

Bone buscó en el bolso y sacó la medicina. Ella apretó el extremo dos o tres veces, inhalando profundamente, y en pocos segundos su respiración se estabilizó. Brody apareció con una taza de té y se la entregó a Bone.

—¿Se encuentra bien? ¿Prefiere un vaso de agua?

—No. —Respiró hondo unas cuantas veces más—. Soy asmática. Me estaban aplastando. No podía respirar. —Sacudió la cabeza y, al cabo de unos instantes, su respiración se normalizó por fin.

Bone frunció el ceño. —No tienen ningún respeto.

—Me ha recordado a lo de antes. —Sacó un pañuelo del bolso y se sonó la nariz—. He venido porque tengo que saber que Robert Meiklejohn está muerto, y necesito que usted me lo diga.

—Sí, señora Edwards. Está muerto.

—Entonces, ¿por qué empieza todo esto otra vez?

—Aún no lo sabemos.

—Es demasiado duro de soportar. —Sus ojos se llenaron de lágrimas y rompió a llorar.

—Lo siento muchísimo. —Bone se acercó más—. Meiklejohn murió en la explosión.

—Entonces, ¿por qué dicen los periódicos que está vivo?

—Se inventan estas mentiras perversas para vender sus sucios periodicuchos. No piensan ni por un momento en cómo le afecta esto a usted o a su familia.

Se secó los ojos y las mejillas. —Es usted un hombre amable. Nunca le culpé como hicieron otros. Hizo todo lo posible por atraparlo, y usted también sufrió.

—Nada comparado con el dolor que ha pasado usted, señora Edwards. —Le ofreció el té.

Ella bebió un par de sorbos y lo miró.

—Sabe, todavía hablo con ella, con mi Katie. Nos sentamos juntas en mi galería y charlamos. Me resulta reconfortante.

—Me alegro —dijo él—. Siento que no fuera juzgado y castigado.

—La muerte fue su castigo, fue la voluntad del Señor —dijo ella, y bebió otro sorbo.

—Pero lo que tiene que hacer es dejar de leer la basura que publican estos periódicos.

—Siento...

—No tiene que disculparse, señora Edwards, nunca —la interrumpió Bone—. Siempre tendré tiempo para hablar con usted. Pero quizá sea mejor que llame antes para no tener que volver a pasar por eso.

Intentó levantarse y Bone la cogió del brazo.

—Mi hija estaría contenta de que usted estuviera de nuevo al mando —dijo ella, caminando con dificultad hacia la puerta.

—Tenga por seguro que estamos trabajando sin descanso. Acabaremos con esto.

—Gracias, inspector. Solo necesitaba oírselo decir.

—Permítame que organice un coche para que la lleve a casa.

—He venido andando y puedo volver andando.

—Insisto, y así no tendrá que enfrentarse a las hienas.

—Entonces, de acuerdo, sí. Gracias.

Treinta Y Cinco

Cuando Bone regresó a la sala de operaciones, Walker y Mullens ya habían vuelto.

—Han encontrado su coche, calcinado en un descampado a las afueras de Livingston, y no ha aparecido nada más en la casa —dijo Walker con gravedad.

—¿Y qué hay de Scotsave, Mullens? —preguntó Bone.

—He hablado con el subdirector, un crío granujiento que parecía tener ocho años, y me ha dicho que Will se llevó todo lo que habían grabado esa noche.

—Joder —dijo Bone.

—¿Inspector jefe Bone?

Todos se giraron hacia la voz que provenía de la puerta. Era el sargento Mohan, de la comisaría de Campsie Fells.

—Hola, Sanjit —dijo Bone mientras Mohan se acercaba—. Supongo que ya te has enterado del secuestro de nuestro compañero, el agente Harper, ¿no?

—Sí, es horrible. He venido porque creo que he encontrado algo que podría ser de ayuda.

—¿De qué se trata? —preguntó Bone.

—La agente Ross, que estaba allí esa noche, hizo un montón de fotos del grupo y me las ha enviado. Las he metido en este lápiz de memoria.

—Por aquí —Bone guio a Mohan hasta la mesa más cercana y encendió el ordenador.

Walker se unió a ellos y saludó a Mohan con un gesto de cabeza.

—Todo tuyo —dijo Bone.

Mohan se sentó y conectó el lápiz de memoria. Abrió la carpeta y la pantalla se llenó de miniaturas. —Así que se pasó la noche haciendo fotos.

Abrió la galería y fue pasando las imágenes de caras felices y sonrientes, amontonadas alrededor de su mesa en The Fells, mirando radiantes a la cámara. Luego, a medida que las imágenes avanzaban, el alcohol fluía y la mesa se llenaba de vasos y botellas, las caras y las sonrisas se volvían algo más vidriosas, y los abrazos, un poco más apretados.

—Son estas tres de aquí —dijo Mohan—. Bethany las hizo desde un ángulo diferente, desde más atrás, y se puede ver que ha captado a algunas de las personas que había en la barra.

Bone se inclinó.

Mohan pasó a la siguiente. —En esta se ve a la agente Garvey apoyada en la barra —pasó a la foto de después—, y un instante más tarde... ¿Ve ese tipo que está cerca y dónde tiene la mano?

—Joder, la tiene sobre el vaso de ella. —Bone miró a Walker, que se había arrodillado junto a la mesa.

—Ese es John Meiklejohn —dijo Walker—. Reconocería ese abrigo cochambroso en cualquier parte.

—Lo sabía —exclamó Bone. Se puso en pie—. Ese cabrón asqueroso está metido en esto hasta el cuello. —Cogió la chaqueta —. Vamos, Rhona.

Se giró hacia Mohan, que estaba recostado en la silla, sin saber muy bien qué pasaba.

—¿Por qué no vienes tú también, Sanjit, ya que estás aquí? Sargento detective Mullens, le presento al sargento Mohan. Vayan ustedes detrás de nosotros.

Mullens saludó a Mohan con un gesto de cabeza y salieron juntos.

—Sheila, avise a la unidad de armas de fuego, pero dígales que se mantengan a distancia. Will podría estar en alguna parte de la

finca de ese cabrón. Vamos —dijo Bone.

Los coches pararon al final del camino que llevaba a la casita de Meiklejohn.

—Por la parte de atrás —le susurró Bone a Mullens, que trepó torpemente por la valla ruinosa y cruzó un campo, siguiendo la línea del seto para cubrirse—. Tú ve por el otro lado —le ordenó Bone a Walker—. Mohan, tú vienes conmigo.

Walker desapareció por el sendero, manteniendo la cabeza gacha mientras Bone y Mohan se acercaban a la puerta. Bone atisbó por una rendija del tablón, pero no pudo ver nada.

—Vamos a moverlo despacio —dijo.

Mohan le ayudó a deslizarlo hacia un lado. Se adentraron con cautela y Bone se detuvo.

—Escucha —susurró, pero no oyó nada más que sus propias respiraciones.

Bone avanzó un poco más, con Mohan detrás. A medida que sus ojos se acostumbraban, los detalles de la habitación emergían de la penumbra: la antigua chimenea de obra en el lado opuesto, la mesa donde Meiklejohn se había sentado a rasgar tiras de papel para el fuego, ahora vacía. La habitación estaba vacía. Continuó hasta la trastienda, donde Meiklejohn había creado su macabro altar a su hijo.

—¿Qué es esto? —susurró Mohan.

—Pura locura —replicó Bone.

Justo detrás de ellos se oyó un fuerte y repentino estrépito. Se dieron la vuelta de golpe. Una figura se abalanzó sobre ellos en la oscuridad. Mohan se interpuso delante de Bone para bloquear al asaltante.

—Eh, eh, que soy yo —retumbó el familiar barítono de Mullens desde la oscuridad.

—Joder, Mark —Bone retrocedió.

—No hay nadie por detrás —carraspeó Mullens en su versión de un susurro.

Justo en ese momento, sonó el silbido familiar de Walker. Bone corrió a través de la casa y salió por delante. Ella volvió a silbar. Provenía de un almacén de heno casi en ruinas en el otro extremo de la finca. Cuando llegaron, Walker estaba en la entrada. Señaló con la cabeza hacia el interior y la siguieron. Al fondo del granero, el cuerpo flácido de Meiklejohn se balanceaba suavemente de una de las oxidadas vigas de hierro. Uno de sus zapatos colgaba de la punta de su pie, amenazando con caer, con el cuello partido inclinado en un ángulo de casi noventa grados con respecto a sus hombros.

—¿Suicidio? —preguntó Walker con escepticismo.

—Y un cuerno —replicó Bone—. Alguien ha llegado a él antes que nosotros.

—¿Quién?

—Bueno, no ha sido ese jornalero mindundi, eso seguro —Bone se encogió de hombros.

—¿Crees que es sensato ir a por McLean? —continuó Walker—. ¿Es capaz de hacer esto?

Todos se quedaron mirando el cuerpo, que crujía al balancearse.

—¿El fiscal jefe Ross McLean? ¿Es tu principal sospechoso? —dijo Mohan.

Bone asintió. —Nuestra prioridad es encontrar a Will con vida. Vámonos.

—¿No deberíamos descolgarlo o algo? —preguntó Mohan.

Bone negó con la cabeza. —No va a ir a ninguna parte. Dejémoselo a la Policía Científica. Vamos.

—Aviso yo, inspector —dijo Walker—. Y ni rastro del agente Harper.

—¡Eh! —resonó el vozarrón de Mullens desde el otro lado del patio.

—¿Qué pasa? —preguntó Bone, acercándose a su colega.

Mullens rondaba sobre los restos carbonizados de la hoguera de Meiklejohn.

—Cuando estuve aquí el otro día, lo vi quemando un montón de mierda en esta hoguera —dijo, hurgando en las cenizas con la bota. Se arrodilló—. ¿Ves esto? —Sacó un fajo de papeles medio

incinerado y lo dejó en el suelo—. Parece un montón de cartas. —Hojeó con cuidado los restos carbonizados.

—Son de su hijo. —Bone reconoció de inmediato la letra garabateada de Cucú-Tras.

—Esta está en bastante buen estado. —Mullens extrajo con cuidado el papel del centro del amasijo quemado—. ¡Mierda! —exclamó—. Esta parte de aquí va sobre el primer asesinato de Cucú-Tras. —Le dio la vuelta y siguió leyendo—. Joder, qué explícito es.

—Así que parece que Cucú-Tras mantenía a su padre al día de su juerga de asesinatos —replicó Bone.

—Y no hizo nada para detenerlo. Vaya par de cabrones malnacidos. —Mullens frunció el ceño.

—¿Cómo se nos pudo pasar eso? —dijo Bone—. Interrogamos a John Meiklejohn incontables veces durante la primera investigación.

—El viejo capullo era un buen mentiroso, como su hijo —dijo Mullens—. ¿Así que esto también era un chantaje?

—Eso parece —dijo Bone—. Está claro que tenía prisa por deshacerse de ellas.

—La Científica estará aquí en diez minutos, inspector —dijo Walker.

Bone dio un paso atrás. —Vale, tú y Sanjit esperad a los forenses y ponedlos al día. Vámonos, Mark. Este sitio me está revolviendo el estómago.

—Señor, tengo que confesar algo —dijo Mullens, alcanzando a Bone de camino al coche.

—¿Qué has hecho ahora?

—¿Te acuerdas de que me dijiste que vigilara sus movimientos? Bueno, pues me fui antes de tiempo.

—¿Cómo que antes de tiempo?

—Me llamó mi padre, dijo que era una emergencia, así que me fui antes de saber qué estaba quemando Meiklejohn. Y ahora está ahí dentro, de cháchara con los murciélagos. Quizá si me hubiera quedado, podría haberlo detenido o haber visto quién lo hizo.

—No te preocupes por eso, Mark, solo lleva ahí colgado unas pocas horas, mucho después de que estuvieras aquí —dijo Bone—.

Pero tienes que pensar seriamente en meter a tu padre en una residencia.

—No me digas —replicó Mullens y, mirando a Bone, añadió—: Gracias, señor.

Treinta y seis

Un agente uniformado estaba en posición de firmes frente a la sala de operaciones. Bone se acercó y él dio un paso al frente.

—Señor, el superintendente jefe quiere verle —dijo el agente con timidez.

—¿Qué es esto?

—Por favor, señor. —El agente le hizo un gesto a Bone para que lo siguiera.

—¿Así que ahora envía recaderos? Joder —masculló Bone—, pero lo siguió de todos modos.

La puerta de la sala de operaciones se abrió y Walker salió al pasillo. —¿Qué está pasando? —preguntó ella con aire desconcertado.

Bone se encogió de hombros y continuó andando, y el agente pasó de largo el despacho de Gallacher. Bone se detuvo y levantó una mano.

—Este es su despacho.

—Sígame, señor, por favor —insistió el uniformado.

Lo llevó escaleras abajo y se detuvo frente a la primera sala de interrogatorios.

—¿Aquí dentro? —preguntó Bone.

El agente llamó a la puerta y la abrió. —El inspector jefe Bone ya está aquí, señor —dijo enérgicamente e hizo entrar a Bone.

—¿Qué demonios está pasando? —empezó a decir Bone.

Gallacher vestía el uniforme completo, gorra incluida, encaramado detrás de una mesa de interrogatorios, flanqueado a un lado por una cara familiar del pasado de Bone: el superintendente jefe Barnes de la central de Edimburgo, con sus rasgos de rottweiler fulminando a Bone con la mirada. Al otro lado de Gallacher se sentaba la investigadora especial Tennyson, que sonrió al verlo acercarse. También había una figura sentada al fondo, detrás del comité de bienvenida.

—Buenas tardes, superintendente, cuánto tiempo sin verle —le dijo Bone al rottweiler impertérrito. Dirigió una mirada a Gallacher. —¿A qué se debe este comité de bienvenida?

—Siéntese, por favor, inspector jefe Bone —ordenó Barnes, con un gruñido que indicaba que algo horrible estaba a punto de suceder.

Bone obedeció y se sentó enfrente.

—Veo que nuestro amigo el señor McLean ha estado ocupado, entonces. Bone sonrió con sorna. Vio una cinta de vídeo VHS sobre la mesa, junto a la grabadora de audio.

—Para que conste, soy el subcomisario Frank Barnes, de la central de Edimburgo.

—¿Para que conste? ¿Estoy detenido?

—También están presentes el superintendente jefe Roy Gallacher, la investigadora especial Sarah Tennyson y el responsable de bienestar David Ross.

—¿Qué es esto? —gruñó Bone.

—Esta mañana, el superintendente jefe Gallacher ha recibido esta cinta de vídeo por correo. Barnes la cogió.

—¿Le ha comido la lengua el gato, señor? —dijo Bone con sarcasmo.

Gallacher frunció el ceño.

—Temiendo que pudiera tratarse de otro secuestro, el superintendente jefe Gallacher le pidió a la unidad de informática que convirtiera el contenido a MP4 —continuó Barnes.

—¿Esta historia es por entregas o es una película? La paciencia de Bone estaba a punto de agotarse.

Barnes abrió el portátil y lo apoyó contra la pared para que Bone pudiera ver la pantalla. —El vídeo contenía imágenes de las cámaras de seguridad de lo que creemos que es la agente Garvey en el aparcamiento del Scotsave la noche de su secuestro.

—Esa cinta fue robada de la casa de Will, señor. Bone dirigió su comentario a Gallacher.

Barnes lo ignoró y pulsó el botón de reproducir. La pantalla cobró vida con la imagen de un aparcamiento desierto.

—¿Y? —dijo Bone con impaciencia.

El vídeo continuó. El borrón de un coche pasó a toda velocidad por la entrada. Barnes pulsó el botón de pausa.

—No es precisamente digno de un Óscar. ¿Adónde quiere llegar? —gruñó Bone.

Miró de reojo a Tennyson, que garabateaba notas en un cuaderno de reportero.

—Informática aisló el vehículo que pasaba, captado en la grabación. Limpiaron la imagen y mejoraron la claridad y la definición tanto como la tecnología lo permitía. Barnes volvió a pulsar reproducir, pero esta vez a cámara lenta, fotograma a fotograma. La parte delantera del coche apareció y, cuando el vehículo entero estuvo en pantalla, la grabación se detuvo. —¿Qué marca y modelo de coche diría que es ese, inspector jefe Bone?

Bone se quedó boquiabierto. —No lo entiendo —dijo, sin palabras.

—¿Es ese su coche, inspector jefe Bone?

—No es posible.

—¿Cuántos Saab de esa antigüedad hay en Kilwinnoch? —insistió Barnes.

—Esto es un error.

—¿Así que está de acuerdo en que el coche de la grabación es el suyo?

—Yo no...

—También recordará que se recogieron algunas fibras de la fallecida durante la inspección forense.

—Ya empezamos... —Bone negó con la cabeza.

—Los resultados han identificado hasta ahora una coincidencia de fabricante.

—A ver si adivino: ¿un Saab noventa y seis, de alrededor de mil novecientos setenta y cuatro? —gimió Bone.

—Eso aún está por determinar. Tendremos que incautar su coche.

—¡Oh, vamos! —Bone se puso en pie.

El agente que estaba junto a la puerta se acercó.

—Seguro que esto le está encantando —le espetó Bone a Tennyson.

Ella levantó la vista, sonrió y dejó de escribir. Al dejar el bolígrafo, giró la mano momentáneamente y Bone vislumbró fugazmente una marca negra en la parte inferior de sus dedos.

—Siéntese, inspector jefe Bone —ordenó Barnes.

Bone volvió a sentarse a regañadientes.

—¿Dónde estaba usted la noche del veintiocho de septiembre, la noche en que la agente Garvey fue secuestrada y asesinada?

—¿Ahora soy sospechoso?

—Ha admitido que el coche de la grabación de las cámaras es el suyo —replicó Barnes.

—Así que soy el asesino. Asesiné a la agente Garvey y ahora a mi compañero, a quien admiro enormemente a pesar de su obsesión enfermiza con *La guerra de las galaxias*, lo estoy preparando para una sesión de embalsamamiento público en directo. ¿Me he dejado algo?

—¿Dónde estaba, inspector? —repitió Barnes.

—En casa. No puedo creer que le esté siguiendo el juego a este circo. Estaba en la cama, disfrutando de mi baja por enfermedad, y ahora desearía haberle mandado a la mierda, superintendente jefe Gallacher, *señor*.

Le lanzó una mirada furibunda a su jefe.

—Cuide su lenguaje, inspector jefe Bone —le advirtió Gallacher.

—¿Y puede alguien corroborar su historia? —continuó Barnes.

—No es una historia, Colombo —suspiró Bone.

—Cuando se reincorporó al servicio activo, ¿diría que estaba preparado?

Bone levantó las manos. —Oh, basta. Haga lo que tenga que hacer.

—El subcomisario jefe de Escocia ordena por la presente su suspensión del servicio activo a partir de este momento, a la espera de una investigación más a fondo. Barnes cogió un sobre de tamaño A4 que reposaba junto a sus notas y se lo entregó a Bone—. No está usted detenido en este momento, pero tendremos que volver a hablar con usted, así que, por favor, no abandone Kilwinnoch.

—Todo esto es cosa de McLean. Él le ha dicho que haga esto, ¿verdad?

—Es el procedimiento operativo estándar, inspector, ya lo sabe —replicó Barnes—. El responsable de bienestar Ross está aquí para ofrecerle su apoyo y asesoramiento si lo desea.

—¿Y usted no tiene nada que decir, superintendente jefe Gallacher? —Bone miró a su jefe.

—No está en mis manos —respondió Gallacher, evitando el contacto visual.

—Vamos, Roy, me están tendiendo una trampa. Lo sabe. Quienquiera que esté haciendo esto —quizá ese cabrón de McLean— se ha hecho con mi coche de alguna manera.

—¿Cómo es eso posible? —habló de repente Tennyson.

Barnes la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué ha dicho? —respondió Bone.

Ella se echó hacia atrás.

Barnes levantó un bolígrafo. —Necesito que firme ambas copias.

Bone rasgó el sobre, sacó la carta e hizo un garabato en el anverso.

—Y la copia, para sus propios archivos —insistió Barnes.

—Vaya farsa —gruñó Bone, firmó de nuevo y la dejó caer sobre la mesa.

—Esa es para usted.

—Enmárquela y mándemela por correo.

—Y necesitaremos su placa —continuó Barnes, impasible.

Bone se quitó el cordón del cuello y lo arrojó con tal fuerza que se deslizó por la mesa y aterrizó en el regazo de Gallacher. Se dio la vuelta y el agente que todavía rondaba cerca retrocedió ligeramente.

—¿Puedo irme o vamos a presentar cargos?

—Puede irse por ahora, pero como le he dicho, se le volverá a citar en breve —dijo Barnes—. Le sugiero que aproveche al máximo el apoyo que le ofrece el servicio de bienestar, y le recomiendo encarecidamente que se ponga en contacto con un abogado.

—Quizá le pida al letrado McLean que me represente —dijo Bone con desdén e hizo ademán de marcharse, pero el agente lo detuvo en la puerta.

—El agente Stevenson lo acompañará fuera de la comisaría —le gritó Barnes.

—¿Así que ni siquiera puedo recoger mis cosas de la sala de operaciones?

—Estoy seguro de que a uno de sus colegas no le importará llevárselas. Barnes sonrió, disfrutando claramente de su momento de victoria.

Bone abrió la boca para desatar su furia, pero luego cambió de opinión y siguió al agente hacia afuera.

A mitad del pasillo, Bone se detuvo. —Prefiero salir por la parte de atrás.

Retrocedieron y salieron por una puerta lateral, y luego cruzaron el aparcamiento trasero. En la verja, el agente se giró.

—Señor, por si sirve de algo, todo el mundo aquí le apoya.

Bone asintió y el agente abrió la verja. Mientras Bone cruzaba la calle, el equipo de la policía científica ya estaba ocupado subiendo su coche a un remolque. McKinnon, el periodista del *Chronicle*, apareció de la nada.

—¿Le toca un descanso anticipado, inspector? —dijo McKinnon con una sonrisa poco sincera.

—A la mierda, comadreja. —Bone lo apartó de un empujón.

—Claramente se ha librado del arresto, así que, ¿ha sido una amonestación o una suspensión en toda regla?

Bone estalló, agarró a McKinnon por el cuello y lo estampó contra una pared. —¿Quién le está pasando esta información?

—Un periodista nunca revela sus fuentes, inspector —jadeó el periodista.

Bone apretó más fuerte la garganta del hombre. —Podría detenerle como sospechoso.

McKinnon negó con la cabeza, su cara cada vez más congestionada mientras luchaba por respirar. A regañadientes, Bone lo soltó.

—Podría añadir agresión a sus desgracias —farfulló McKinnon, agarrándose la garganta.

—Mire. Nos conocemos desde hace mucho tiempo y ambos sabemos que lo nuestro no es precisamente como Thelma y Louise, pero estamos tratando de atrapar a un asesino de policías, y necesito su ayuda. —Bone decidió adoptar un enfoque más razonado—. Vamos, Colin, écheme una mano. ¿Quién le filtra esta información?

—Como le he dicho, no estoy autorizado a informarle de eso, pero digamos que es alguien muy cercano al caso.

—¿Quién, joder? —espetó Bone, a punto de volver a agarrarlo del cuello, y esta vez no parar hasta que sus rasgos de roedor dejaran de contraerse.

—Muy cercano —añadió McKinnon.

Bone levantó el puño para golpear al periodista, que se encogió contra la pared, pero entonces Bone se apartó.

—Piérdase de mi vista, me está contaminando el aire.

McKinnon se escabulló y, cuando estuvo a una distancia segura, sacó un par de fotos del coche de Bone mientras se lo llevaba la grúa. Bone empezó a perseguirlo, y él se dio la vuelta y echó a correr.

De camino a su piso, sonó el teléfono de Bone.

—Te has enterado, entonces —dijo Bone al contestar.

—Qué demonios está pasando? —La voz de Walker temblaba—. El superintendente jefe Barnes acaba de aparecer. Dice que te han suspendido y que ahora él está a cargo de la investigación.

—Escucha, olvídate de eso —replicó Bone.

—¿Que me olvide de eso? Joder, Duncan. Barnes ha puesto tu puta foto en el tablón del caso.

—Necesito que Baxter busque los expedientes de la investigadora especial Tennyson.

—¿Por qué?

—Todo lo que pueda encontrar —continuó Bone—. Dile que se remonte todo lo que pueda, el trabajo, cosas personales... todo, ¿vale?

—Vale, pero todavía no me has explicado por qué.

—¿Recuerdas el betún en la puerta improvisada de Meiklejohn?

—¿Que si me acuerdo? No consigo quitarme la puta porquería de las manos.

—Tennyson tampoco. Creo que le hizo una visita. Pídele a Baxter que me lo envíe todo y, cuando lo haya hecho, voy a necesitar tu ayuda.

—¿En tu casa? —replicó Walker sin dudarlo.

—En una hora. —Bone hizo una pausa—. A no ser que te preocupe que te relacionen con un sospechoso.

—Y una mierda —replicó Walker.

Bone fue corriendo a casa de Alice y aporreó la puerta con el puño. —Vamos, vamos —gritó, y volvió a golpear.

Alice finalmente abrió la puerta con su habitual expresión de agobio. —No es un buen momento, Duncan.

—Ah, gracias a Dios, Alice. Escúchame. Necesito que hagas algo por mí.

—¿El qué? —dijo ella, con un tono que ya se decantaba hacia la negativa.

—Lleva a Michael a casa de tu madre un par de días.

—¿Estás de broma? —Alice se encogió de hombros—. O sea, ¿cómo?

—Hablo en serio —insistió Bone.

—Pero Michael tiene colegio y yo tengo un montón de cosas que hacer. No podemos dejarlo todo porque tú lo digas. Es decir, ¿por qué? ¿Qué está pasando?

—Vas a tener que confiar en mí. Por favor, llévate a Michael. Solo serán unos días, y luego todo debería ir bien.

—¿Tiene que ver con este caso, el de los periódicos?

—Las cosas se están complicando.

—Joder, Duncan. Contigo las cosas *siempre* se complican. ¿Qué te ha impulsado a meterte precisamente en este caso?

—Ahora no hay tiempo para esto. Por favor, sabes que no lo pediría si no fuera necesario. Haz esto por mí.

—Es muy difícil. Mi madre y yo no nos llevamos precisamente bien.

—A Michael le encanta estar allí, con las gallinas y las ovejas, y además ahora estarán pariendo corderos —dijo, agarrándose desesperadamente a un clavo ardiendo—. Por favor, Alice.

—Llamaré a mamá a ver qué dice, pero si me pone pegas, entonces...

—¡Gracias! —exclamó Bone con alivio—. ¿Voy a buscar a Michael?

—¿Te refieres a ahora mismo?

—Sí.

—Joder —suspiró—. Vale, pero ya voy yo a por él, tú vuelve a tus complicaciones. Podía ver el pánico creciendo en los ojos de Bone, y su mente ahora estaba claramente casi por completo en la seguridad de su hijo.

Bone estaba a punto de darle las gracias de nuevo, pero Alice ya había cerrado la puerta.

Treinta y siete

El portátil de Bone emitió una ráfaga de pitidos mientras Baxter le enviaba archivos y documentos sobre Tennyson. Tal como Bone había supuesto en un principio, había estudiado en un colegio privado, pero en lugar de seguir la trayectoria habitual hacia Oxbridge, había optado por hacer carrera en el ejército, formándose como oficial en el regimiento de fusileros. Hizo clic en un par de enlaces más que lo llevaron a una imagen de ella, cogida del brazo, con un grupo de soldados junto a una tienda de campaña en algún lugar del desierto. El pie de foto decía: «Afganistán 2004».

Un par de pitidos más, y llegaron más documentos. No pudo averiguar si Tennyson había entrado en combate, pero otro registro le llamó la atención. Había recibido formación adicional como artificiera y había regresado a Oriente Medio en 2008 para ayudar a retirar minas terrestres. Luego, en 2009, su expediente militar se interrumpió. Se licenció. Buscó información sobre ese periodo, pero no había ninguna indicación del motivo. Sin embargo, al año siguiente, se matriculó en la carrera de Psicología Criminal en la Universidad de Glasgow. A continuación, trabajó para el servicio penitenciario escocés, lo que la llevó a su ascenso como investigadora especial de la policía.

Bone cogió el teléfono y llamó a Baxter.

—Señor, siento muchísimo lo que ha pasado —dijo Baxter en cuanto oyó la voz de Bone.

—¿Puede buscar detalles sobre la época de Tennyson como estudiante y, después, cuando trabajó como psicóloga criminal en el servicio penitenciario y luego con nosotros? —preguntó Bone.

—Sí, señor. Veré qué encuentro. —Y colgó.

Bone volvió a la pantalla, pero el timbre de la puerta lo interrumpió.

—Señor, creo que he encontrado algo. Walker estaba en el umbral, con aspecto agitado.

Bone la hizo pasar.

—¿Dónde está su portátil? —preguntó ella, marchando pasillo adentro.

—Aquí —Bone la llevó a la mesa del comedor, en el salón—. ¿Qué es? Abrió la tapa y la pantalla se encendió.

Walker introdujo una memoria USB. —Había algo que me rondaba la cabeza sobre el vídeo de Will, así que le pedí a Informática que lo pasara por la misma aplicación que Will ha estado usando, para ver si nos ayudaba a encontrar algún detalle que se nos pudiera estar escapando.

—¿Así que va a hacerme ver otra vez este espectáculo de terror?

—Lo siento, pero es solo un fragmento corto y verá por qué necesito que lo vea.

Walker preparó el archivo y la grabación se reprodujo a cámara lenta, ahora con un zoom sobre el ojo izquierdo de Will, cuyo párpado se abría y cerraba repetidamente. Unos veinte segundos después, el vídeo se detuvo y Walker levantó la vista.

—¿Lo ha visto? —preguntó.

—¿El qué? —Bone seguía confuso.

—Creo que es código Morse. Mire otra vez.

—¿Y usted cómo sabe eso?

—Fui *scout*, ¿recuerda? —contestó, y le dio a reproducir de nuevo.

—Eso es C-A-L-D-E-R-A —dijo Walker mientras la secuencia se repetía.

—¿Eh? —preguntó Bone, desconcertado.

Ella lo reprodujo una vez más, señalando la pantalla cada vez que Harper parpadeaba. —C-A-L-D-E-R-A. Estoy segura.

—¿Qué quiere decir? —Bone la miró entrecerrando los ojos.
—¿Quizá algo que ver con su caldera, en su casa?
—Joder. Genial. Vamos.

Treinta y ocho

Bone le pidió a Walker que parara al final de la calle de Harper.

—Será mejor que espere aquí. Los agentes no me dejarán pasar, y si te ven conmigo, te meterás en un buen lío.

—Espera aquí un minuto —dijo ella y se bajó del coche.

Bone la vio acercarse al agente que estaba apostado junto a la verja de entrada de Harper. Tras cruzar unas palabras, el agente asintió y echó a correr calle arriba hasta el final, desapareciendo al doblar la esquina. Walker volvió corriendo al coche.

—Solo tenemos unos minutos. Le he dicho que vaya a revisar el callejón de atrás de punta a punta porque me ha parecido ver a un par de macarras intentando entrar en el número uno. —Señaló la primera casa, en el extremo más alejado de la calle, y sonrió.

Bone salió de un salto. Corriendo hacia la verja de Harper, él y Walker se agacharon para pasar por debajo de la cinta policial y corrieron hasta la puerta.

—¿Cómo entramos? —preguntó Bone.

Walker sacó un juego de llaves. —Un juego de repuesto del cajón del despacho de Will.

Abrió la puerta y entraron.

En la cocina, Bone revisó un par de armarios. —¿Dónde está la jodida caldera? —dijo, abriendo y cerrando unos cuantos más.

Volvieron al vestíbulo y Walker localizó el armario del calentador y lo abrió.

—La caldera —dijo ella.

Bone examinó la parte delantera del aparato, luego se inclinó y comprobó la infinidad de tuberías y válvulas de debajo. Pasó la mano por el lateral y después apretó los dedos en un estrecho hueco entre el aparato y la pared. La uña rozó algo duro que no sonaba a tubería. Le dio un empujoncito y una cinta VHS cayó por el otro lado, aterrizando en el suelo a los pies de Walker.

—¿La cinta de Scotsave? —Bone la recogió.

—¿No se la habían enviado a Gallacher? —respondió Walker.

—Will tiene un aparato aquí, ¿no? —dijo Bone. Volvió corriendo al salón. El reproductor de vídeo seguía sobre la mesa de centro donde Harper lo había dejado. Lo enchufaré a la tele. —Comprobó la parte trasera del vídeo, pero faltaban los cables—. Mierda.

Walker vio la caja que había sobre un aparador junto a la ventana. La cogió, le dio la vuelta y un amasijo de cables se derramó. Se los llevó y, tras pelearse para desenredarlos, Bone localizó el conector de la tele, lo enchufó todo y encendió los aparatos.

—Las ventajas de que a uno le guste lo retro. —Metió la cinta en el aparato y, tras un par de intentos fallidos, consiguió que el vídeo y la tele se comunicaran. Pulsó el botón de reproducir, pero no pasó nada. —Joder.

—Espera. —Walker metió la mano por detrás del aparato e intercambió unos cables—. Inténtalo otra vez.

La pantalla de la televisión parpadeó y el vídeo empezó a reproducirse.

—Scotsave debe de tener dos cámaras de CCTV en el aparcamiento —dijo Bone. Pero se interrumpió cuando el coche se detuvo junto a la verja y el conductor miró hacia la pantalla. Rebobinó y volvió a reproducirlo. Miró a Walker. —Es la puta de Tennyson.

—Eso parece —respondió Walker.

—Así que por eso el Cucú-Tras no paraba de decir «mi viejo amigo» —masculló Bone.

—¿Qué? —preguntó Walker.

Pero Bone ya estaba hablando por el móvil. —Roy, soy yo —dijo en cuanto Gallacher respondió.

—Duncan, todo el asunto está fuera de mi alcance.

—Escuche —le interrumpió Bone—. ¿Sigue Tennyson ahí?

—¿Qué?

—La investigadora especial, ¿sigue en la comisaría?

—Duncan, está usted suspendido y bajo investigación. Ni siquiera debería estar hablando con usted ahora mismo.

—Solo dígamelo —le instó Bone.

—Creo que sí. La he visto en el pasillo hace unos diez minutos. ¿Qué está pasando?

—Ha secuestrado a la agente Garvey y probablemente tenga a Harper.

—Por el amor de Dios, Duncan. De verdad que ha perdido la cabeza.

—Estoy en casa del detective Harper. He recuperado una grabación de CCTV de Tennyson conduciendo mi coche y recogiendo a Garvey. Pruebas irrefutables.

—No debería estar en su casa. ¿Ha entrado a la fuerza?

—Sí, he entrado a la fuerza. Estoy solo.

Walker le arrebató el teléfono de las manos a Bone.

—Señor, estoy aquí con el inspector jefe Bone. Yo también he visto la grabación. Es verdad. Tennyson es nuestro objetivo. —Silencio—. ¿Señor?

—¿Qué quiere que haga? —dijo finalmente Gallacher.

Bone recuperó su teléfono. —Reténgala allí todo lo que pueda.

—¿Qué va a hacer?

—Vamos a encontrar a Will.

—Este es un caso de puta madre —dijo Gallacher—. Tiene que mantenerse al margen, Duncan, y dejar que la inspectora Walker...

Pero Bone le cortó la comunicación y llamó a Baxter. —Necesito la dirección de Tennyson.

Unos instantes después, Baxter volvió a llamar. —Cedric Road, veintitrés, Mossilpark.

—Dígale a Mark que siga a Tennyson si sale de la comisaría. —Bone colgó—. ¿Cuánto tardaremos en llegar a Mossilpark?

—¿Conduciendo yo o tú? —respondió Walker—. Veinticinco minutos, más o menos.

—Vamos.

Cuando salían de la casa, el agente, sofocado y sudado, llegó de vuelta a la entrada principal.

—Ni rastro de... —Se detuvo cuando Walker y Bone pasaron a su lado, empujándolo—... intrusos—jadeó, y se desplomó contra la pared, exhausto.

Quince minutos después, y cinco minutos más rápido de lo que el Stig de *Top Gear* lo habría conseguido, Walker metió el coche en Cedric Road y paró.

—El veintitrés está por aquí —dijo Walker, examinando los números de la hilera de casas.

—Vamos —dijo Bone.

Salieron atropelladamente del coche y recorrieron la calle.

Por suerte, el número veintitrés era una casa adosada de esquina. Corrieron por el lateral y, al encontrar una cancela en la alta valla, Bone probó el pomo. Estaba cerrado. Empujó con el hombro, pero no cedió.

—¿Un impulso? —Walker se agachó con las manos ahuecadas.

Bone levantó el pie y Walker prácticamente lo lanzó por encima. Él saltó al modesto patio y abrió la cancela para dejar entrar a Walker. Luego, probó la puerta.

—Jefe —susurró Walker, y señaló la ventana de guillotina. Golpeó el marco dos veces y la ventana se abrió de golpe.

—¿Cómo demonios haces eso? —Bone se encogió de hombros y entró. La cocina estaba en penumbra y era claustrofóbicamente pequeña. —Tú registra aquí abajo, yo miraré arriba.

Subió de un salto la estrecha escalera y probó la primera puerta. Un cuarto de baño. Lo inspeccionó rápidamente y continuó. La siguiente, un dormitorio individual. Su espartano interior indicaba que era una habitación de invitados sin usar. Probó la tercera. Era el dormitorio de Tennyson. Entró con sigilo para examinar el tocador, un desordenado revoltijo de cosméticos, artículos de aseo y demás

parafernalia. Tiró de un cajón de debajo, que estaba atiborrado de bragas y sujetadores. Abriendo un estrecho armario en la esquina, rebuscó en los bolsillos de algunas chaquetas y abrigos, pero aparte de un paquete a medio comer de caramelos de menta y algunos pañuelos usados, no había nada de utilidad. Se dirigió a la mesita de noche. Encima descansaba una novela. Miró el título. *Bravo Two Zero* de Andy McNab.

—Esto le pega —murmuró.

En un estante inferior, una bandeja metálica de entrada repleta de papeles. Bone se arrodilló y echó un vistazo al montón, pero entonces vio una llave metida entre dos sobres. La sostuvo bajo la lámpara para verla más de cerca. Era la llave de su Saab, o al menos una réplica impecable, con el mismo logo distintivo de los setenta en la cabeza.

Estaba a punto de marcharse a toda prisa cuando vio un trozo de papel en el suelo, debajo de la cama. Arrodillándose, metió la mano. Era un marcapáginas, y en el reverso había un número de móvil, garabateado a lo largo. Manipulando de nuevo su teléfono, tecleó rápidamente los dígitos. La llamada conectó, sonó y casi de inmediato alguien respondió.

—¿Quién es? —preguntó Bone.

—Trasteros Depot, señor. ¿En qué puedo ayudarle?

En cuanto Bone colgó, el teléfono sonó de nuevo. —Mierda —masculló, tocando la pantalla—. ¿Sí?

—Tennyson salió hace veinte minutos. Creía que seguía en su despacho, lo siento —dijo Gallacher.

—Trasteros Depot en la antigua Fells Road. Alerte a la unidad táctica, pero no la envíe todavía. Lo último que necesitamos es que Tennyson se asuste. Le llamaré de vuelta.

—¡Bone... Bone! —gritó Gallacher al teléfono.

Pero Bone colgó. Bajó las escaleras como una exhalación.

—Creo que acabo de encontrar a Will —le dijo a Walker sin aliento.

Treinta y nueve

Los trasteros estaban situados en el solar de la antigua fábrica de papel, en la vieja carretera principal entre Kilwinnoch y Campsie Fells. Los almacenes variaban de tamaño, pero la mayoría eran lo bastante grandes como para guardar las posesiones de una casa normal o un par de coches. La empresa no se había molestado en hacer gran cosa con la antigua fábrica. En su lugar, había instalado los contenedores metálicos alrededor y entre los edificios. Cuando Walker se acercó al desvío hacia el camino, redujo la velocidad.

—Seguro que Gallacher ha llamado a la unidad táctica —dijo—. Y si están ahí, no le dejarán pasar. —Se detuvo, luego dio marcha atrás por la carretera y se metió en un apartadero.

—Conozco otra forma de entrar —dijo.

Bone la siguió fuera del coche. Corrieron de vuelta por la carretera y Walker saltó por encima de un paso de escalera para entrar en un campo; la media luna en un cielo inusualmente despejado proporcionaba luz suficiente para ver el sendero.

—Por aquí —dijo, y bajó por un terraplén hasta la orilla de un arroyo de corriente rápida.

Bone descendió a trompicones tras ella.

—¿Está segura de que es por aquí? —preguntó, tropezando con unas rocas.

—Desemboca justo en el centro de la fábrica. —Saltó con destreza de una roca a otra.

Un par de resbalones más y Bone estaba metido en el arroyo hasta las rodillas, pero continuó. Unos minutos después, llegaron al primer edificio anexo. El río se estrechaba, haciendo que fuera marginalmente más fácil avanzar. Lo siguieron por debajo de un puente, con Bone aferrado a la pared mientras el agua le lamía los tobillos. Al otro lado, el recinto principal ya estaba a la vista. Enormes unidades de acero estaban atornilladas a los edificios existentes. Manteniéndose agachados, subieron por el terraplén y entraron en el patio, usando una fila de bidones de petróleo como cobertura.

—Podría estar en cualquiera de estos —susurró Bone.

Walker señaló al otro lado del patio, a una luz tenue apenas visible a través de un hueco sin ventana en uno de los edificios antiguos. Serpentearon por el borde del patio, pegándose a los edificios. Cuando llegaron al edificio en cuestión, Bone le indicó a Walker con un gesto que rodeara por el lateral, mientras él se acercaba al frente con cautela. Agachado, asomó la cabeza y atisbó por la ventana. La luz venía de más adentro.

Registró el frente, pero no pudo ver ninguna puerta, así que se deslizó y atravesó el agujero de la pared, para luego rodar sobre el suelo de piedra del interior. Se giró al oír un sonoro clic a su izquierda. Alguien se movió en la oscuridad. Se apretó más contra la pared y contuvo la respiración. La sombra se desplazó lateralmente y luego desapareció. Se inclinó hacia delante para ver mejor, pero su pie tropezó con la pared y un trozo de yeso se desprendió, golpeando el suelo con un fuerte *izas!*.

Bone se levantó de un salto, anticipando un ataque desde las sombras, pero todo estaba en silencio. Continuó a lo largo de la pared, dirigiéndose hacia el punto de luz que tenía delante, pero a medida que se adentraba en el edificio, la oscuridad se intensificaba. Tropezó con algo a sus pies, se detuvo, escuchó y continuó. Al acercarse a la fuente de la luz, esta se extinguió de repente y la más absoluta oscuridad lo envolvió. Ahora estaba completamente ciego, pero siguió tropezando, usando la pared como guía. Cuatro o cinco pasos, y su mano entró en contacto con un metal frío y liso. El lateral de un contenedor o tal vez una puerta. Pasó la palma de la

mano por la superficie, buscando un tirador, y con un suave crujido, se abrió. Entró y, extendiendo los brazos, escrutó la impenetrable oscuridad.

De repente, alguien le agarró del brazo, tirando de él hacia delante y hacia el suelo. Instintivamente, se retorció y rodó sobre sí mismo, liberándose de la presa. Saltó hacia arriba y hacia atrás, pero fue golpeado desde un lado, la fuerza del golpe lo derribó al suelo de nuevo. Poniéndose en cuclillas, cargó en la oscuridad en plena posición de melé y se estrelló contra un cuerpo. Cayeron en un amasijo, agitando puños y pies. Bone agarró un puñado de tela o de pelo y, con el puño libre, aporreó el cuerpo del asaltante, sus nudillos conectando finalmente con piel y hueso duro. El atacante le rodeó el cuello con un brazo y le retorció el cuello como si fuera el corcho de una botella. Bone trató de zafarse de la presa, pero era demasiado fuerte, y boqueó en busca de aire.

Arañó el suelo y sus dedos rozaron algo duro. Un ladrillo. Se echó de lado para alcanzar el arma. La agarró y se la estrelló en un lado del cráneo del atacante. Los brazos del agresor cayeron y Bone se escabulló de debajo del cuerpo inmóvil. Jadeando, buscó a tientas su móvil y encendió la linterna, apuntando el haz de luz hacia el suelo donde yacía su asaltante. Pero allí no había nadie.

—¡Joder! —Otro crujido detrás de él y se giró de golpe, con los puños en alto.

—¡Señor, soy yo! —Walker emergió de la oscuridad.

—¡Joder! —dijo Bone.

—¿A qué venía tanto ruido?

—Chss —siseó Bone. Volvió a dirigir el haz de luz hacia la habitación.

Walker avanzó, siguiendo el haz de luz, registrando el espacio.

—Está aquí dentro, en alguna parte —susurró Bone.

Girando sobre sí mismo, proyectó el haz hacia delante y vislumbró una silla. Walker lo siguió con cautela. Bone barrió con el haz, y la luz se posó sobre el cuerpo semidesnudo de Harper.

Bone corrió hacia él. —¿Will? —dijo, entregándole la linterna a Walker—. ¡Will! —Lo sacudió, pero Harper no respondió. Bone le tomó el pulso en el cuello.

—Sigue vivo. ¡Por los pelos! —dijo.

—Mire eso. —Walker iluminó con el haz la botella en el suelo, ahora más de media llena con la sangre extraída de Harper.

Una puerta se cerró de golpe al otro lado de la sala. Bone se levantó de un salto.

—Llame a una ambulancia —ordenó, y cruzó la sala corriendo hacia el patio.

La luz de la luna iluminaba una figura que corría a través de él.

—¡Tennyson! —gritó Bone.

La figura se detuvo un segundo y luego continuó, desapareciendo detrás de uno de los trasteros. Bone la persiguió. Pero cuando llegó al trastero no había ni rastro. Dio un rápido giro de trescientos sesenta grados, pero la persona se había esfumado. Continuó hasta el final del edificio, hasta la valla trasera. Sacudió la alambrada y distinguió un agujero a su izquierda, cortado lo suficientemente ancho como para arrastrarse por él. Pasando a través, se puso en pie de un salto y corrió por un sendero al lado de un campo. Cuando llegó al final, saltó el muro para volver a la carretera. Unos faros le estallaron en la cara, y saltó de lado hacia el terraplén mientras un coche lo esquivaba por poco y pasaba a toda velocidad.

Corrió por la carretera hasta donde habían dejado el coche de servicio y se detuvo. «¡No tengo las llaves!». Se buscó el móvil a tientas. «Ni móvil. ¡Jooooder!».

Justo entonces, otros faros aparecieron sobre la cima de la colina. Un coche patrulla. Salió a la carretera y se interpuso en su camino.

El conductor pisó el freno y el coche se detuvo con un chirrido a un metro de él. Un agente salió de un salto.

—¡Necesito su coche! —gritó Bone.

—¿Quién es usted? —dijo el agente con incredulidad.

—El inspector jefe Bone. Necesito seguir al coche que acaba de cruzarse con usted.

—Inspector jefe Bone, ¿no está usted suspendido?

—Pues arrésteme, maldita sea, pero dé la vuelta y siga a la puta asesina de policías.

—Sí, señor —dijo el agente.

Corrieron de vuelta al coche. Con un cambio de sentido chirriante, el agente aceleró de nuevo por el camino.

—¿Lo ve? —dijo Bone desde el asiento del copiloto, escudriñando la oscuridad en busca de faros.

—Ahí. —El joven agente de la parte de atrás señaló los haces de luz en movimiento en la ladera.

—Ha cogido la carretera de Rest, por la cima —dijo el conductor.

—¿Solicitamos refuerzos? —preguntó el agente de atrás.

—Sí, la sospechosa está armada y es muy peligrosa —dijo Bone —. Pero dígales que mantengan las distancias. No queremos un baño de sangre. —Se inclinó y miró de reojo el velocímetro—. ¿Esto no corre más?

—Oh, sí. —El agente sonrió y, haciendo crujir las marchas, pisó a fondo. En el desvío a la carretera de Rest, apenas redujo la velocidad, y el coche patrulla tomó la curva a gritos—. Esta carretera tiene unas curvas de la hostia. Más vale que se abrochen los cinturones.

El resplandor carmesí de las luces traseras de Tennyson era ahora visible delante. La estaban alcanzando. El coche serpenteaba hacia la cumbre, la carretera se estrechaba con una caída en picado a su lado, pero el conductor tomó curvas cerradas a una velocidad de vértigo con seguridad profesional, y pronto llegaron a la cima, donde la carretera se ensanchaba de nuevo. El agente de atrás murmuró algo ininteligible.

—¿Qué decías, Jim? —preguntó el conductor.

—He dicho que creo que voy a... —El agente bajó rápidamente la ventanilla, sacó la cabeza y vomitó por el lateral de la puerta. El vómito se agitaba detrás como una exhibición de los Flechas Rojas de zanahorias troceadas.

—Por el amor de Dios —se quejó el conductor—. Vas a limpiar eso cuando volvamos a la comisaría.

El agente, con el rostro pálido, se limpió la boca. —No estoy acostumbrado a ir detrás.

—Te tengo, cabrona —exclamó Bone, al ver de nuevo las luces traseras de Tennyson, más adelante y aún más cerca.

Pero entonces su coche giró bruscamente a la derecha y desapareció por un camino.

—¿Adónde diablos va? —dijo Bone.

—Es un atajo a la carretera principal, agárrese —dijo el conductor, y el coche se desvió hacia el camino, rebotando y traqueteando violentamente en los baches y las marcas de tractor de treinta centímetros de profundidad.

—Oh, por el amor de Dios —gruñó el agente Jim y luego tuvo otra arcada.

Cuando finalmente llegaron al final del camino y a la carretera principal, se detuvieron.

—¿Por dónde? —dijo el conductor.

Bone miró a izquierda y derecha. —¡Ahí! —Un destello de luz rebotó en un grupo de pinos.

Cruzaron la carretera principal y se adentraron por otro camino estrecho.

—¿Adónde lleva esto? —preguntó Bone, mientras los altos setos pasaban a toda velocidad a ambos lados.

—Hacia Carronhead, y luego a Stirling —respondió el conductor, luchando con el volante mientras el coche se precipitaba por el camino.

—¿Carronhead? —repitió Bone.

—Sí.

—Oh, mierda.

—¿Qué? —el conductor miró de reojo y el lateral del coche rozó una rama que sobresalía, golpeando la ventanilla de Bone.

—Ahí es donde está mi mujer.

El conductor pisó el acelerador con más fuerza y, en la siguiente curva, el ominoso resplandor rojo sangre de las luces traseras de Tennyson reapareció delante.

En las afueras de Carronhead, un tropel de luces azules parpadeantes apareció detrás de ellos.

—¿Esa es su idea de pasar desapercibidos? —refunfuñó Bone.

El coche de Tennyson giró bruscamente a la derecha y se desvió hacia una urbanización. El coche patrulla lo siguió, serpenteando entre hileras e hileras de viviendas de protección oficial con forma de

caja de zapatos, apretujadas en una uniformidad insulsa. El conductor giró bruscamente a la izquierda.

—¿Qué hace? ¡La va a perder!

—Un atajo —respondió el conductor y luego tomó otra izquierda inmediata, rugiendo por otra calle idéntica. En el cruce, pisó los frenos a fondo. —Espere —dijo, y momentos después, el coche de Tennyson pasó a toda velocidad, y él salió tras él con los neumáticos chirriando.

—Buena idea —dijo el agente de atrás, recuperando el color en la cara.

El coche de Tennyson continuó a toda prisa por el centro del pueblo y luego salió por el otro lado.

Bone rezó para que siguiera de largo, pero para su horror, giró hacia el camino que llevaba a la finca de la madre de Alice.

—Ahí es donde va... ¡más rápido! —dijo Bone.

Los faros traseros desaparecieron al tomar otra curva cerrada, y cuando el coche patrulla llegó a la curva, el coche de Tennyson se había esfumado. El conductor pisó el freno.

—¡No pare! —gritó Bone.

—Lo hemos perdido. —El conductor aporreó el volante.

—¡Siga!

Metió segunda y arrancó de nuevo con un rugido.

—Tome la próxima a la izquierda —dijo Bone.

El conductor hizo girar el coche y se metió en otro camino.

—¿Ve la casa de ahí arriba, con las luces encendidas?

El agente asintió y continuó, llegando a la verja de la granja. El coche de Tennyson estaba justo al otro lado, con la puerta del conductor abierta y el motor todavía en marcha.

Bone echó un vistazo alrededor del coche. —¿Lleva usted algún arma?

—Solo lo habitual —dijo el conductor—. ¿Habéis traído el espray de pimienta? —le preguntó a su colega de atrás.

—Lo siento —dijo el joven agente—. Puede que haya un táser en el maletero, voy a comprobarlo. Empezó a salir del coche.

—No hay tiempo, deme su porra —le dijo Bone al conductor.

El agente metió la mano en el bolsillo lateral de la puerta y sacó el arma. Bone se la arrebató de la mano y todos saltaron fuera. Los dos agentes se abrocharon los chalecos y se prepararon.

El conductor corrió hacia el maletero y sacó un chaleco antibalas. —Tenga, póngase esto, señor.

—Vosotros dos, rodead la casa cada uno por un lado. Tened cuidado. Bone se subió la cremallera del chaleco.

En contra de todo instinto profesional, corrió hacia la casa de la granja y aporreó frenéticamente la puerta principal.

—¡Alice! —gritó, y se quedó escuchando. Nada. Tiró del pomo. Pero estaba cerrado con llave y, al mirar por la ventana más cercana, no pudo ver nada más allá del marco. Estaba a punto de correr hacia un lado cuando la puerta principal se abrió de golpe. Bone levantó la porra, listo para golpear... y entonces Ruth, la madre de Alice, retrocedió sorprendida.

—Duncan, ¿qué haces?

—Oh, gracias a Dios —dijo Bone con alivio.

Michael apareció detrás de la mujer. —¡Papá! —gritó, y, apartando a su abuela, saltó a los brazos de su padre.

—¿Dónde está Alice? —Bone escudriñó el pasillo.

—Está en el despacho, ayudándome a arreglar las cuentas —contestó Ruth—. Lleva ahí metida horas. Espero no haberla vuelto a liar. —Entonces vio el convoy de coches de policía con las luces intermitentes que subía por el camino hacia la casa—. ¿Qué está pasando, Duncan? —preguntó con ansiedad.

—Coge a Michael, métete dentro, cierra las puertas con llave y aléjate de las ventanas. Le devolvió a su hijo, que no paraba de moverse, a Ruth—. ¡Ahora! —gritó.

Ella cerró la puerta de un portazo. Mientras corría por el lateral, un silbido atravesó el aire, y se dirigió hacia los antiguos establos, ahora convertidos en el improvisado despacho de Ruth. Se agachó junto al lateral del remolque y corrió hacia el edificio. Se deslizó por la pared y se asomó por la puerta del establo entreabierta. El despacho estaba desierto. Volvió a la puerta, probó el pomo y le dio un empujoncito. Levantando la porra, estaba a punto de entrar a la

carga cuando un dolor ardiente le recorrió el cráneo y, antes de que pudiera gritar, se desmayó.

Bone abrió los ojos y el resplandor de la luz fluorescente del despacho le apuñaló el cráneo como la mordedura de una cobra. Tenía la mente aturdida y lenta, y tardó unos segundos en averiguar dónde estaba. Se miró. Estaba sentado en una silla, con las muñecas atadas, y el chaleco policial que se había puesto en el coche estaba salpicado de sangre. Se le nubló la vista y casi se desmayó. Sacudió la cabeza y volvió en sí. El chaleco era diferente. Estaba envuelto en una maraña de cables, con una fila de objetos en forma de vara que se extendían por su pecho. *Un chaleco suicida. ¡Joder!*

—¡Cucú!

Giró la cabeza al oír el susurro en su oído. Tennyson surgió de la oscuridad y se detuvo sobre él.

—Vaya, ¿no está usted guapísimo? —siseó ella, con su chaqueta de combate negra manchada de barro y rasgada en el hombro.

—Jennifer Bailey —arrastró las palabras Bone.

—Ah, es usted bueno. Se lo reconozco, inspector —se mofó Tennyson.

—¿Dónde está mi mujer? ¿Qué le ha hecho? —Bone tiró de las ataduras, pero estaban demasiado apretadas.

—Está echándose una siestecita. Por lo que he oído, es terriblemente agotador estar casada con usted.

Bone vio un detonador del tamaño de un puño en la mano de ella.

—Odiaba a los Bailey, la familia de acogida infernal —continuó—. Pero Tennyson me va bien, ¿no cree? Quiero decir, es ingenioso, ¿a que sí? Yo nunca me lo inventaría, es demasiado obvio. —Giró el dispositivo para que Bone pudiera ver un botón blanco que sobresalía del lateral—. Fueron muy buenos conmigo. —Lo miró fijamente—. ¿Disfruta de su viaje al pasado? —Su sonrisa burlona regresó.

—Nada de esto va a traerlo de vuelta —graznó Bone.

—Usted me lo arrebató.

—Él se lo hizo a sí mismo.

—Destruyó todo lo que teníamos, y ahora yo voy a hacerle lo mismo a usted y a la Bella Durmiente de ahí dentro. —Señaló con la cabeza la habitación del fondo. Su pulgar se cernía sobre el botón.

—Ojo por ojo, ¿es eso? —intervino Bone—. Qué patético. Él era un asesino en serie de verdad. ¿Qué es usted? ¿Una fan triste y obsesionada? Se está riendo de usted ahora mismo. Lo sabe, ¿verdad?

—¡Cállese! —Lanzó el brazo hacia delante, amenazando con pulsar el botón de nuevo.

—Hay una cosa que no entiendo. ¿Por qué matar a ese pobre oficinista por esos archivos? Vamos. Su novio psicópata no habría sido tan estúpido.

—Yo le di esto, y usted me lo robó. —Sacó una cadena del cuello, de debajo de su chaqueta—. San Cristóbal —dijo, acariciando un colgante abollado y ennegrecido que pendía del extremo—. Lo llamaba su talismán de la suerte.

—Bueno, está claro que funcionó. ¿Y Sam Tozier murió por eso?

—Él fue un recipiente.

—Es un recipiente muerto y otra familia destruida.

—Él me amaba —dijo Tennyson—. No tiene ni idea.

—A mí me amaba —se burló Bone—. Pero escúchese. Se amaba a sí mismo, y punto. Sabe que se burlaba de usted cuando lo visitaba en la cárcel. La llamaba *a usted* su recipiente.

—Voy a acabar con usted —gruñó Tennyson—. Tal y como él ha ordenado.

—Entonces, ¿por qué se molesta con mi ex? Ella no tiene nada que ver con esto. Meiklejohn no malgastaría ni el aliento en ella.

—Queremos que sufra como hemos sufrido nosotros.

—¿Por qué no la deja ir? Así podrá concentrar todos sus esfuerzos en volarme por los aires.

—Es una oferta de dos por uno. —Su risotada rebotó en las paredes.

—Me visita, ¿sabe? Seguro que a usted no la visita.

—¡Es usted un puto mentiroso!

—Oh, sí, casi todas las noches. Me advirtió sobre usted. Creo que quería que lo detuviera.

—Cierre el pico.

—Sinceramente, creo que quiere que lo perdone. Es su expiación —insistió Bone.

—Su expiación será la muerte de usted —replicó Tennyson.

—Ríndase, Tennyson. Hay más armas ahí fuera que en una boda de la mafia. —Señaló con la cabeza la batería de luces de la policía que deslumbraban a través de la ventana principal—. Ha servido en el ejército. Debería saber mejor que nadie cuándo hay que asumir las pérdidas y rendirse.

—¡No antes de que usted muera! —gritó, y levantó el puño, pero antes de que pudiera pulsar el botón, la puerta trasera se abrió de golpe.

Alice entró corriendo y golpeó a Tennyson en el lateral de la cabeza con una pala, derribándola de costado al suelo y haciendo que el detonador saliera volando. Bone se echó hacia atrás sorprendido mientras la pala pasaba rozando su cabeza.

Alice se quedó quieta un segundo, jadeando mientras la sangre le caía a chorros por la cara de una herida profunda en la frente.

Derribada pero no fuera de combate, Tennyson se deslizó hacia el detonador que yacía junto a la ventana.

Recuperando las fuerzas, Alice corrió hacia la mujer y la golpeó de nuevo en la nuca. Tennyson se desplomó hecha un amasijo sangriento, gimiendo.

Alice corrió rápidamente hacia Bone y le desató las muñecas, luego retrocedió alarmada al ver el chaleco. —¿Qué hago? —Se retorció las manos aterrorizada.

—¿Dónde está el detonador? —preguntó Bone.

—Creo que está por allí. —Alice se giró, pero se quedó inmóvil al ver a Tennyson de pie junto a la ventana, agarrando el interruptor.

—¡Ni se te ocurra! —dijo Alice, y cogió la pala.

—Oh, no. —Tennyson levantó el brazo— ¡Voy contigo, mi amor! —gritó, y su pulgar se movió sobre el interruptor.

Entonces, de repente, Mullens irrumpió por la puerta, flanqueado por dos agentes armados.

—¡Eh, Pequeña Miss Sunshine! —vociferó. Levantando un táser, disparó y el cable de púas salió disparado de la pistola y se clavó en el cuello de Tennyson.

La descarga eléctrica crepitó, su rostro se contorsionó y cayó al suelo como un saco de nabos maltrechos. Los dos agentes corrieron y forcejearon con sus brazos y piernas convulsionados.

—Ya era hora —le dijo Bone—. Espósala.

—¿Qué coño es eso? —Mullens retrocedió al ver la maraña de cables alrededor del pecho de Bone.

—Las correas. —Bone tiró suavemente de las tiras de velcro del lateral del chaleco.

—¿No debería encargarse de esto la unidad de intervención? —Mullens miró por encima del hombro a los VRA.

—No hay tiempo. Podría haber pulsado el botón; no sabemos de cuánto tiempo disponemos. Hazlo.

—Oh, Cristo. —Mullens jugueteó con una de las correas. Se detuvo y consideró el chaleco—. Tal vez...

—Espera... ¿Qué haces? —dijo Bone—. ¡No! ¡Es una orden!

—A la mierda con esto —exclamó Mullens y, con fuerza bruta, le arrancó el chaleco del pecho a Bone. Cogiéndolo como a un bebé recién nacido, salió corriendo al recinto, vociferando—. ¡Policía! ¡Policía! ¡No me disparéis, idiotas!

Alice se sentó en el suelo y luego se giró de lado.

—¡Alice! —dijo Bone, y se acercó a ella tambaleándose—. ¡Asistencia médica! —vociferó, y luego volvió a vociferar.

Momentos después, dos sanitarios ansiosos aparecieron en la puerta, seguidos por un flanco de agentes armados. Uno de ellos atendió a Tennyson, mientras que el segundo examinaba a Alice.

—Es un buen tajo —le dijo la sanitaria a Bone mientras se arrodillaba.

Bone se llevó una mano a la cara ensangrentada. —He tenido peores. ¿Está ella bien?

La sanitaria examinó la herida en la cabeza de Alice, y Alice soltó un gemido suave.

—Solo se ha desmayado. Tendrá un dolor de cabeza muy fuerte, pero esperemos que nada demasiado grave —intentó tranquilizar a

Bone la sanitaria.

Alice abrió los ojos, y un momento después, se incorporó lentamente, llevándose las manos a la cabeza.

—Con cuidado. —La paramédica la sujetó del brazo.

Alice murmuró algo ininteligible, con la mirada perdida.

—Tiene una conmoción cerebral —dijo la paramédica—. La llevaremos a la ambulancia.

Bone les ayudó a subir a Alice a una camilla, y se dirigieron a la puerta.

—Inspector Jefe Bone. Saliendo. —Se adentró en una batería de luces cegadoras y una línea de policías armados que le apuntaban con sus armas.

La línea se abrió, y los sanitarios llevaron a Alice a la ambulancia aparcada en la entrada.

—¡Mark! —Bone recorrió con la mirada el muro de caras, pero no pudo verlo—. ¿Adónde ha ido el detective Mullens? —le gritó a uno de los agentes armados.

Una fuerte explosión retumbó en el patio de la granja.

—¡Jesús! —exclamó Bone. Se giró para correr por el lateral del edificio del despacho, pero el agente armado lo agarró.

—No tan rápido, inspector —insistió el hombre.

—Es uno de mis hombres —vociferó Bone e intentó zafarse de su agarre.

—¿Son ellos? —dijo el agente del PRA con una sonrisa.

Mullens y los dos agentes de la persecución de coches aparecieron, caminando lentamente hacia la línea. Estaban cubiertos de la cabeza a los pies de una especie de sustancia fangosa. El olor llegó antes incluso de que alcanzaran la línea.

—¿Qué demonios, Mark? —preguntó Bone.

—Tiré la puta cosa a la fosa de purines. Pensé que era el lugar más seguro. —Se limpió una gruesa capa de mierda de vaca licuada de los ojos y la boca.

—Parece que has hecho un par de amigos nuevos. —Bone señaló con la cabeza a los dos agentes de la persecución, que estaban ocupados sacudiéndose la caca glutinosa del pelo.

Una ola mexicana de risas recorrió la línea policial.

Cuarenta

La jefa de enfermeras levantó la vista de sus expedientes y señaló hacia el fondo de la sala. —Al fondo del todo, a la izquierda.

Bone asintió y siguió adelante. Cuando Michael vio a su madre, soltó la mano de Bone, corrió hacia su cama y saltó a sus brazos.

—Ay, mi niño. —Alice lo abrazó como si le fuera la vida en ello.

—Cuidado, Michael. Tu madre se ha hecho daño en la cabeza, como tú el otro día.

Alice le besó la frente y las mejillas a su hijo. Michael se apartó y tocó la tira de esparadrapo blanco que llevaba pegada en la frente.

—¿Estás bien, mami?

—Estoy bien. Solo me he caído de la estructura para trepar.

—¿Te ha empujado Barry Hutchison?

—Sí, y vaya pieza que está hecho —dijo con una risita, haciéndole cosquillas suavemente a su hijo.

Él se zafó y bajó de la cama.

—¿Estás bien de verdad? —preguntó Bone.

—Sí. —Alice asintió para tranquilizarlo—. Solo una conmoción cerebral leve, por lo visto. Debería poder irme a casa hoy más tarde.

Echando un vistazo por la sala, Bone vio unos cuantos juguetes apilados junto a la ventana. —Oye, Michael, mira eso. —Señaló un par de camiones de plástico—. ¿Vamos a echar un vistazo?

—¡Sí! —gritó Michael con entusiasmo.

—¡Chis! —dijo Alice, llevándose un dedo a los labios.

Bone llevó a Michael a la zona de juegos y, cuando el niño se acomodó, Bone volvió junto a Alice.

—¿Mi madre está bien? —preguntó ella.

—Está bien. Tu madre es dura como una roca. En fin, me he asegurado de que las dos estuvieran a salvo en casa. —Se sentó en el borde de la cama—. Gracias.

—¿Por qué?

—Bueno, aparte de por todo, por atizarle a ese lunático con una pala. Vaya maniobra.

—No sabía que fuera capaz de algo así, la verdad. Solo podía pensar en Michael.

—Siento mucho haberos puesto en peligro. La he cagado.

—La culpa es de esa mujer, no tuya. —Alice observó a su hijo desmontar uno de los camiones y apilar las piezas en el remolque del segundo. Se volvió hacia Bone—. ¿Sabes cuándo te dije que podías hacer de niñera?

—Sí, y también he conseguido fastidiar eso.

—Lo decía en serio. Quiero que veas más a tu hijo. No es justo, y debería haber sido más amable contigo en ese aspecto.

—¿De verdad, incluso después de todo esto?

—Sé que harás cualquier cosa para mantener a Michael a salvo.

—Y a ti —dijo Bone.

Alargó el brazo para cogerle la mano, pero ella la apartó con suavidad.

—No podemos volver atrás. Nosotros dos.

—Pensaba que quizá querrías intentarlo de nuevo.

—No. Lo siento, Duncan.

Bone le estudió el rostro y pudo ver cómo su dolor se transformaba en alivio. Asintió. —Lo sé. Tienes razón. Siempre la tienes.

—Y siempre la tendré. —Sonrió—. Pero Michael es de los dos y nació del amor. Y tenemos que valorar eso.

Michael apareció, agarrando un camión con una mano y un juego de ruedas con la otra. —¿Puedes arreglarlo, papá? —Le puso el vehículo roto en las manos a Bone.

—Sí, claro —dijo Bone con una sonrisa y los ojos empañados.

Epílogo

El sol había salido y bendecido los jardines municipales de Kilwinnoch con un radiante cielo azul. Pese a la petición de Bone de que la ceremonia fuera un acto sencillo e informal, la mayoría del personal de las tres comisarías había acudido, junto con un par de altos cargos de Edimburgo, incluido el comisario jefe Peter Laverty. Familiares, amigos, miembros de asociaciones locales y simpatizantes se congregaban alrededor del plinto de granito situado en el corazón de un parterre de plantas y flores de vivos colores.

—Buenos días, señor —dijo Walker, poniéndose al lado de Bone —. Ha salido el sol —añadió.

Bone miró hacia Mullens, que estaba flanqueado por su mujer y la sargenta detective Baxter, esta última impecablemente vestida con un traje de chaqueta de tweed y una bufanda dignos de una novela de John Buchan. A su derecha se encontraba Will Harper, apoyado en un par de muletas. Levantó la vista, vio a Bone y le devolvió el saludo con un asentimiento. Gallacher dio un paso al frente.

—Gracias a todos por venir hoy —carraspeó—. Estamos aquí para honrar la memoria de nuestros maravillosos y queridos compañeros. Resulta muy conmovedor ver a tanta gente aquí reunida. Nuestra comunidad tiene una enorme deuda con el sacrificio que nuestros agentes de policía hicieron para protegernos a todos. Todos y cada uno de estos valientes jóvenes, mujeres y hombres, fueron mucho más allá del cumplimiento de su deber —a continuación leyó

lentamente el nombre de cada víctima, haciendo una pausa después de cada uno—. Son héroes en el sentido más puro de la palabra —continuó—. Héroes del cuerpo de policía, héroes de nuestra ciudad y héroes de nuestra nación, y les damos las gracias de todas las formas posibles —se volvió hacia el plinto y hacia una reluciente placa de latón con todos los nombres grabados en una pulcra columna—. Que esta placa sirva, pues, como recuerdo de nuestros héroes y como recordatorio permanente de sus vidas, su sacrificio y su amor por todos nosotros.

Inclinó la cabeza y se enjugó una lágrima.

El reverendo McIntyre se adelantó y, por una vez, ofreció una oración concisa y conmovedora. Justo en el momento preciso, las campanas de la iglesia parroquial del centro repicaron por toda la ciudad y las colinas circundantes. Alguien desde el fondo de la congregación empezó a aplaudir, y el aplauso se extendió rápidamente entre la multitud, uniéndose sus palmas a las campanas en un crescendo ensordecedor de desafío y unidad.

Tras una breve conversación con Gallacher y el vicario, y una rápida comprobación de cómo se encontraba Harper, Bone regresó a su coche. Walker lo alcanzó.

—Ha sido muy emotivo —dijo Walker, interceptándolo antes de que se escabullera.

—Preferiría que siguieran todos vivos —replicó Bone.

—Sí, pero serán recordados para siempre y, para las familias, eso ayuda a mantenerlos vivos en sus corazones.

—El sargento detective Mullens se ha puesto muy elegante para la ocasión —dijo Bone con una sonrisa.

Walker soltó una risita. —¿De dónde sacaste el dinero para el plinto?

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó Bone, sorprendido.

—Un pajarito... Bueno, la sargenta detective Baxter, para ser sincera.

—Vaya, esperaba mantenerlo en secreto.

—¿Y bien?

—¿Te acuerdas de ese álbum de Davis que te enseñé?

—¿El firmado, que era de tu padre?

—Lo subasté.

—¿No era una preciada reliquia familiar?

—Qué va, siempre he odiado a Miles Davis; está muy sobrevalorado —sonrió Bone—. De todos modos, el cuerpo puso la diferencia —mintió.

Continuaron hasta el Saab de Bone, recién devuelto, lavado y abrillantado, que relucía bajo el sol como una rana arborícola de un verde brillante.

—¿Necesitas que te lleve?

—Cada fibra de mi ser me grita que diga que no, pero, en realidad, me alegro de verlo de vuelta donde debe estar —sonrió ella.

—¿Así que soy la única persona del planeta que no sabe descifrar el código Morse? —preguntó Bone.

—Resulta que Will lo estudió en la universidad.

—¿Y por qué no me sorprende?

Tras abrir la puerta del copiloto, ella cogió un sobre que descansaba en el asiento y se metió dentro. Vio el nombre de McKinnon y la dirección de *The Chronicle* en el anverso.

—¿Una carta de amor? —preguntó.

—En cierto modo —Bone giró la llave de contacto del Saab. El coche tosió, petardeó, volvió a toser y finalmente cobró vida con un gemido—. Digamos que cierta información de una fuente anónima está a punto de complicarle mucho la vida al fiscal jefe McLean.

—¿Y todas las partes inocentes están a salvo, espero? —añadió Walker.

—Oh, no es mía —sonrió Bone—. Solo la echo al buzón como un favor.

Metió la primera marcha con un crujido y el coche salió lentamente del aparcamiento.

El Inspector Jefe Bone regresa en...

CASCADAS DE SANGRE

No se puede ahogar a los muertos

Cuando el cadáver de un maestro asesinado aparece en las cascadas de sangre de Escocia, el pequeño pueblo de Kilwinnoch se estremece hasta los cimientos.

Para el inspector jefe Duncan Bone, parece un caso de libro, hasta que un siniestro descubrimiento forense revela que la víctima fue crucificada detrás de la cascada, lo que desvela peligrosos secretos y pone al equipo de Bone en peligro mortal.

Con la comunidad exigiendo respuestas, los sospechosos multiplicándose y la prensa acosándolo a cada paso, Bone debe abrirse paso entre conspiraciones de pueblo, juegos mentales letales y pruebas que no dejan de esfumarse, mientras un asesino se mantiene un paso por delante.

¿Podrá el inspector jefe Bone detener al asesino antes de que otro cuerpo aparezca en las cascadas?

Un escalofriante thriller criminal y procedimental policíaco escocés para los fans de Ian Rankin, Val McDermid, J.D. Kirk y Stuart MacBride.

Cascadas de Sangre ofrece acción policial auténtica, diálogos escoceses mordaces y una tensión implacable ambientados en la evocadora Escocia rural: el corazón oscuro del Tartan Noir.

Sumérgete en las aguas más oscuras de Escocia: empieza a leer hoy con Kindle Unlimited.

Elogios para el segundo libro de la serie de novela negra escocesa del inspector jefe Bone.

«Oscuro, evocador y con un suspense aún más fascinante que el del primer libro».

«Una continuación brillante: la tensión aumenta sin tregua y los giros me mantuvieron en vilo».

«Me encantó la ambientación en las Highlands, el ritmo y el descarnado realismo del detective. No podía soltarlo».

«Si pensabas que el primer libro era bueno, espera a leer este. El riesgo es mayor, el suspense más intenso y la emoción, aún más aterradora».

«Este autor no deja de superarse. Blood Water Falls es una pasada».

-Reseñas de Amazon
